

# La Misteriosa Chica del Lago

Autora



## **Intro**

Quien me describe me describe como una chica problemática, sin sentido de vida, sin futuro, un caos sin remedio, una pérdida de tiempo, un desperdicio de humanidad, un punto muerto o como alguien que nunca debió haber existido. Yo jamás pensaría eso de mí si pudiera desprenderme de mi cuerpo y verme a mí misma en un día normal mientras tomo el autobús de camino a casa, o al menos no hasta que me mirara fijamente y metiese mi mano derecha dentro de mis pantalones sin miedo a que mi yo exterior me viese con lujuria mientras me

masturbo... entonces quizá pensaría en que todo lo que se dice de mí es real, y lo creería, solo para intentar ir por el buen camino, pero recordaría que esa no soy yo, y solo entonces alabaría a todas esas personas que sin querer me han convertido en lo que soy, en mí.

Ante el mundo me llamo Charlotte Rose Di Lauri Rodríguez, ante mi familia Charlie, ante mis amigos Char, y ante mi mundo... ante mi mundo jamás tendré un nombre, o al menos no uno con letras. En todo caso, lo que importa menos aquí es mi nombre, lo que realmente quiero compartir es la historia más maravillosa y extraña que jamás me sucedió en toda mi vida, una historia más allá de mis límites, incluso entre los propios límites de la realidad. Jamás he sido una persona cuerda, creo que eso lo deberían entender desde ahora, y no por lo que he dicho sobre mí anteriormente, sino porque me siento viviendo en un mundo paralelo al de ustedes o al de cualquier otra persona que conozcan; un mundo donde yo creo mis propias leyes y gobierno autoritariamente, pero de alguna manera lo llegaba a considerar normal o al menos lo era hasta que conocí a aquella misteriosa chica del lago, a partir de allí todo cambió, y las drogas, el alcohol, el cigarro, el sexo se quedaron cortos, y por decirlo de alguna manera, jamás me sentí tan fuera de la realidad desde que la conocí; es más, jamás lo sentí tan extremo ni con toda la droga y alcohol corriendo por mi sangre, y créanme, jamás dude tanto de lo que era real o no.

Solo sé que la gente me seguirá viendo extraño, por lo que haga; por lo que diga e incluso ahora por lo que escriba, pero no me juzguen a mí, juzguen a todo lo que les ha hecho creer que un mundo normal es un mundo perfecto; que la ficción es para locos; que el amor es exclusivo de un hombre y una mujer; y a todo lo que crees que es real. Por eso comenzaré contando esta historia desde mucho antes del inicio, desde cuando solo era yo, una chica llamada "salvaje" y "rebelde", y lo haré justo aquí, desde este autobús; mientras miró a la gente normal e infeliz; mientras aquel niño le llora a su madre agotada de un largo día de trabajo; mientras aquel anciano me observa eróticamente y guiña el ojo derecho; mientras un oficial platica con el conductor sobre el partido de la mañana; mientras pasan los coches iluminando la noche con señales intermitentes que te hacen cerrar los ojos; mientras fumo un cigarro con la mano izquierda y claro, mientras me masturbo con la mano derecha dentro de mi pantalones despintados.

Porque aquí fue cuando comenzó todo sin haber comenzado.

## **San Marie**

Mi cuerpo llegaba al punto del éxtasis gracias a la adrenalina mientras me tocaba dentro de mis pantalones, cosa que he amado desde que a los siete años descubrí ese placer por lo que entendí se llamaba masturbación a los trece. Aún recuerdo que me encantaba que el vecino e hijo de la mejor amiga de mi madre viniera a casa solo para meter su mano entre mis pequeñas bragas o inclusive, amaba cuando mi prima yo jugábamos a las doctoras, pero bueno, aquello era cosa de niños y de alguna manera no lo veía de la forma en que lo veo ahora; no, eso sucedió hasta mis trece años; cuando mi primo y yo nos masturbábamos mutuamente, y así cada navidad o fiestas familiares en las que lográbamos vernos.

Recuerdo que este último me propuso tener sexo, yo jamás acepté, y jamás volvimos a tener nuestros encuentros eróticos.

Con el tiempo solo he aprendido una cosa con estas experiencias: el placer por lo prohibido es el mejor placer del mundo. Y ciertamente, hacer todo lo prohibido, o lo que se cree prohibido, es una de mis actividades favoritas; por ejemplo: masturbarme en una iglesia a los dieciséis años; seducir al guapo amigo de mi padre a los diecisiete; besar a mis compañeras de preparatoria, y haber tenido sexo con algunas; besuquearme con mi profesor de inglés británico; o hacer lo que estoy haciendo justo ahora; masturbarme en un autobús público.

Estando en la última fila, los ruidos dentro del autobús casi vacío comienzan a entre mezclarse con el de mis gemidos ligeramente ruidosos, y por debajo de los gritos y sollozos de un niño de al menos cinco años que se encuentra con su madre en el primer asiento del transporte. Entre cierro los ojos cuando pasamos por debajo de los puentes y al abrirlos me doy cuenta de que hay un anciano tres asientos delante y diagonal a mí; se ha dado cuenta, me mira y no dice nada; lo único que hace es guiñarme el ojo un par de veces mientras pasa su mano sobre su entre pierna.

Yo le respondo sacándole la lengua eróticamente, dejo caer el cigarro que llevo en la mano izquierda y la meto debajo de mi blusa para tocar mis pechos, los cuales he traído libres y sin brasier durante todo el día. Miro hacía el oficial que le llama la atención a la madre del niño y prosigue su plática con el conductor; de pronto el niño deja de llorar y simplemente comienza a reírse, volteo a verle y me doy cuenta de que me está señalando con el dedo índice; la señora se gira y al verme le tapa rápidamente los ojos a su hijo, se pone de pie y obliga al oficial a mirar hacia mi dirección; sigo con la mano dentro de mis pantalones y miró fijamente al oficial que por cuestión de segundos se pasma y disimuladamente se acomoda el pantalón para que nadie se dé cuenta que está a punto de tener una erección.

El oficial retoma su postura y obliga al conductor a detener el transporte; el primero en bajar es el anciano.

Saco ambas manos y las levanto en posición de rendición.

<<¡No estoy haciendo nada malo oficial, al menos que usted lo desee! —le dijo sonriendo y mordiendo el labio inferior de mi boca.>>

El oficial, ahora enfurecido por mi atrevimiento caminó a paso duro hasta mi asiento y me tomó a la fuerza por un brazo, y me sacó del autobús.

—¿Qué se supone que estaba haciendo allá adentro? —me preguntó enojado mientras la señora observa detenidamente por la ventanilla del transporte y lo acosa con la mirada.

—Lo mismo que hace usted cuando nadie lo ve, solo que en un contexto diferente — contesté mientras di un tirón para liberar mi brazo de su mano.

<<¡¡Eso es del diablo!!! —gritó la señora asomándose por la ventanilla.>>

—¿Ahora resulta que nadie se masturba? ¡Por Dios! ¿En qué siglo vivimos? Que las mujeres no presuman que se masturban como los hombres no significa que no lo hagamos, ¡y por Dios señora! No creo que usted sea tan santa, o por algo lleva a ese niño, y no me diga que no es suyo, porque si le pongo peluca es una pequeña réplica de usted.

Aquello bastó para que la señora se pusiera roja y comenzara a mirar al oficial con una mirada de muerte. No sabía si el oficial no sabía que decir o simplemente me daba la razón al no responder a lo que había dicho. El oficial toma su radio y llama alguien más hablándole en un argot de claves policiacas.

—¿Me llevará a prisión por esta noche? —pregunté con un interés insignificante, pues ya había pasado la noche en aquel lugar al menos unas cuatro veces atrás.

—¿Cuál es tu nombre? —Me preguntó ignorando mi pregunta.

—Charlie —le contesté secamente.

Este me miró con cara de pocos amigos y mil enemigos, y entendí que quería mi nombre completo.

—Charlotte Rose Di Lauri Rodríguez.

El oficial da el nombre y le responden con el mismo argot.

—Bueno “Charlie” —recalca mi nombre en un tono más fuerte—, llevarte a pasar la noche detrás de las rejas sería lo mejor que te podría pasar esta noche, así que te llevaremos a un mejor lugar; con tu familia.

Mi rostro se desperdigó de mi actitud inicial, y en cuestión de minutos llegó otro oficial en una patrulla. La luces rojas y azules me cegaron y cuando menos me lo imaginé sentí como el oficial me tomó de las manos, me esposó y me empujó hasta llevarme al interior de la patrulla.

<<Veamos que opinan tus padres sobre tus actos de esta noche, realmente me gustaría saber la opinión de tu madre respecto a la masturbación femenina, solo espero no sea algo incómodo para ti... Charlie —me dijo el oficial a través de la ventanilla de la patrulla al instante que sonreía irónicamente.>>

Solo me puse seria y sentí el viento de la puerta al cerrarse. Aquella noche iba a ser más larga que un día entero en prisión.

Al llegar a casa no podía dejar de imaginar la cara de mis padres, de alguna manera se suponía que por tener veinte años era totalmente independiente, pero desgraciadamente me había metido en problemas y finalmente se había cumplido la profecía de mi madre, perder mi trabajo aunque mi padre fuera el jefe. Y bueno, respecto a las responsabilidades normales de una hija a mi edad... digamos que no lo he hecho como mis padres lo hubieran deseado. Lo primero con lo que mis padres creen que arruine mi vida fue al haber abandonado la facultad de medicina, y después perder el trabajo que mi padre me ofreció como su recepcionista mientras aclaraba mis pensamientos respecto a lo que quería hacer con mi vida, por lo tanto, y después de no poder pagar la renta de mi departamento terminé regresando a casa.

Mis padres jamás han tenido una idea clara de lo que hago con mi vida, simplemente creen que la desperdicio, y a pesar de que ya me habían ido a recoger a prisión por cuestiones menores, que en la mayoría eran por culpa de mis “malas amistades”, ahora simplemente no podía imaginar sus caras al escuchar lo que el oficial les tenía que decir.

Cuando el oficial tocó a la puerta pasaron varios segundos antes de poder escuchar algún ruido, y supuse que mis padres pensarían que se me había hecho tarde en el transporte. Al abrirse la puerta pude ver como el rostro de preocupación de mi madre pasó a ser el de cólera justo en el momento que vio que llevaba mis brazos detrás de mi espalda.

—¿Señora Rodríguez, supongo? —preguntó el oficial amablemente.

Entonces, sin verlo venir apareció mi padre con su mirada reprochadora de siempre.

—¿Hay algún problema oficial? —preguntó seriamente mi padre mientras me miraba directo a los ojos.

Y entonces el oficial comenzó a enumerar mis actos de aquella noche.

Mis padres de alguna manera, aunque tenían cierta idea de lo que podía llegar a ser capaz, se sorprendieron, y en cuanto el oficial me dejó en sus manos; tuvimos nuestra tan dichosa y tradicional plática en la cocina.

—¡Eres la mayor! ¡¿Qué pensarían tus hermanos si ellos hubieran escuchado lo que nos dijo ese oficial?! —gritó levemente mi padre con su cara enrojecida.

—No es para tanto... ese oficial exageró las cosas —le contesté en su mismo tono.

—¡¿No es malo?! ¿Cuántas veces has escuchado que es normal masturbarse en un transporte público? ¡Por Dios Charlotte! ¡Había un niño! —gritó en un tono más alto.

—¿Sabes qué? No pelearé contigo, porque por más que traté de explicarme, nunca tendré la razón, como siempre tú ganas estás “charlas familiares”.

Abrumados y sin darnos cuenta de nuestro tono de voz, terminamos dándonos cuenta de que mi hermana menor, Erin, de cinco años, se encontraba parada sobre la puerta.

<<¿Por qué pelean? —preguntó balbuceando.>>

<<No es nada, querida. Vamos, te llevaré de nuevo a la cama —le respondió mi madre, quien había permanecido callada durante nuestra pelea.>>

Al momento que mi madre salió de la cocina mi padre solo se sentó y entrelazó sus manos sobre la mesa.

—Eres mi hija y sabes que siempre te voy a querer... —pronunció lentamente.

—Pero... —dije sentándome nuevamente.

—Me da miedo pensar que nunca harás nada de tu vida, que nunca te defenderás por ti misma... Nosotros no vamos a ser eternos, y justo ahora no tenemos tiempo para estás cosas... Erin tiene cinco años y Brandon diecisiete... como quiera Brandon, pero Erin... tenemos que cuidar todavía de ella... tú necesitas ser madura y aprender a sobrevivir en este mundo por ti misma... y tengo miedo de que eso no pase.

—No te tienes que preocupar por mí, papá. Me las arreglaré, solo trata de no hacer lo que sea que te salió mal conmigo a Erin... porque eso es lo que realmente quieres decirme, solo que no te atreves.

Mi forma de interpretar parecía estar en lo correcto, pues mi padre solo guardó silencio y bajó la mirada hacia sus manos.

—No creo que hiciéramos algo mal contigo... solo, eres lo que eres. Como sea, tu madre y yo te estábamos esperando para decirte que me ascendieron a jefe de una nueva línea de vinatería.

—¡Eso es genial, papá!

—Y por eso tendremos que mudarnos.

—¿Mudarnos? ¿A dónde?

—Es una pequeña ciudad a las afueras, se llama San Marie.

—¿Y qué se supone que tengo que responder a eso?

—Nada. Tus hermanos ya lo saben y les encantó la idea, viviremos a las afueras de San Marie, cerca de un intenso bosque... puedes ir con nosotros, he escuchado que hay una universidad... si no, entonces ya no sé qué más ofrecerte.

Mi padre se paró de su silla y simplemente salió de la habitación sin agregar nada más, yo solo me quedé sentada mientras mi mente comenzaba a revolucionar todas las posibilidades.

La mayoría de las veces no me tomaba las decisiones al instante; de hecho las pensaba demasiado, y a pesar de eso terminaba haciendo algo mal... y por consecuente terminaba en problemas, pero no por causa mía, yo tomaba mis decisiones, de acuerdo a mí, a lo que yo creía correcto, y no a lo que los demás llamaban normalmente "la mejor solución".

Miré el reloj sobre el refrigerador; las manecillas siguiendo su camino; cerré los ojos y allí seguían, pero segundos adelantadas mientras el resto de la cocina seguía intacta... Entonces me puse de pie y corrí a alcanzar a mi padre por el pasillo.

—¡Sí voy! —le grité.

El solo me miró y sonrió, y después regresó a poner su cara seria.

—Solo te pido que te controles estando allá, es una ciudad pequeña, y yo no estoy en contra de masturbarse, solo que no lo hagas en público, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, no volverá a suceder —le contesté sonriente mientras ponía mi mano derecha detrás de mi espalda y cruzaba los dedos índice y medio.

El ruido del auto parecía haber arrullado a mis dos hermanos, sin embargo yo no había podido cerrar ni por unos segundos los ojos; no era el ruido de la música de mis audífonos lo que me mantenía despierta, ni las risas de mis padres al venir contando esos malos chistes que solo ellos terminaban entendiendo; realmente no entendía por qué no podía dormirme, se suponía que yo era la primera en caer en los brazos de Morfeo, pero justo en este viaje sentía como si no hubiera fuerza que me pudiera hacer dormir.

Seguí mirando por la ventana como la naturaleza se iba apoderando de todo lo que conocía, lentamente la gran ciudad comenzaba a parecer solo un mito.

Al llegar a la pequeña ciudad no fue necesario que mis padres me lo dijeran, simplemente, mis ojos quedaron atrapados en el gran letrero rotulado con "Bienvenidos a San Marie" ¿San Marie? Ahora que lo pensaba, no estaba segura si ese nombre se debía a una mujer o un hombre, en todo caso, realmente no me importaba, pero seguramente alguien terminaría contándomelo.

Entrando a la ciudad la naturaleza tomó un sentido un poco más moderno, en más, entre más nos íbamos adentrando a la ciudad, porque ni siquiera mi padre había mencionado algo acerca de un pueblo, no, realmente se trataba de una pequeña ciudad, y eso me quedaba claro al ver la modernidad del lugar.

Por un momento ya no me sentí tan mal, realmente parecía un buen lugar; había tiendas; gente bien vestida; coches modernos y uno que otro centro supermercado.

Nuestro coche siguió su camino y finalmente tomó un camino ajeno a la ciudad, y me refiero a ajeno, porque justo fue en ese momento cuando comenzamos a apartarnos nuevamente de la civilización.

—¿Papá? ¿A dónde vamos? —pregunté consternada.

—A nuestra nueva casa —respondió en un tono burlón.

—No sé si te has dado cuenta o no, pero la ciudad está quedando atrás...

—Lo sé, ¿no pensabas que nuestra casa se encontraría dentro de la ciudad? ¿O sí?

—Sí, eso es justo lo que había pensado.

—No te preocupes, te compraremos una bicicleta —Siguió burlándose.

Yo solo me crucé de manos y comencé a ver otra ciudad alejarse de mí.

Pasaron al menos unos diez minutos cuando mis ojos se abrieron el doble de tamaño y comencé a ver aquella hermosa y enorme casa parecida a un castillo; mi padre solo se giró hacia mí y me sonrió místicamente.

Cuando el auto paró, mi padre sacó de su bolsillo un pequeño control remoto y justo al presionarlo se abrió el enorme portón que cubría la vista de la planta baja; así que cuanto este se abrió solo me fascinó el doble cuando vi el resto de lo que sería nuestro nuevo hogar.

Mis hermanos parecían haber sido poseídos de un momento a otro, ya que al estacionarse el auto salieron de este a toda marcha y sin una dirección.

<<¡No se vayan lejos! —gritó mi madre.>>

Pero estos solo parecieron ignorarla.

Aún alerta, bajé sin tener ninguno de aquellos dolores después de un largo viaje, es más, me sentía como después de un masaje de spa.

—El camión con las cosas tardará al menos media hora en llegar, ¿quieres ir a ver el interior de la casa y escoger tu cuarto? —me preguntó mi madre.

—Supongo.

—Te encargo a tus hermanos —me ordenó mientras me daba las llaves y se regresaba hasta donde estaba mi padre.

El interior de la casa tenía un estilo antiguo que contrastaba con el exterior, y al notarlo mi padre no dudó en explicarme que habían remodelado la casa hace apenas un par de meses, sin embargo, aún le faltaban algunos detalles que pensaba arreglar.

Comencé a subir las escaleras hacia el segundo piso para poder encontrar un buen cuarto antes de que mis hermanos se posesionaran de alguno, pero antes de darme cuenta aparecieron corriendo y me adelantaron en la subida.

<<¡Yo quiero el más grande —gritó Erin a todo pulmón, haciendo que un ligero eco retumbara por toda la casa.>>

<<Quítate chaparra —le respondió Brandon enojado.>>

<<¡¡¡Hey!!! ¡¡¡Con cuidado!!! ¡¡¡No quiero ver huesos rotos el día de hoy!!! —grité.>>

Como mis hermanos corrieron hacia mano derecha yo decidí ir hacia la izquierda e intentar buscar algo para mí. Al caminar y pasar el baño noté unos escalones que se subían todavía más arriba, supuse al instante que se trataba de un ático, y sin pensarlo dos veces comencé a subir hacia este.

A primera vista el lugar estaba lleno de cajas empolvadas, mi percepción comenzó a experimentar una remodelación idealista y simplemente terminé escogiendo aquel lugar para mí. Lo primero que hice fue mover unas cajas que estorbaban a la gran ventana que daba hacia la parte trasera de la casa. Cuando la luz entro en todo su esplendor me sentí llena de tanta tranquilidad; todo un bosque entero se veía sobre la ventana y a lo lejos, pero muy lejos parecía verse un lago. De pronto una luz me hizo cerrar los ojos y giré mi cuerpo rápidamente para saber de qué era; se trataba de un espejo de cuerpo completo en el que rebotaba la luz de la ventana.

Me acerqué a él y me miré fijamente; me veía tan mal, tal y como te vez después de un viaje, a pesar de que me sentía de maravilla; el rímel parecía haberse corrido en todas direcciones y la argolla de mi nariz simplemente parecía no tener brillo; me acerqué más y miré mis ojos, que más que verdes y brillantes se veían como el verde de un pantano olvidado; mi cabello parecía no tener brillo y revoloteaba sin sentido.

Jamás me había visto tan mal.

—¿Qué se siente ser tan bonita? —escuché decir a Erin detrás de mí.

—No lo sé, siempre he querido preguntarte eso —le contesté mientras Brandon nos llamaba a ambas para bajar.

Al parecer ya había llegado el camión de mudanza.

El resto del día pareció pasar como de rayo, tan pronto como todas las cosas fueron metidas a la casa la noche cayó.

Aquella noche decidí no cenar con todos fingiendo que estaba muy cansada, la verdad quería acomodar unas cosas antes de dormir, y entre eso también estaba echarle un ojo a las cajas viejas. Sin embargo, justamente al empezarlas a abrir me entré un profundo sueño, así de pronto todas aquellas fuerzas parecieron haber sido absorbidas misteriosamente; la cabeza comenzó a dolerme al igual que mi espalda y coxis. ¿Cómo podía sentirme tan mal de un momento a otro? Realmente nunca lo supe, como tampoco supe en que momento me quedé dormida aquella noche, pero lo que sí sabía era que esa misma noche había tenido el primero de una serie de sueños y pesadillas.

Mi sueño... mi primer sueño, aún lo recuerdo como si lo hubiera soñado hace unos segundos. De pronto me encontraba en una enorme plaza en un pequeño pueblo que desconocía; estaba vestida de blanco con un lindo vestido que caía casi hasta el suelo; miraba hacia todos lados intentando resolver la incógnita de dónde me encontraba; de pronto comenzaban a aparecer más chicas vestidas de blanco; y posteriormente también hombres con traje negro. ¿Una boda? Una boda... eso fue lo primero que me pasó por la cabeza.

De un momento a otro todos comenzaban a hacer parejas, hombres y mujeres, y se veían tan felices; yo... yo de alguna manera sabía que estaba esperando a mi pareja, pero no sabía de quién se trataba, pero estaba feliz a la espera de su llegada. Luego alguien se acerca y me señala hacia un extremo opuesto; se venía acercando una chica vestida igual de blanco; se acercó tanto a mí y me miró fijamente sin dejarlo de hacer en un solo instante.

Jamás la había visto, y de alguna manera su rostro tampoco se grababa en mi mente, ni siquiera al despertar. Yo le sonreí y comencé a sentir como mi corazón se aceleraba al punto del colapso; mis manos comenzaban a sudar. Le miraba directo a los ojos, y me miraba a mí, tal y como siempre me recordaba; con mis ojos verdes iluminados por mil velas y mi cabello café y lacio cayendo sobre mi rostro; mis pecas claras; mi nariz sin mi argolla; y sin una sola gota de maquillaje.

La seguí mirando y sentí ese deseo de acercarme más; lo hice. No sé cómo pero también tenía esa certeza de que ella no me conocía, como si fuera la primera vez que nos conociéramos. Estaba expectante a su reacción, si yo le agradaba o no, y entonces también entendí que nadie en aquel lugar se conocía, todos estaban allí por primera vez.

Ella siguió mirándome a los ojos, y después me sonrió; no recordaba cómo era pero sabía que esa era la sonrisa más hermosa que jamás había visto. Luego y así, de la nada ella me besó, y yo le correspondí con el beso más apasionado que jamás había dado en toda mi vida.

Todos nos observaban, sabían que éramos una pareja diferente, pero sin oponerse solo sonrieron y comenzaron a aplaudir, aplaudir sin cesar.

Y de pronto desperté.

Desperté agitada y con una sonrisa sobre mi cara; estaba sudando y un zumbido entraba por mi oreja izquierda y salía por la derecha solo para volver a entrar y salir en sentido contrario. El zumbido se entre cortaba y escuchaba una voz que no distinguía, ni siquiera en género, solo era una voz, pero era una voz cantando... eso sí lo sabía. Me paré bruscamente y encendí la luz, las cajas estaban todas abiertas y no recordaba haberlas abierto; caminé hacia el espejo y me miré; todo parecía estar bien; me veía mejor de cómo me había visto anteriormente en el espejo; justo como en mi sueño; y tampoco recordaba haberme desmaquillado o haberme quitado la argolla... estaba confundida.

Y entonces sentí esa fuerza que me había mantenido despierta durante el camino; y percibí que no sentía dolor de espalda o de cabeza; ya no tenía sueño ni me sentía cansada; y el zumbido había desaparecido.

El resto de aquella noche regresé a la cama sin poder cerrar los ojos, y los rayos de luz volvieron a entrar por la ventana solo para volver a rebotar contra el espejo.

## La Casa Vieja

—¿Dormiste bien? Escuché ruidos en el ático hasta tarde —preguntó mi madre bostezando y levantando ambas manos hacia el techo mientras entraba a la concina.

Levanté la cuchara del tazón de cereal y la señalé bromeando.

—¡Hey! Primero, será mejor que te vayas acostumbrando a no llamarle ático, ahora es mi habitación, ¿recuerdas? —suspiré profundo—, o al menos hasta que consiga un trabajo y me pueda pagar una casa en una ciudad de verdad, y sí, era yo... haciendo ruido, es solo que por obra divina se me esfumó el sueño y no tenía mucho que hacer salvo que acomodar cajas.

—Pues la próxima vez que se te espante el sueño será mejor que leas un libro o hagas cualquier otra actividad que no implique hacer ruido; estoy destrozada, posiblemente tu ruido no me dejó dormir bien.

—Mírale el lado bueno, mamá; si traigo a alguien para tener sexo en mi habitación posiblemente lo escuche toda la casa —bromeé.

Mi madre me miró fijamente a los ojos, siguió así por unos segundos y después se echó a reír.

La relación con mi madre en cierto modo era un tanto más liberal que la de mi padre, él y sus vinos lo habían hecho demasiado sistemático y seguidor de reglas; pero mi madre era diferente, siempre lo había sido y no había día que no me preguntara el cómo de que se hubiesen enamorado, o simplemente cómo era que una empresario y una pintora habían terminado juntos.

La historia era de hecho bastante graciosa; según mi madre ella había ido a visitar a unos amigos a Londres simplemente por diversión; y entonces fue allá donde conoció a mi padre; justo durante un accidente en un restaurante, pues el mesero en su torpeza había vertido el vino sobre mi madre, y está furiosa comenzó a gritarles en español, cosa que nadie entendió; excepto mi padre, él sabía italiano así que... Bueno, mi padre era el encargado de surtir vino a ese tan elegante restaurante de nombre "Guten Tag", y se encontraba justo en ese día, en esa hora, minuto y segundo; por lo tanto él mismo se encargó de cambiarle la botella de vino y pedir disculpas; disculpas que terminaron en un amor a primera vista.

Después de eso mi padre, André, y mi madre, Isabel, comenzaron a salir; y también comenzaron a notar esas distorsiones y diferencias frente a lo que cada quien tenía planeado para su futuro; sin embargo, y de alguna forma extraña supieron acoplar esos planes en uno

solo. Mi padre comenzó a trabajar en una empresa de vinos "TREDI" al lado de su mejor amigo y jefe, Ralph, la cual lleva ese famoso logo de la uva en acuarela que todos reconocen, y eso se lo deben al gran talento de mi madre. Después... después nací yo, y mi madre tuvo que abandonar su sueño de pintora, y aunque ella dice que no se arrepiente... yo, no dejo de sentirme mal por ser la causa de eso. Y finalmente estamos aquí, en un pueblo donde mi papá, a dos años de jubilarse le ha pedido a Ralph abrir una pequeña fábrica vinera; solo porque dice que necesita tiempo sin las exigencias de la empresa central, de la cual se ocupará Ralph, y porque quiere pasar tiempo con la familia.

Yo solo he llegado a la conclusión de que jamás te debes crear ese modelo idealista de cómo sería la persona indicada para ti, porque al final termina llegando alguien totalmente diferente, y ese alguien podría hacerte tan feliz o simplemente podría chingarte la vida.

—Como si no te conociera y supiera que no necesitas una cama en casa para hacer tus cosas... incluso si das un saltó saldrá corriendo para ver si no has dejado entrar a un chico por la ventana —sonrió cariñosamente—. Linda, no quiero volver a tenerte de niñera como la última vez que te quedaste sin trabajo, pero sería realmente muy amable de tu parte cuidar a los niños esta tarde.

—No te preocupes mamá, sabes que lo hago con gusto, ¿piensas salir con papá? —pregunté curiosa ante su sonrisa implícita.

—No, iré a la universidad a tomar cursos de pintura... ya sabes, tengo que desempolvarme un poco. Tu padre me exigió que te llevara conmigo, pero le dije que no te presione, es mejor si vas porque nace de ti.

—Mamá, ¿esto es una especie de truco de psicología inversa?

—Sabes que no soy esa clase de madre, en todo caso, solo te advierto para que estés preparada para cuando tu padre tenga la necesidad de decírtelo en persona.

—Mamá, sabes que yo realmente aceptaría ir a una universidad a inscribirme, solo que... si tan solo supiera en que inscribirme; yo, no he sido como tú que desde pequeña querías pintar y hacer arte; yo solo fui influenciada hasta que mi mente supuso que medicina era lo mejor para mí; y sabes muy bien que haber tomado esa decisión solo me llevó a la infelicidad.

—Yo te entiendo amor, sé lo que es no saber que querer.

Mi madre se acercó y puso su mano en mi hombro como consuelo.

—No creo que lo sepas... ¿Cuándo has pasado por algo así?

—Quizá no lo pasé de la misma forma que tú; pero también he tenido esos momentos difíciles cuando sabes que tomar una decisión marcará el resto de tu vida.

—¿Lo dices por mi padre?

—Esa fue una gran decisión y no me arrepiento de eso, si no fuese por él no tendría esta hermosa hija.

Ella me abrazó con todas su ganas; acarició mi pelo y después me besó en la frente como cuando era niña y me quejaba algún problema.

—Mira, lo de los cursos de pintura me llegó en un folleto cuando nos enviaban los papeles de la casa; leí que cualquiera puede tomar los cursos, ¡podrías tomarlo conmigo!

—Sabes que soy pésima dibujando, ¿no recuerdas que de pequeña confundías mis dibujos de flores con gatos flacuchos?... bueno, aún sigo dibujando flores con formas de gatos.

—Ahora que lo pienso... también leí algo acerca de tomar cursos como oyente...

—¿Oyente?

—Sí, porque lo más seguro es que no te acepten hasta que comiencen las fechas de inscripción, pero podías tomar clases de diferentes cosas... igual y en una de esas descubres tu vocación.

—Tu idea no me parece tan mal, pero en todo caso, ¿quién cuidará a los pequeños hermanitos?

—Si vienes conmigo convenceré a tu padre de que se los lleve a conocer la fábrica.

—Posiblemente cuando le digas el porqué aceptará sin poner peros.

La idea de una universidad de pueblo me dejó anonadada cuando se postró ante mí aquel fascinante edificio únicamente comparado al de una universidad privada. El edificio en sí tenía un toque rústico y moderno, como el de la casa, simplemente la combinación era hermosa.

Al tocar el pequeño timbre en recepción apareció un señora regordeta, no tan joven ni tan grande, bien vestida y arreglada; al hablar con ella nos explicó lo que mi madre me había dicho, puesto que habían comenzado semestre un mes atrás solo podía hacer tres cosas; tomar un curso; meterme como oyente o simplemente esperar. Como yo iba con la idea de

alguna de las primeras dos había llevado algunos papeles, y sin más pretextos decidí seguir el consejo de mi madre y tomar el curso de oyente.

Mi madre parecía estar tan feliz de que me hubiese inscrito aunque sea de esa manera, su entusiasmo era tan grande que no dudó en abrazarme y llamar la atención de los que pasaban por el mismo pasillo.

—¡Estoy tan orgullosa de ti! —gritó.

—Mamá... no grites, además no es para tanto, solo espero que tengas razón y encuentre mi vocación.

—Lo harás... ¡Hey!, ¿por qué no vamos por unos refrescos a la cafetería de allá?

La cafetería era una de las mejores partes de la universidad, un buen techo y varias mesas... Dejé sentada a mi madre mientras yo iba a comprar los refrescos, y allí fue cuando escuché a un chico hablar detrás de mí.

—¡Wow! debo de haber muerto, porque los ángeles están bajando a la tierra.

—¿Disculpa? —me giré con una postura a la defensiva.

Frente a mí estaba un chico alto, moreno y de ojos verdes; guapo, con un vestir demasiado ligero a mi parecer.

—Max, deja de acosar a la gente con tus comentarios de mal gusto —le dijo una chica de cabello corto y rojo que le dio una manotazo en la cabeza—, lo siento, este hombre nunca entiende.

—Claro, dije sin importancia y me giré al llamado del chico que me estaba atendiendo.

El chico me entregó los refrescos y le pagué, para mi sorpresa cuando me giré de nuevo noté a dos más que se venían acercando saludando, un chico y una chica.

—¿No me digas que el Max ya sacó lo naco con la chava? —preguntó la chica que se venía acercando a lo lejos.

—Adivina —respondió la chica del pelo rojo—, lo siento, me llamo Dali, ella es Michelle; el que trae de la mano es su novio Robin y aquí el presente ya lo conoces, se llama Máximo, o mejor conocido como Max...

La chica sonriente acercó su mano hacia mí para estrecharla, yo solo la miré y ligeramente hice lo mismo hacia donde estaba mi madre; ella estaba hablando por teléfono y cuando me miró me sonrió y me hizo una señal con la mano para decirme que tenía que irse pero que me quedara; yo le levanté la ceja derecha en señal de negación pero ella solo hizo esa sonrisa maquiavélica.

Miré de nuevo hacia la chica y finalmente estreché la mano.

—Yo soy Charlie, y me pueden decir como más les guste, realmente no me importa.

—Ok, Charlie —apresuró la chica llamada Michelle.

Esta chica parecía bastante decente, estaba muy bien vestida, con una coleta que dejaba su cara libre en todo momento; zapatos demasiado limpios e incluso hasta la marca del planchado en su pequeño sacó color rosado parecía perfecta. Yo no era la clase de persona que se juntaría con esas personas tan "metódicas" y "obsesivas" por la simple razón de que yo no lo era, y aquel choque era siempre inminente.

—Sabes, pero sin saberlo viniste a la mejor cafetería de todos los campus, siempre venimos aquí y no recuerdo haberte visto antes... —prosiguió Michelle—, dime, ¿eres nueva? ¿Vienes de intercambio?

—No, de hecho estaré de oyente de muchas clases aleatorias a partir de mañana —respondí con un tono irónico.

—Anda, íbamos a comer algo —sugirió Dali—, si no tienes nada que hacer podrías acompañarnos, todos somos de diferentes carreras, así que tarde o temprano tendrás que conocernos.

Sonreí sin responder un sí o un no, simplemente los seguí hasta llegar a una mesa, y mientras lo hacía no dejaba de mirar al tal Robin, aquel chico de aspecto tierno y con cabello rubio rizado... no había dicho nada y no parecía estar por hacerlo.

Cuando nos sentamos todos comenzaron a referirse a las clases donde las encontraría por sus carreras; a Dali, la pelirroja, la vería en música; a Michelle, la refinada, en física; a Max, el coqueto, en comunicaciones, y a Robin, bueno, él no lo dijo, pero su novia se refirió a él con historia.

Yo miré a Robin extrañamente y sin verlo venir Michelle respondió a mi gran interrogante.

—Es mudo, solo eso, nos escucha normal pero no puede hablar... así que, Charlie, ¿a qué carrera piensas inscribirte? —cambió repentinamente de tema para evitar el incómodo.

—Bueno, pues con la clases espero saberlo pronto —agregué sin ponerle importancia.

—No lo digas en ese tono, el tiempo es oro, hay que planificar siempre todo... —habló Michelle con un tono obsesivo.

—Basta Michelle, no la asustes —interrumpió Max—, dime ángel caído del cielo... supongo que te has mudado... ¿por dónde vives? ¿Viajas de algún pueblo a las afueras de San Marie?

—Bueno, realmente vivo en una casa vieja a las afueras de aquí... por un desviación casi por la salida.

<<¡La casa vieja! —repitieron todos en unísono.>>

Yo miré desconcertada al pensar que esa casa podría ser famosa por algo que desconocía.

—¿La conocen? aunque quiero agregar que no está tan vieja, de hecho la han remodelado.

—Si es la casa que conocemos sí, la han remodelado, pero eso no le quita lo terrorífico —agregó Michelle.

—¿Pasó algo? —pregunté aterrada.

—No tanto como que sabemos lo que pasó; más bien son historias, mitos... —interrumpió Max con un tono protector.

—Dicen que allí vivieron los fundadores de San Marie; y que todos fueron asesinados por el padre —dijo Michelle.

—También dicen que la hija, Marie, mató a toda la familia por impedirle ver a su novio —sumó Dali.

—Y también dicen el alma de toda la familia busca cuerpos para poseerlos y poder pedir dulces en Halloween... son puras barbaridades —volvió a intervenir Max.

—¡Basta! dejen de hablar de esas cosas —levantó Michelle la voz—, dan miedo y son tristes...

La mirada de Michelle hacia atrás de nosotros hizo que volteáramos hacia donde ella veía. Justo allí estaba una chica con lentes negros y caminando con la ayuda de una especie de bastón, pero no era un bastón, o al menos no uno común. La chica tenía un aspecto de tranquilidad; su tez blanca contrastaba con su pelo largo y tan negro; y con sus labios completamente rojos; si la hubiese visto de pequeña seguramente hubiera dicho que se trataba de Blanca Nieves, solo que más hermosa que la de los cuentos.

—En esta universidad tienen muchas campañas que apoyan a personas con diferencias físicas... por eso Robín está aquí y gracias a ello lo conozco —interrumpió el profundo silencio Michelle.

—Se llama Julieta, o al menos eso he escuchado, es ciega de nacimiento... y también es algo rara, digo, es bonita y todo pero jamás la he visto hablando con alguien, es como antisocial... creo que estudia literatura o letras —dijo Dali con la cara llena de tristeza.

—¡Ya! cambiemos de tema, no necesito tanta tristeza y terror en mismo día, y... ya que no veo que seas tan comunicadora Charlie, hablemos de mi viaje a Londres y España—tomó Michelle la palabra mientras sacaba un iPad de cubierta rosada de su bolso—, como saben y como no sabe Charlie, acabo de regresar de un viaje que hice para conocer al nuevo novio de mi madre, de hecho estuve mucho tiempo allá y conocí mucha gente y lugares... pero lo más hermoso y que quiero compartirles es una boda.

—Aburrida... —criticó Max.

—No fue cualquier típica y aburrida boda —defendió Michelle—, fue la boda una de mis mejores amigas, ella se casó con otra mujer.

—Ya tienes mi atención —habló Max poniendo toda su atención en el tema.

—Bueno, cuando Andy regresó a aquí, a México, porque estudiaba en Londres con otras de mis amigas, y me dijo que se casaría no se lo creía, digo, jamás la vimos salir con alguien, así que supusimos que quizá era porque había dejado a alguien muy "importante en México" pero sinceramente nunca le preguntamos, siempre se la pasaba escribiendo y no quisimos ser tan entrometidas; así que un día nos habló por teléfono... se iba a casar con una tal Samantha, no me lo creía, y lo primero que pensé fue en una chica de esas masculinas y grandes, pero cuando me envió una foto de ellas dos hasta yo me enamoré de esa chica, en serio, es tan hermosa... unos ojos... en fin, ella regresó a Londres para decirnos que la boda sería en España, y por Dios, fue la boda más hermosa a la que jamás había asistido... fue al aire libre, sobre una colina y con el mar frente a nosotros... lloré por días... se los juro.

<<La morena es Andy y la pelirroja es la novia, Samantha —compartía Michelle presuntuosamente.>>

La exageración de Michelle ante su relato parecía estar volviéndome loca, tan solo verla me hacía querer salir corriendo de esa mesa... y cuando comenzaron a pasarse el iPad y llegó a Max, que solo puso cara de típico hombre excitado, comencé a pensar en fingir una llamada para salir de allí, pero cuando el iPad llegó a mí con la imagen de esas dos chicas vestidas de blanco, tan hermosas... la pelirroja con ojos azules como el mar y el cielo; y la morena con ojos verdes... yo... esa imagen se quedó grabada ante mis ojos, y yo me clave en los ojos de la chica del mismo color que los míos, recordé mi sueño y tan pronto lo hice, yo estaba ocupando el lugar de esa chica, de Andrea; y de pronto la chica, Samantha, era esa silueta de mi sueño; la chica sin rostro, ni cabello, sin piel; solo una silueta sin significado; que lentamente iba absorbiendo a la de la pelirroja; así hasta que solo quedaron los ojos azules.

—Charlie... ¿estás bien? —me preguntó Max preocupado.

No sé cómo reaccioné; los ojos azules desaparecieron; luego la silueta; luego el cielo; después el mar; el hermoso pasto verde; las aves; el aire; y finalmente yo; luego la imagen regresó a ser la de la chica pelirroja y la morena dándose felizmente un beso.

Sin querer solo solté y dejé caer el iPad sobre la mesa; y luego comencé a sentirme tan agotada como el día anterior a mi llegada a la casa vieja.

—Lo siento —dije calmadamente—, no me siento bien.

—¿Quieres que te llevemos a casa? —se ofreció Max.

—No, no... yo... solo caminaré y me sentiré mejor.

No sabía si caminar me haría sentir mejor, tampoco era de esas adictas que calman sus ansias con cigarros, alcohol o drogas; nunca he sido una buena adicta; pero cuando noté que mi mano estaba temblorosa me despedí lo más tranquila y disimuladamente para caminar por las calles como una completa lunática en busca de un simple cigarrillo.

Caminé, caminé y caminé por varias calles sin tener éxito; el cansancio de mi cuerpo hacía que se sintiera tan fuerte los tremendos latidos de mi corazón. Luego mi mirada se centró sobre un establecimiento con un letrero de "Antigüedades" y mi corazón comenzó a latir de nuevo a su ritmo habitual; por una extraña razón yo amaba las cosas viejas, de pequeña mi pasatiempo favorito era aventurarme en la casa de mis abuelos; simplemente me quedé parada.

Observé salir a una señora con un enorme jarrón amarillo; giré mi cabeza hacia ambos lados de la calle y me digné a cruzar.

Al entrar lo primero que escuché fue una campanilla sobre la puerta y supuse que alguien saldría a recibirme, pero eso no pasó. Todo era tan antiguo y meticulosamente ordenado, era como un museo en miniatura. Lo primero que llamó mi atención fueron las hermosas pinturas que colgaban sobre las paredes de madera, eran como la que mamá hacía; observé los jarrones que contenían flores secas, baúles, trajes, relojes y cualquier cosa que suponía estaba vieja. Sin embargo, hubo una sección que llamó mi atención, estaba en una vitrina y tenía un pequeño letrero de cartón que decía "Casa Vieja", sin pensarlo dos veces me acerqué y noté que la vitrina no tenía vidrio, me acerqué, miré fijamente los objetos hasta que atrapó un pequeño reloj de bolsillo, tan dorado, tan brillante...

Mi cuerpo comenzó a sentirse raro, miré mis manos y noté que ya no estaban temblando, pero ahora sudaban como locas, y como locas con alma propia se apoderaron de mí, y con ambas tomé el reloj. Una corriente de adrenalina comenzaba a subir por mi cuerpo; tenía que abrir la tapa de ese reloj; lo intenté, presioné, jalé e incluso rompí la uña de mi pulgar derecho. Luego esa ansiedad por abrir me hacía sentir placer... placer sexual, entre más me obsesionaba por abrirlo más era mi grado de excitación <<¡vamos!, ¡ábrete! —dije en voz alta.>> Pero lo único que conseguí fue el inicio de una especie de orgasmo, aquello simplemente era enfermo e irreal.

Quise gritar y contenerme pero resistirme... aquello solo empeoraba las cosas y aunque una muy profunda parte de mí quería detenerse... Algo más se había apoderado de mí. Y llegó, llegó ese tan deseable momento ¡Estaba en la cúspide!

Mi mirada se desvió por unos segundos hacia la ventana de frente; me recargué sobre un librero y trate de mantenerme de pie mientras mis piernas jugaban a derrumbarse; y la miré, era ella, la chica invidente; parecía estar viniendo hacia la tienda, con su cabeza fija hacía mí... como si realmente me estuviera viendo. Me preocupé de que entrara cuando mis labios se abrieron e hiciera algún grito o ruido salvaje, pero quien me tomó por sorpresa fue un anciano que puso su mano en mi hombro.

<<Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó una voz senil a mis espaldas.>>

Abrí mi boca y dejé salir un gemido o algo parecido, justo en el momento que la campanilla de la puerta sonó de nuevo; mis manos se abrieron y dejé caer el reloj al suelo; este

solo rebotó y se deslizó hasta los pies de a quien solo conocía por el nombre de Julieta. Miré desconcertada sin saber hacia dónde mirar, y por primera vez en mi vida sentí vergüenza de mis acciones, sobre todo porque lo que había pasado lo había hecho inconsciente.

Julieta solo se agachó y recogió el reloj; noté que este seguía cerrado.

—Abuelo, no sabía que ya habías compuesto este reloj —dijo Julieta con una tierna sonrisa.

—Yo no lo he compuesto, ni siquiera lo puedo abrir —fue lo único que se limitó a decir el anciano.

## El Lago

Miré hacia Julieta, quien no dejaba de guiar su mirada hacia donde me encontraba.

Rápidamente mi cuerpo comenzó a enfriarse, pero no era ese tipo de frío que llega lentamente y se mantiene tibio después de un orgasmo; no, era literalmente helado, tanto que de un momento a otro mi piel se comenzó a erizar y rápidamente mis piernas se convirtieron en una maraca de frío. Traté de verme lo más seria posible para que el anciano no tuviera idea de lo que incluso yo no entendía, y por eso me decidí a mentir.

—Lo siento, estoy algo enferma —dije dando un pequeño estornudo actuado.

Julieta ignoró lo que dije y reiteró sus cuestiones hacia su abuelo.

—¿Entonces qué sucedió? Puedo sentir claramente como las manecillas se mueven.

El anciano me miró agregando toda culpabilidad hacia mi persona, yo lo miré pero rápidamente esquivé su mirada.

—¿Lo abriste? —me preguntó el anciano directamente.

—¿Abrirlo? ¡Para nada! Lo intenté pero es como si estuviera soldado.

—¿Funcionaba cuando lo tomaste? —me preguntó Julieta.

—No, o más bien... no lo recuerdo... yo...

—Basta Julieta... no asustes a la pobre niña con tus preguntas...—Ordenó el anciano —, no te me haces conocida, ¿eres nueva en el pueblo? —Me preguntó.

—Sí, de hecho vivo en la “casa vieja” —resalté—, ¿ese reloj lo sacaron de allí? —pregunté con los ánimos más calmados que pude.

—El último dueño nos invitó a mi abuelo y a mí a sacar todo lo que quisiéramos... la mayoría de las cosas que logramos rescatar siguen aquí, nadie las compra, solo uno que otro turista que se pierde y se topa con nuestra tienda —interrumpió Julieta.

—¿Algo en particular? —pregunté al mismo tiempo que se recorría un escalofrío por mi brazo izquierdo.

—Porque la casa esta embrujada, ¡ha! ¡ha! —carcajeó el anciano—, bueno, eso es lo que se dice de esa casa...

—Eso no es cierto... yo no he sentido nada sobrenatural... anoche yo... no noté nada extraño en la casa —contesté asombrada.

Quizá lo que ellos decían parecía ser solo eso, algo que la gente dice, pero recordando la forma en que me había quedado dormida no dude en relacionarlo con algo paranormal.

¡Tonta!, me dije a mí misma, ¿cómo podía estar creyendo en algo así? Simplemente era algo absurdo, y era absurdo por el simple hecho de que había tantas posibles explicaciones para que me hubiera quedado dormida, y entre ella estaba el cansancio.

—Es muy interesante esto que me están contando pero... realmente suena... tonto, ¿saben?, si mataron a toda la familia o solo al perro... los fantasmas... no existen... —agregué mientras me encaminaba hacia la puerta.

—Fantasmas es un nombre muy tonto y superficial sacado de Hollywood, quizá lo que quieres decir son... espíritus o almas en pena... y sí, hay muchas historias respecto a esa casa... el antiguo dueño no quiso decirnos porque estaba vendiendo la casa, pero si es tan

cierto todo lo que dicen del lugar tarde o temprano te darás cuenta por tus propios ojo... — sugirió Julieta.

En cualquier otra circunstancia aquel comentario podía haber sido de los más normal en las palabras de alguien que te intenta convencer de un punto, pero justo en el momento que terminó la frase “con tus propios ojos” pude captar ese cambio en el tono de su voz, un tono bastante vacío y resignado; aquello me pareció triste.

—Niña, toma —interrumpió el anciano, quien le arrebató de la mano el reloj a Julieta y lo puso frente a mí.

Miré firmemente el reloj, lo observé precavida y tan solo imaginar sentir aquello me parecía de cierta manera muy tentador, pero solo lo miré y sonreí.

—Lo siento, no traigo dinero para pagarlo, y apuesto a que eso debe ser muy caro.

—No te preocupes, mi abuelo te lo va a regalar... como todo lo que hay aquí, si sigue así en menos de un año vamos a quebrar —dijo Julieta con un tono malhumorado.

—No puedo aceptarlo —dije mirando al anciano.

—Prácticamente esto te pertenece, si no lo hubiera encontrado Julieta seguiría en su lugar y algún día lo hubieras encontrado tú.

—Abuelo, ¿cuántas veces te tengo que recordar que ese reloj lo encontré detrás de un tabique suelto?, si no fuera por mí estaría detrás de miles de kilos de concreto.

—Tienes razón, después de la remodelación lo más seguro es que hayan quitado muchas paredes y otras las rellenasen con concreto. En todo caso tómallo como un gesto de bienvenida a San Marie.

Si hubiera sido cualquier otro objeto posiblemente lo hubiera aceptado en ese preciso momento, pero dadas las circunstancias y a pesar de la tentación de tenerlo entre mis manos solo me vi en la necesidad de rehusarme a aceptarlo, pues de alguna manera no dejaba de relacionarlo con aquel libro de Stephen King “Desesperación”, sí, aquellas estatuillas tenían casi el mismo efecto... y pensar que alguien tenía esa clase de poder sobre mí me aterraba demasiado.

Sonreí gentilmente y simplemente negué con la cabeza.

—Realmente no puedo aceptarlo, muchas gracias, pero será mejor que me vaya.

Tan rápido como pude salí de esa tienda, me sentía mucho mejor pero ese reloj no dejaba de dar vueltas por mi cabeza. Caminé y caminé mucho más, hasta llegar al camino hacia mi nuevo hogar; respiré hondo y traté de dejar entrar el aire puro dentro de mis pulmones, tosí como lo haría un persona que fuma por primera vez, entonces noté como el aire parecía estar más denso de lo normal, me asuste, y lo intenté de nuevo para corroborar, esta segunda vez todo pareció sentirse más normal.

Singularmente los sonidos parecían ser más agudos, más intensos. Era como si mis sentidos se agudizaran. Levanté la mirada y vi el cielo más azul de lo que recordaba; sentí el aire sobre mi piel y me fue imposible no sentir su suave caricia. Dispuesta a comenzar el camino, di mi primer paso, y al hacerlo pude percibir el sonido de las minúsculas piedritas rompiéndose debajo de mis botas. Me asuste, fue como haber escuchado el derrumbe de un edificio a unos cuantos metros de mí. Me detuve, di el siguiente paso, y este simplemente se fugó como un cualquier paso.

No quería pensar que me estaba volviendo loca, pero sin duda comenzaba a tenerlo en cuenta. Sacudí mi cabeza y me di pequeñas cachetadas para regresar en sí, y comencé a caminar sin pensar en nada. No caminé más de diez metros cuando noté a lo lejos un letrero, estaba hecho de madera, parecía viejo, y tenía planta trepadora por todos lados; lo miré fijamente y traté de recordar si lo había visto ayer a nuestra llegada, pero nada llegó a mi mente.

Posiblemente lo había visto, pero no lo recordaba.

Me acerqué al letrero e intenté descifrar su mensaje, ya que a simple vista solo se alcanzaba a distinguir las letras: “M” “o” “S” “e”, me acerqué aún más, tomé un palo del suelo y comencé a mover todas esas plantas para despejar el mensaje. Cuando lo hice todo cobró significado, el letrero decía: “Muelle del Lago San Marie”, ¿un muelle? Sabía que había un lago,

podía verlo a lo lejos desde la ventana de mi cuerpo, pero nadie me había hablado acerca de un muelle. Miré hacia el fondo y a pesar de la maleza, se lograba ver un camino; quizá hace mucho tiempo allí había un hermoso camino, amplio y libre de vegetación, pero ahora... ahora solo quedaba un minúsculo recuerdo. El simple hecho de intentar atravesar toda esa maleza parecía una odisea imposible.

Regresé al camino dejando en segundo lugar la idea del muelle, si quería ir al muelle definitivamente no sería por ese viejo camino. Miré el reloj de mi mano izquierda y daban apenas la una de la tarde. Pero no di siquiera un par de pasos cuando escuché una fina voz que venía exclusivamente desde ese camino; giré la cabeza e intenté mantenerme en silencio para poder escuchar mejor, pero a diferencia de lo de las piedritas bajo el zapato, no podía escuchar más que un susurro que se llevaba el viento. Regresé mi cuerpo hacia la entrada de aquel camino viejo y traté de escuchar más atentamente, no escuchaba más fuerte, pero definitivamente podía percibir la voz de una mujer, era una voz joven, y estaba cantando.

La música siempre ha formado parte de mi vida, desgraciadamente siempre había sido mala para crearla, y solo podía tener el placer de disfrutarla. Sabía apreciar y amaba cuando un buen cantante lograba endulzarme con su voz, y muchos casos atraparme, pero jamás me había sentido hipnotizada de aquella manera. Escuchar esa voz era como si alguien quisiera hipnotizar a una serpiente con una flauta, o como aquel cuento del flautista con los ratones... simplemente, había caído a sus pies.

Sin darme cuenta, y aún mientras lo pongo en estas hojas, ya había entrado entre todo ese pedregal lleno de plantas y humedad. Había logrado penetrar a un punto al que estando cuerda nunca hubiera logrado llegar. Resbalé entre un charco de lodo y volví a pararme sin siquiera sentir que me había raspado el codo del brazo derecho; subí entre un montón de rocas y tallé las puntas del cuero de mis botas; un enorme tronco caído que atravesaba de lado a lado se interpuso en mi camino, tan rápido y sin analizarlo brevemente comencé a trepar como un mono; al llegar sobre el tronco visualicé a lo lejos el lago, y efectivamente, allí se veía el puente, tan hermoso, tan lleno de luz y apacible; di un saltó, y caí de lleno sobre los dos pies como un gimnasta, se me aturdieron las piernas, y sentí dolor, pero proseguí. Seguí el camino hasta que este comenzó a tener más forma de un camino, cada vez estaba más cerca de mí y podía sentir palpablemente esa sensación de éxito.

Mi cuerpo fue recibido por una suave brisa, y entonces supe que ya había llegado. Ahora el camino era tan liso como el asfalto, y tenía frente a mí el largo muelle de madera. Entonces, allí fue cuando reaccioné y me di cuenta de que sin consentirlo ya me encontraba en ese lugar. Pensé y entendía cuánto y cómo lo había hecho, pero no entendía el porqué. Un ligero dolor de cabeza se abalanzó sobre mí y volví a sacudir la cabeza para intentar despertar por completo, y una vez que me sentí cuerda decidí regresar por el mismo camino.

Me detuve antes de avanzar más; aquel lugar era tan hermoso y había hecho tanto como para atreverme a regresar. Me giré y decidí disfrutar de aquel lugar tan perfecto; me dirigí hacia el muelle. Al dar el primer paso sobre la primera tabla de madera lo hice sonutiliza, puesto que si aquel lugar era tan viejo como el propio letrero, a pesar de que se viese en perfectas condiciones, no podía confiarme. Las maderas parecían firmes, y proseguí, así hasta llegar al final del muelle. Ahora todos mis problemas parecían haberse consumido por la tranquilidad del agua, que parecía un espejo que hacía rebotar los rayos de luz de nuevo al cielo.

Me acerqué más a la orilla, con la misma tranquilidad. Las botas aún tenían lodo, y no lo había notado; el lodo se deslizó sobre la orilla y...

De repente sentí unas manos tomándome por los brazos, y quedé colgada de ellas. Mi corazón comenzó a bombear rápidamente y mis latidos los podía sentir resonar en mi cabeza, estaba asustada. Mucho.

No entendía que estaba sucediendo, pero me compuse y me puse de nuevo con las dos piernas firmes sobre el muelle y sin soltarme de las dos manos, y rápidamente me giré para ver de quién se trataba. Frente a mí estaba lo más parecido a un ángel.

Se trataba de una chica, un poco más baja que yo, pero mucho más hermosa que cualquier ángel alguna vez pintado. Sus ojos, color miel y tirados a verdes, no completamente verdes como los míos, los suyos... los suyos eran perfectos. Su piel era tan clara, pero no más clara que su vestido blanco, era simplemente el tono perfecto, y seguiría mencionando la palabra perfecto en cada cosa que la definiera, pero eso solo sería quedarme en un nivel demasiado absurdo, todo era perfecto, su cabello ondulado y castaño rubio, su mirada tan espiritual, profunda y cálida, sus rosados labios... simplemente sublime.

Tan solo mirarla hizo que algo dentro de mi estómago se moviera. Ella me miró y me sonrió, y me sacó del trance que ella misma había provocado en mí y jalarme y alejarme de la orilla del muelle.

—Me alegra haber llegado a tiempo —me dijo.

Su voz, su voz era lo que superaba a todo lo anterior, era mística, y hermosa. Y entonces, solo pude relacionarla con la voz que cantaba, era ella, esa era la voz, la que me había hipnotizado hasta ese muelle.

—¿Tú?, ¿tú eras la que estaba cantando? —fue lo primero que se me pasó por la cabeza para preguntar.

—Si hubiese subido que alguien me estaba escuchando... —dijo sin terminar su oración.

—¡Lo siento! ¡Qué descortés! ¡Gracias! ¡Gracias por no haberme dejado caer! ¡Ya he tenido mucho por hoy! ¡Además, no sé nadar! —tomé aire—, gracias... por cierto, mi nombre es... —guardé tiempo, no recordaba mi nombre— ... es Charlie... Charlotte...

—No tienes que disculparte, tú también me hubieras salvado si yo hubiese estado en tu lugar... además, ese lago es muy hondo. Y mucho gusto, Charlie —me soltó y estiró nuevamente su mano hacia mí para saludar—, mi nombre es Katherine.

—Wow, sí que a nuestros padres les encantan los nombres antiguos —bromeé.

—En mi familia todos tenemos nombres así.

—Oye, cambiando de tema... tienes una hermosa voz, me refiero, cantas muy bien.

—No, no tanto.

—¿Es broma?, cantas hermoso... ¿Qué canción era? Solo pude escuchar el ritmo, pero no la letra.

—No lo sé, solo a veces comienzo a cantar y... una cosa me lleva a otra —se sonrojó —, no te había visto... eres...

—Mi familia se acaba de mudar a San Marie, nos... Vivimos en la casa grande que está cerca de aquí...

—¿La casa dónde espantan? —preguntó.

—¿También tú? ¿No hay nadie en este pueblo que no piense que esa casa esta embrujada?

—Sí, lo dueños originales.

—En todo caso ellos serían los fantasmas...

—Entonces no creerían que la casa está embrujada...

—¿Esto es un juego de palabras?

—Posiblemente... —finalizó regalándome un sonrisa.

—¿Cómo te gusta que te digan? —le pregunté.

—Katherine, así me llamó... No me gusta que me llamen de otra manera, ¿a ti?

—Como sea, los nombres para mí no son muy importantes...

—¿Vas a la universidad?

—No, yo... tomo clases personales en mi casa...

—¿Vives cerca de aquí? —pregunté.

—Tú brazo...

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—Tu codo está sangrando.

Era verdad, no me había dado cuenta pero mi codo estaba completamente rojo, y un pequeño y minúsculo río rojo nacía desde la punta del codo hasta parte de la muñeca. Al torcer

mi brazo para intentar tener una visión más clara sentí una descarga eléctrica del dolor, y me quejé.

—Ven —me dijo—, mientras me llevaba nuevamente a la horilla del muelle y me tomaba del brazo cuidadosamente para sentarme—, iré al bote por algo para verte agua.

¿Bote?, me pregunté, y miré hacia donde se dirigía; levanté la mirada y pude ver un viejo bote; no dejé de observarla, hasta que ella regresó.

—Bien, limpiemos esa herida —dijo.

Ella se arrodilló a la orilla del muelle y se inclinó cuidadosamente para llenar una cantimplora de metal.

Observarla era un placer, su cuerpo delgado parecía una maravilla en ese vestido blanco, su piel se veía tan tersa como para querer tocarla tan solo con la punta de mis dedos. Cuando ella se giró hacia mí viré mi vista disimuladamente hacia otro lado.

—¿Me prestas tu brazo? —preguntó.

Estiré mi brazo hacia ella y esta lo puso de una manera que me obligaba a tenerla tan cerca de mí, y ahora no era solo lo que veía o podía sentir, se trataba de su olor, tan fresco y suave. Ella me estaba volviendo loca y tan solo tenía... ¡Dios!, grité en mi cabeza, y noté en el reloj de la mano derecha que ya eran las cuatro de la tarde... ¿Cómo había pasado tanto tiempo en tan... poco tiempo? Giré mi cabeza hacia ella y de pronto la tenía a unos pocos centímetros de mí. Sentía su respiración sobre mi piel, sus manos recorriendo todo mi brazo con esa tibia agua... hubiese querido que es momento hubiera perdurado por siempre.

Cuando llegé a la muñeca tomo mi mano con la suya, y sentí la cosa más maravillosa del mundo, dentro de mí, de mi corazón, de mi mente, de mi ser... La miré, y ella me miró, y por un par de segundos juraría que tuve una conexión con ella; no me sonrió, solo me miró sin soltar mi mano, y el tiempo se congeló; aquellos fueron los segundos más largos y a la vez más cortos de toda mi vida, algo que nunca había sentido.

—Vivo del otro lado del lago, en una cabaña con mi tío... —interrumpió el trance, pero no dejó de mirarme.

—Eso es hermoso... tú...

Luego no supe lo que pasó. Solo desperté. En mi cuarto. Allí estaba. Acostada sobre mi cama. Estaba confundida. ¿Había sido aquel un sueño?

Miré el reloj apenas y cuando pude sentarme sobre la cama, y eran las dos de la tarde.

<<¡¡¡¿Qué?!!!—grité a todo pulmón.>>

Mi madre asustada llegó rápido a mi cuarto.

—¿Qué te sucede? —me preguntó.

—Mamá, dime... ¿a qué hora llegué?

—Como hace media hora, dijiste que pasaste a una tienda de antigüedades y te sentías cansada, que te ibas a dormir... y eso hiciste... ¿te sientes bien?

Sin pensarlo dos veces me puse las botas, y noté que estaban intactas... no estaban rayadas; miré mi codo y tenía una raspón, no más que eso, nada como para derramar tanta sangre. Salí rápidamente pasando al lado de mi madre sin explicarle lo que sucedía, ni siquiera yo lo entendía, mi cabeza iba a estallar... me dolía. Escuché a mi madre gritar, la ignoré. Salí de la casa y decidí acortar el paso yendo por la ruta que se veía sobre mi ventana. Apresuré el paso, y por más que caminaba, no llegaba.

Caminé más deprisa, y tan solo veía pasar árboles y más árboles, me sentía perdida. La oscuridad de la tarde se comenzó a contemplar, mi corazón latía agitadamente, jadeaba, me caí, y me raspé las manos, pero proseguí, así hasta llegar al muelle. El muelle era real, tal y como lo recordaba, pero no había Katherine, ni bote ni esa cálida sensación de bienestar; me sentí ahogada; llegó una sensación de estrés, ganas de llorar... ¡quería gritar! Pero mis gritos se ahogaban en mis lágrimas, ¿por qué siento esto?, me pregunté. Luego me sentí mareada, todo se movía sin razón, el agua se volvía turbulenta y caí al suelo, pero todo seguía dando vueltas. Y todo se volvió oscuro, pero justo antes de perder la razón en ese profundo sueño puede percibir su aroma... su aroma acarreado por el viento... su aroma era real, entonces ella tenía que ser real.

## **Esquizofrenia**

Estando inconsciente pude ver algo, algo entre en medio de toda aquella oscuridad. No lo entendía. Era una luz pequeña, que se iba haciendo más grande, y mientras más me acercaba a ella, esta se iba haciendo más grande. De pronto la hermosa luz se volvió dolorosa, se volvió cegadora. Todo se iluminó. Y luego el ruido se fue integrando, y todo comenzó a tomar razón.

<<¡Muchacha! ¿Me escuchas? —decía impertinentemente una voz.>>

Abrí los ojos y la luz cegadora prosiguió, pero ahora era mucho más soportable. Pude imaginar cómo mis pupilas se dilataban a la entrada de la luz. Pude entender todo claramente hasta que un hombre, el hombre que me hablaba, ponía una lamparita minúscula sobre mis ojos. Después pude ver bien. Estaba vestido de blanco. Era un doctor.

—¿Qué pasó? —pregunté todavía desorientada.

—Estás en el hospital público de San Marie —contestó amablemente.

Cuando abrí los ojos en su máximo esplendor y comprendí lo que sucedía, comencé a recordar. Lo entendía, me había desmayado en el muelle. Posiblemente mis padres habían ido a buscarme, y al encontrarme inconsciente me habían traído al hospital más cercano.

—¿Dónde están mis padres? —pregunté.

Sin saber lo grave de mi estado intenté ponerme de pie. Bajé de un salto de la camilla y el doctor me tomó del brazo para evitar que tropezara con mis propios pies. Si no lo hubiera hecho posiblemente si me hubiera caído. Lo observé y le sonreí para agradecerle. Cuando lo miré no pude evitar verlo detenidamente. Era muy apuesto y joven. Se trataba de un moreno con ojos verdes. Quizá ver mis ojos verdes sobre mi tez clara no era la cosa más original del mundo. Pero verlo en una piel como la de él, simplemente era hermosos.

El me miró, sonrió espontáneamente y me soltó.

—Llenando papeleo —dijo.

—¿Me desmayé?

—Así fue, tus padres se asustaron porque por más que intentaban despertarte... creo que caíste en un profundo sueño.

No dije más, luego mis padres aparecieron al otro lado del pasillo. Mis hermanos venían con ellos, y Erin soltó la mano de mi padre para correr y abrazarme.

—¿Ya estás bien, Charlie? —me preguntó.

—Sí pequeña princesa... ya me siento mejor.

—Nos distes un susto tremendo —dijo mi al llegar hasta donde estábamos—, doctor, ¿qué fue?

—Hicimos unos estudios rápidos y parece que su hija está muy baja anímicamente...

¿Te has estado alimentando bien? —me preguntó.

—Normal, me alimento como siempre... pero... pero me he estado sintiendo algo rara, como si de la nada me sintiera excesivamente cansada.

—¿Estás tomando algo más? ¿Fumas, bebes o ...? —se me insinuó el doctor.

—¡No! Nada de eso —respondí inmediatamente, aunque me hubiera gustado decir que no últimamente.

—¿Segura Charlie? —insistió mi padre—, No sería la primera vez que tenemos problemas contigo por comiendo cosas... —volvió a insistir mi padre.

—Bueno, por ahora solo te enviaré un complemento para arreglar ese bajón de energía. ¿De acuerdo? —interrumpió el doctor.

Mi padre solo se cruzó de brazos.

—Bueno, será mejor vayamos a casa —sugirió mi madre en un tono más calmado—.

¿Me da la receta para ir a la farmacia? —le sugirió mi madre al doctor.

Mis padres se encaminaron hacia la farmacia. Mi padre tomó de la mano a Erin y se la llevaron. Pude ver a lo lejos como mi padre le decía algo, y mi pequeña hermanita volteaba a verme. Seguramente le decía que se portara bien si no quería terminar como yo. Mi hermano permaneció a mi lado. Miró al doctor celosamente, y este simplemente partió hacia la dirección de mis padres.

—Mi papá está muy enojando, dice: que si de nuevo estás medita en drogas...

—¡No lo estoy! ¡Por Dios! Solo fue una vez... ¿Por una vez en mi vida no pueden creer que de verdad estoy enferma? —contesté enojada.

—Ya sabes cómo es él, como sea, será mejor que este doctorcito ponga sus ojos en otro lugar, no es profesional, no me agrada.

—¿Qué dices? —pregunté desconcertada.

—¿Qué no notas como te mira? Si pudiera te desnudaría con la mirada.

—¡Brandon!

—¿Qué?! ¿Me vas a decir que no te das cuenta?

—Estoy convaleciente... nadie en mi estado se fija en esas cosas... Además, en todo caso, de mí no te tienes que comportar como el hermanito celoso, creo que eso te toca con Erin, y si te puedo dar un consejo sería que tampoco lo intentes con ella. En esta familia las mujeres no necesitan hombres celosos y controladores, somos autosuficientes.

—¡Cómo quieras! —dijo enfadado y se fue.

Me quedé pensativa por unos instantes. No por lo de Katherine, sino por lo que había dicho mi hermano. Pero después comencé a pensar en Katherine, y seguí preguntándome qué tanto había sido real de todo aquello... ¿Y si había sido un sueño? ¿Y entonces de dónde había salido el raspón de mi codo? Estas preguntas solo me llevaron a un dolor de cabeza agudo. Toqué mi cabeza, y escuché la voz del mismo doctor, pero no entendí nada.

—¿Qué? —dije descortésmente.

—Pregunté si tenías dolor de cabeza, para darte unas pastillas.

Esta vez lo miré más detenidamente, tenía una mirada tierna, no pervertida. Mi hermano solo estaba exagerando.

—Algo, pero pronto se me pasará.

—¿Segura?

Asentí con la cabeza.

—Tus padres están esperando las pastillas, hay mucha gente. Yo... por cierto, me llamo Mario.

—Mucho gusto, yo soy Charlotte, pero supongo que eso ya lo sabes...

—Sí, de hecho es lo primero que nos dan después de la sintomatología.

—¿Sintomolo...?

—Que nos dicen qué tienes.

Sonreí.

—Sé que esto es muy poco profesional... pero tus padres me dijeron que son nuevos por aquí...

—Parece que ya te contaron toda la historia.

—No tanto, pero supongo que conoces a nadie... así que pues... no lo sé —comenzó a hablar en un tono nervioso—, si algún día quieres salir a platicar con alguien o simplemente por puro placer de compañía...

—Suena genial, de hecho espero hacer amigos ahorita que entre de oyente a la universidad, pero igual nunca está de más la compañía de una persona profesional... Ya sabes, a veces son necesarias las conversaciones maduras.

Él sonrió y se sonrojó, sacó de su bata una pequeña libretita y comenzó a apuntar.

—Toma, es mi número. No dudes en llamarme.

—Claro, solo espero no molestarte mientras operas a alguien o algo así.

—No te preocupes por eso, igual y si no contesto a la primera sé que comprenderás que no es porque no quiera, insiste.

<<Charlie, ya tenemos las pastillas —dijo mi madre desde el fondo del pasillo.>>

Mi hermano llegó rápidamente de un momento a otro y me tomó del brazo como si de verdad estuviera muy enferma. Miró a Mario fulminándolo con los ojos, y me prácticamente me jaló. Le sonreí a Mario y salí de la sala.

En el automóvil nadie parecía tener ganas de hablar del tema, pero sabía que mis padres se morían de la angustia por saber el porqué de haber salido corriendo como loca. La noche que había llegado inesperadamente parecía también haber acarreado el silencio.

Cuando entramos al camino hacia la casa mi mirada se fijó nuevamente hacia la dirección donde se suponía tenía que estar el dichoso letrado del muelle. Espere ansiosa a que pudiera ver la señal, y finalmente lo hice... ¡allí estaba!, tan como lo recordaba, incluso tenía las ramas rotas que le había quitado para poder ver el mensaje completo. Yo estuve allí, hasta esa hora todo había sido real, después de eso... no podía comprenderlo.

—Charlie —dijo Brandon.  
—Ya no empieces con lo que me dijiste —susurré.  
—No es eso —dijo en voz más alta—, Sé que mis padres quieren saber por qué te fuiste como loca a ese lago... solo que no se atreven a preguntar... porque creen que estás loca...

—¡Brando! —dijo mi madre en voz alzada.  
—¿Estás loca, Charlie? —preguntó Erin adormilada.  
—Nadie piensa que Charlie está loca... —aclaró mi madre—, solo estamos preocupados por sus acciones tan repentinas y fuera de sentido; pero sí, nos encantaría saber por qué saliste como loca hacia ese lugar, Charlie.

No tenía ni una mínima idea de qué responder, ¿qué debía hacer?, ¿decirles que había ido a buscar a alguien que posiblemente había soñado? Posiblemente con eso solo sería afirmar que sí estaba loca. Pero... ni siquiera eso tenía coherencia, ¿cómo podía haber soñado con un lugar o una persona que jamás había visto en mi vida? No entendía.

—Pensé que había olvidado mi celular —fue lo primero que se me ocurrió decir.  
—¿Todo esto por un celular? ¡Por Dios Charlie! Quizá es cierto lo que dicen tus hermanos y realmente sí estás loca —agregó mi padre con un tono de ironía.  
—¡André! ¡No te comportes como uno de tus hijos! —le regañó mi madre.  
—¿Qué?! Ya no puedo con esta niña. Lo intento. Le doy oportunidad tras oportunidad. Ya no puedo con sus actos descabellados, aquí la quien tiene que madurar no soy precisamente yo.

La puerta se azotó tan fuerte como pude. Le puse seguro para que nadie entrara. Estaba enojada. Simple y sencillamente con mi padre. Lo sé, quizá nunca he sido la hija perfecta que él alguna vez soñó. Pero aunque tuviera la razón, esas no son la clase de palabras que un hijo quiere escuchar de la boca de su padre. Herían.

Me senté en la cama y traté de mantener la calma. Mis padres parecían estar discutiendo como cualquier discusión marital, solo que en este caso yo estaba incluida. Saqué los audífonos del cajón de mi cuarto y los conecté a mi reproductor. La música llegó y parecía tranquilizarme y contemplarme en un mundo totalmente diferente, donde no había problemas, donde nadie gritaba, y donde nadie estaba decepcionado de mí.

El pequeño ruido de la manecilla de un reloj me despertó a mitad de la oscuridad. Me había quedado dormida y mi reproductor se había apagado por completo. Me senté sobre la cama y traté de recordar que había sido lo último que había pasado. La pelea, pensé. Me quite los audífonos e intenté ponerme de pie para quitarme la blusa, pero sentí un cansancio aplastante que llegó de golpe. Giré mi cuello y parecía como si alguien me hubiese golpeado toda la noche desde allí, los hombros, y hasta la parte baja de mi espalda. De un momento a otro pensé en lo que el doctor, Mario, me había dicho, quizá solo era falta de vitaminas o alguna otra cosa. Inclusive así, decidí cambiarme. Me quite toda la ropa, me puse una playera sin mangas y un short. Miré por la ventana y noté el vidrio ligeramente empañado. Supuse que hacía frío, pero a pesar de eso todo dentro parecía estar ardiendo en calor. Abrí la ventana para dejar entrar un poco de aire fresco, pero la ventana estaba demasiada pesada, posiblemente se había pegado con el frío o algo así. Decidida, me encaminé hacia la puerta de la habitación y la abrí para ver si esta vez tenía un poco más de suerte.

La puerta estaba abierta, no tenía seguro. Lo única explicación era que aquel seguro no sirviera. Lo volví a poner, pero funcionaba perfectamente. Moví la cabeza en señal de negación, y finalmente salí. No sabía qué hacer, pero como me sentía decidí ir a la cocina y rezar porque mis padres hubieran dejado las pastillas olvidadas en medio de su discusión. Comencé a caminar con pasos suaves para no hacer ruido, sentía el frío del piso sobre las palmas de mis pies, pero ni siquiera esto lograba refrescar mi cuerpo, hasta podría decirse que sentía más calor.

No hice caso a esta sensación, tal vez la menopausia se me había adelantado unos treinta años. Las escaleras fueron lo más difícil de bajar, éstas eran de una especie de azulejo combinado con madera, y cada paso que daba parecía ser un golpe con un martillo. Me agarré del barandal de metal, este estaba caliente, como si alguien hubiera dejado su mano puesta en el mismo lugar por horas. La quité rápidamente y por poco me caigo. No entendía por qué últimamente parecía tan torpe, como si fuera sublime a las caídas. Me mantuve de pie. Proseguí a bajar las escaleras. Una vez desde abajo miré hacia arriba. Eran tan solo unas escaleras, unos cuantos escalones, pero en el camino parecía haber sido una olimpiada. <<¡Estúpida! —dije en voz alta.>> Me tapé la boca. Inspeccioné si alguien quizá se había despertado por mi voz, todo seguía apacible.

Al entrar a la concina lo primero que noté fueron las el enorme frasco blanco que estaba en medio de la mesa. Alcancé a notar la palabra “Suplemento” y sin pensarlo dos veces me dirigí hacia las repisas a sacar un vaso. Mientras llenaba el vaso con agua del garrafón me perdí en un reloj que no había notado en la casa, justo el que estaba arriba del refrigerador, parecía viejo. No lo miré mucho, o más bien perdió mi atención rápidamente. Caminé hacia la mesa y abrí el frasco de pastillas. Me tomé una, y volví a mirar sin querer aquel reloj. Miré la hora, eran las cuatro de la mañana. Las cuatro... pensé. Al tomarme la pastilla solo parecía haber activado algo que me dio más sueño. Tomé otra y la ingerí sin pensar si era malo o bueno.

Bostecé como si el cansancio estuviera acumulado por días. Caminé de regreso hacia las escaleras, pero antes de subir el primer escalón escuché nuevamente el ruido de la manecilla que me había despertado. Regresé de nuevo hacia la cocina y verifiqué si aquel reloj era el culpable de tal ruido, pero para mi sorpresa solo me asusté. El reloj seguía marcando las cuatro en punto. Me acerqué, la pequeña manecilla de los segundos seguía girando alrededor. Esperé unos minutos. El reloj no avanzaba. Me limpié los ojos, más que para ver, para ahuyentar al sueño. Quise tomar un poco más de agua, y vi como alguien pasó corriendo de un lado al otro por afuera de la ventana. <<¿Katherine? —fue lo primero que pronuncié.>> Salí prácticamente corriendo, pero sin hacer el típico ruido que uno hace cuando corre. La puerta principal tampoco tenía seguro. Mis padres siempre eran muy cautelosos con eso, tenían delirios de persecución, y siempre cerraban todas las puertas con llave. Quizá por la discusión lo habían olvidado. Salí, no vi nada. Comencé a rodear toda la casa, pero seguía sin ver nada. Escuché de nuevo el sonido de la manecilla de reloj. ¿Reloj acá afuera?, pensé. Me estaba volviendo loca.

De pronto podría jurar que alguien había pasado a un lado de mí. El viento se empujó contra mí y llevó una tormenta de tierra que se vertió dentro de mis ojos. Grité y me cubrí los ojos, y el viento cesó. Intenté abrir mis ojos rápidamente, pero aquello solo me causó dolor. Intenté abrirlos lentamente, pero sucedió igual. Y fue en ese momento cuando percibí un aroma, ¡tenía que ser ella! ¡Nadie podía tener el mismo ahora! Me obligué a abrir los ojos, pero no podía ver más que oscuridad alumbrada por la noche. Caminé sin sentido por donde venía el olor. Me caí al meter mi pie en un enorme agujero, y rodé hasta caer de espalda. La luz de la luna sobre mis ojos parecía querer limpiar mi visión. De pronto me fue imposible evitar no sentir una mano sobre mi pecho. Me asusté y grité como loca. Di un manotazo y me puse de pie tan rápido como pude, me limpié los ojos, ya no sentía las piedrecillas dentro, pero seguía sin poder mirar. El aroma regresó, pero está vez más penetrante, más perceptible. Sentí una respiración sobre mi cuello, permanecí atenta y quieta. Si se trataba de ella podría dejar que me hiciera lo que quisiera, pero muy en el fondo y sin razón sentía que no se trataba de ella.

Por la parte trasera unas manos tocaron mis piernas, comencé al fin a sentir frío. Siguieron subiendo. Me paralicé. No podía distinguir si las manos se trataban de un hombre o una mujer. Las manos se encaminaron hacia mi obliquo, una de ellas bajo hacia dentro de mi short, y la otra se encaminó hacia dentro de mi playera, y agarró uno de mis pechos. Comencé a sentirme excitada ligeramente, pero después la otra mano bajó más entre mis piernas, y lo ligero comenzó a volverse más intenso. Mi cuerpo comenzó a temblar. La otra mano, que tenía presionado mi pecho izquierdo, comenzó a ejercer más presión, pero lo soporté. Después

apretó con más fuerza, y luego mucho más. Me quejé. Ya no estaba soportando ese dolor, pero ahora parecía que también no podía gritar, solo podía quejarme en mis adentros. Quise quitar la mano de mi pecho, pero apenas si podía mover la punta de mis dedos. La mano apretó más fuerte aún. Comencé a llorar, y la excitación en lugar de desaparecer comenzó a crecer, como si sintiera placer por el dolor.

La mano comenzó a ponerse caliente, ya no se trataba solo de la presión sobre mi pecho, ahora era ese calor penetrante. Comencé a sollozar. Quería que parara. El aroma comenzó a dispersarse, y un olor a algo quemado, como a carbón comenzó a inundar el aire. Y luego, de la nada, pude ver; pude moverme. Me giré queriendo empujar a quien se encontraba detrás de mí, pero al hacerlo no había absolutamente nadie. Solo era yo, peleando contra el viento. Toqué mi pecho, y estaba caliente. Me dolía.

Luego de nuevo el sonido de la manecilla, y desperté en la cama llorando. ¿Estaba soñando?, pero estaba llorando... Un profundo sentimiento de dolor, soledad y desesperación me invadió. No podía controlar mi llanto. Me levanté y sentí algo... no podía explicarlo, solo sé que tenía la necesidad de ir hasta el espejo de cuerpo completo; me miré; y que quite la playera. No creía lo que veía.

Mi pecho estaba amoratado.

Lo toqué. Me dolía.

Quise llorar de la desesperación de no entender nada. ¿En qué momento había regresado? Miré la mesita a lado de mi cama, allí estaba el suplemento y un vaso de agua medio lleno. Luego, me acerqué. Miré el celular... eran las dos de la mañana. Corrí hacia la puerta, y al abrirla el seguro se botó; sí tenía seguro. Bajé las escaleras sin preocuparme si hacía ruido o no, y lo primero que hice fue mirar el reloj sobre el refrigerador, allí marcaba las dos con un minuto. Esperé, y avanzó, funcionaba. Volví a subir las escaleras y miré de nuevo el reloj de mi celular, ahora eran las dos con cinco minutos, todo funcionaba perfectamente.

Aquella noche no pude dormir, no me sentía cansada. No tenía sueño.

Cuando el primer rayo de sol se asomó por la ventana me metí en el baño para tomar una ducha. El jabón lo tuve que pasar lentamente por mi pecho, el dolor seguí allí. Mis pies se sentían como si hubieran corrido toda la noche sobre la tierra, pero habían estado limpios al despertar. Lo más curiosos aquella mañana fue que al mirar mis ojos, estos estaban completamente rojos, no rosados, estaban rojos... como si alguien me hubiera golpeado. Hubiera ido corriendo a contárselo a mis padres, pero después de lo de anoche... lo único que hice al terminar de bañarme fue vestirme, buscar unos viejos lentes de sol, tomar algo rápido de la cocina, y dejar una nota con un mensaje: "Me fui temprano a la universidad". Lo último que quería que mi padre pensará, era que sí me estaba drogando.

El resto del día no puedo decir nada interesante. Me presenté un par de veces frente a las clases que tomé, sí, preguntaban sobre los lentes y yo les decía que era sensible a la luz, o inventaba lo primero que se me ocurría. No hablé mucho. Solo pensaba que sí me estaba volviendo loca. No podía dejar de pensar en eso de los efectos de las drogas... esquizofrenia, ¿y si me estaba pasando eso?, no me drogaba tanto, pero quizá eso había activado una bomba de tiempo... y si... ¿y si esa enfermedad estaba en la familia? ¿Y si de verdad la había activado con un poco de marihuana y droga barata? ¿Quizá tenía alguna tatarabuela esquizofrénica que nadie había conocido? ¿Una tatarabuela que se había perdido? ¿Qué escuchaba cosas y sentía otras? ¿Qué se lastimaba así misma y no lo recordaba? Quizá... quizá eso me estaba pasando a mí.

Cuando entré a la clase de literatura prácticamente me quedé dormida antes de que la profesora llegara, el ambiente simplemente era aburrido, así que aproveché para seguir pensando en mi posible enfermedad. Pero mis pensamientos fueron interrumpidos. El viejo reloj de bolcillo de la tienda de antigüedades estaba sobre mi pupitre. Miré a mi lado y se trataba de Julieta.

—¿No pensabas dejar a mi abuelo con la mano estirada, verdad? —me dijo sonriendo.

—¿Cómo sabías que era yo? —pregunté.

—Tu aroma, todos tenemos un aroma. Solo que yo los sé percibir mejor que una persona que puede ver.

Acerqué mi oreja hacia el reloj, para no tocarlo en ningún momento.

—No sé escucha como si estuviera funcionando.

—Lo sé, ayer después de las cuatro de la tarde volvió a detenerse, ¿no es raro?

Miré entonces el reloj de mi celular. Faltaba un minuto para que dieran las dos de la tarde. No dije nada; esperé, y justo a las dos en punto, este comenzó a funcionar. Las manecillas estaban girando.

—¿Qué hiciste para arreglarlo de nuevo? —me preguntó Julieta.

No le contesté.

## Reencuentro

—Sé que sigues allí... aún puedo escuchar tu respiración —insistió Julieta.

—Yo...

Antes de que pudiera formular una respuesta adecuada, entró la profesora regañando y enviando a todos a su lugar.

—Sea lo que sea, que hayas hecho, espero dure más esta vez... —apresuró Julieta mientras sacaba una regla lleno de hoyuelos y una enorme libreta de hojas blancas.

Miré el reloj fijamente, tomé del bolsillo de mi pantalón una servilleta arrugada y lo tomé con extrema precaución, justo en ese momento la profesora se dirigió hacia mí.

—¡Hey! ¡Tú! ¡Ven a presentarte! —gritó en tono de orden autoritaria.

Aquello me estresó y exaltó indudablemente, tanto, que me volví torpe con las manos y dejé resbalar el reloj; este cayó al suelo, no muy lejos de mí. Asustada, y presionada por las varias miradas que se habían posado sobre mí me paré e incliné rápidamente para recoger el reloj; pero esta vez no me preocupé por hacerlo con el papel. Lo tomé sin pensar, y al comenzar a ponerme de pie, los lentes, por arte de magia, terminaron en el suelo. Tan rápido como pude me los volví a poner. La profesora me miró furiosa.

—Lo siento, pero al menos que seas invidente —miró a Julieta—, deberás quitarte esos lentes, o no tomarás mi clase.

Metí el reloj al mismo bolsillo de donde saqué la servilleta vieja y me dirigí hacia lo profesora muy lentamente.

—Disculpe, tengo una infección en los ojos... la luz o el polvo me hacen mucho daño —le dije en voz baja y lo más civilizadamente posible.

—¿Acaso ves demasiada luz o sientes una tormenta de arena en este salón? Es eso o te largas.

Lo pensé bien, no quería tener más problemas con mi padre, por lo que decidí retirarme sin hacer más guerra; pero, tomándome de sorpresa, la profesora estiró el brazo y me quitó los lentes sin previo aviso.

—¿Ya ves? No es para tanto, hasta tienes bonitos ojos, ¿cómo no presumirlos? —fue lo único que agregó antes de regresarme los lentes.

Aquella clase estuve demasiado impaciente, necesitaba un espejo; necesitaba mirar mis ojos; realmente lo necesitaba.

Cuando la hora se llegó y la profesora dio su último dictamen, yo fue la primera en salir, no sin antes despedirme de Julieta.

—¡Realmente agradezco lo del reloj! ¡Dale las gracias a tu abuelo! ¡Otro día platicamos con mayor calma! ¡Necesito irme! —fue todo lo que le dije mientras me despedía con un beso en la mejilla, después salí prácticamente corriendo.

No fue muy difícil dar con un baño. Cuando llegué a este, lo primero que hice fue buscar un espejo.

Y entonces miré mi rostro, mis ojos.

Todo era perfectamente normal, hasta el último milímetro de mis ojos. No había ninguna señal de sangre o color rojo. Fue entonces cuando recordé lo de mi pecho. Revisé todos y cada uno de los baños en búsqueda de alguien, y al no encontrar nada simplemente me quité el brasier para meterlo en mi mochila y después levanté mi blusa. Y de nuevo lo mismo, tan normal como siempre, inclusive toqué para sentir algún dolor, pero no sentí absolutamente nada.

¿Tan rápido me había recuperado? Aquello era imposible, esa clase de lesiones tardaban semanas, e incluso meses en curarse, y ni siquiera era doctor para saber esa clase de cosas. En todo caso, la mejor pregunta sería: ¿Había realmente tenido esas lesiones?

Salí de la universidad con la mente divagando; debes en cuando tocaba mis pecho sobre la blusa para sentir algo, pero seguía obteniendo nada. Realmente era raro querer sentir dolor, pero lo necesitaba, necesitaba ese dolor para corroborar que lo de aquella noche había sido más que un sueño.

Seguí caminado, alguien me habló pero no logré escuchar, me di cuenta hasta que una mano se posó sobre mi hombro izquierdo; para mi sorpresa se trataba de Mario, el doctor.

—Creo que alguien te está robando parte de esta realidad y te trae algo distraída —dijo sonriendo cariñosamente.

—Mario... ¡Lo siento! Solo ando algo distraída y pensativa... La universidad, ya sabes...

Mario me miró fijamente, y apenado subió su mano hasta sus ojos, y después la bajó a su boca.

—¿Pasa algo? —pregunté desconcertada.

—¿No traes sujetador?

—¿Qué? ¿Mi brasier? ¡Mi brasier! —dije alarmada, más que nada por si algún maestro, o incluso mi padre me veían en ese momento.

Giré la mochila hacia delante y la acomodé de modo ocultara mi frente.

—Comúnmente uso brasier... —aclaré.

—¿Y hoy por ser un día especial, no?

—Es una larga historia... ¡¿Qué hay de tí?! ¿No me digas que tomas clases de ballet o algo así después de una agobiante cirugía? —bromeé para relajar el ambiente.

—No es tan mala idea, siempre terminó muy agotado después de mi turno... La verdad es que...

Solo dijo eso antes de ser interrumpida por una rubia de pelo rizado que llegó por detrás de Mario y lo abrazó con tantas fuerzas que le fue inevitable sacar una bocanada de aire.

—Oh, entiendo... viniste a ver a tu novia —dije con poca importancia.

La chica me miró de arriba abajo como si fuera un escáner, puso una mirada penetrante sobre mí, y después se habló dirigiéndose hacia mí.

—Ni que él tuviera tanta suerte —me volvió a mirar de manera juzgadora, y después se dirigió hacia Mario —¿Quién es ella, hermanito?

—Ella es una amiga, y paciente... se llama Charlie. Charlie, ella es mi hermana, Elisa.

Estreché mi mano con la de Elisa, y pude notar claramente su desprecio de hermana celosa, o simplemente, de mujer engreída.

—Mucho gusto —le dije en tono indiferente.

—Claro, Mario... creo que será mejor que nos vayamos, no quiero llegar tarde a la reunión —le dijo sonando como una niña pequeña.

—Lo lamento, Charlie. Me hubiera gustado platicar más contigo, pero le prometí a esta mujer llevarla —dijo Mario con mirada decaída.

Le sonreí.

—Bye, Charlie. Oye, bonita tu cosa esa de la nariz, muy... no tengo palabras.

Mantuve mi sonrisa solo por pura cortesía, como esas veces en que ves a alguien que te cae mal y solo sonríes para que no lo note; siempre me había negado a la idea de que alguien me cayera mal sin haberle tratado, pero en ese momento parecía querer romper esas reglas mentales.

Ambos se alejaron lo suficiente, Mario me saludo desde lejos y yo le correspondí, Elisa solo giró la cabeza y siguió su camino.

Les di la espalda y proseguí mi camino, de alguna manera ya había olvidado lo que estaba pensando, pero tan rápido como pensé en eso la idea volvió, y todas mis preocupaciones regresaron de algún lugar donde hubiese querido que se quedaran.

Miré el reloj de mi celular y noté que muy pronto serían las cuatro, la pura idea me atemorizaba. Pero entonces pensé en algo: si pasaban cosas que no podía recordar o no me quedaban claras si habían sucedido o no... ¿por qué no poner la tecnología de mi lado?, claro, podía grabar todo después de las cuatro, podía tener evidencia de que cosas sucedían y que no durante esas horas. Con la idea impaciente en mi mente decidí apurar el paso.

Mi mente y cuerpo se detuvieron cuando pasé cerca del camino hacia el lago, pero refuté la idea de ir hacia ese lugar, y simplemente me dirigí hacia la casa. Cuando llegué mis padres estaban en el jardín arreglando algunas cosas, miré del otro lado y pude notar a lo lejos a Erin jugando con una vieja muñeca. Sin hacer que me notaran simplemente pasé hacia dentro y subí las escaleras rápidamente. Entré a mi cuarto, puse seguro y miré el reloj nuevamente. Ya faltaban unos pocos minutos para las cuatro, pero lo que captó rápido mi atención fue el ícono de mi batería, estaba a punto de morir, así que lo más normal fue buscar el cargador y conectarlo.

Todo parecía estar en su punto, todo preparado y listo para que comenzara la función. Me senté sobre la cama y esperé. Recordé entonces lo que Julieta me había dicho sobre el reloj, ahora, sin miedo a nada, saqué el reloj de mi bolsillo y lo acerqué a mi oreja. Espere... y ¡Tah!, el reloj se detuvo justo a las cuatro. Todo se volvió silencio, pues de alguna manera, esperaba a que algo sucediera. Y así fue.

Aquello lo recuerdo como algo muy extraño, se trataba de la impresora. Cuando habíamos llegado pensé en no conectar nada, al menos que lo ocupara, pero entonces me entró esa tremenda flojera de hacerlo luego cuando podía hacerlo en ese momento, así, la impresora había quedado enchufada con la esperanza de ocuparla algún día, incluso hasta la había dejado unas cuantas hojas blancas puestas en la bandeja, sin embargo, no la había prendido, y ahí es cuando comienza lo extraño de todo. Así, y de la nada, la computadora comenzó a sonar como si estuviera trabajado. Me asusté y traté de mantener la calma, luego

esperé y la máquina simplemente inició la imprenta. La hoja salió y cayó al no tener algo que la sostuviera.

Me levanté de la cama y me dirigí hacia la hoja. De la parte en la que había caído todo se veía blanco, entonces todavía no perdía los estribos, pero cuando le di vuelta...

**“4:00”**

Aquellos números no se hubieran significado nada en otro momento, pero ahora ya no estaba tan segura. Desconcertada intenté tranquilizarme mirando a través de la ventana, y allí estaba, se trataba de Katherine, juro que era ella. Levanté el seguro de la ventana y la abrí. <<¡Hey! ¡Katherine! ¡Espérame justo donde estás! ¡No te muevas! ¡Voy para allá! —dije gritando a todo pulmón.>> La miré unos segundos esperando alguna contestación, y la hubo, ella me saludó y asintió con la cabeza.

Salí disparada de la habitación, y sin saber por qué simplemente tomé el reloj y lo metí de nuevo a mi bolsillo. Fui como una ráfaga al salir de la casa, y lo supe porque nadie había notado mi salida. Corrí como loca entre el camino empedrado y lleno de lodo, salté una par de veces con una caída perfecta sobre ambos pies, y me golpeé unas cuantas veces con una ramas, pero al final lo logré. Ella estaba frente a mí, tan real, tan tangible, y aquella brisa del viento atrapaba su perfecto aroma.

—¡Por favor! ¡Dime que eres real! —salió de mi boca sin haberlo pensado.

—¿Disculpa? —dijo desconcertada.

—¡Lo siento! —dije apenada —son ideas mías, tontas ideas...

—Bueno, en todo caso yo también espero ser real, sería muy raro no serlo, o que tú tampoco lo fueras. ¿Lo eres?

—Yo soy real.

—Pues yo también. Creo que tenemos algo en común.

Su rostro se iluminó de un momento a otro por una sonrisa incomparable, y por un par de segundos nos quedamos clavadas en la mirada de la otra sin decir nada. Luego ella se acercó hacia mí, mis nervios crecieron. Su mirada siguió clavada en mí, y después tomó mi brazo derecho y lo observó detenidamente, yo no pude quitarle la mirada.

—¿Qué tal siguió?

—¿Qué? ¡Oh! Mi brazo... entonces si pasó...

—Me estás comenzando a asustar —dijo bromeando.

—Lo siento, es solo que últimamente pasan unas ideas muy extrañas por mi cabeza.

—No te preocupes, todos tenemos ideas extrañas y recurrentes.

—¿Ibas para el lago? —cambié de drásticamente de tema.

—Sí, hoy decidí aparcar en otro lado, no sé, a veces ir a un lugar por otro camino resulta bueno, te ayuda a conocer nuevas cosas, a ser más aventurera. ¿Eres aventurera Charlie? —preguntó con un tono serio.

—¿Depende?

—¿Exactamente de qué?

—Del para qué o con quién lo haga.

—¿Te gustaría aventurarte hoy conmigo?

Sonreí, y toda mi alegría ante esas palabras me fue difícil de ocultar.

—¿Qué haremos?

—Cerca de este lago hay un camino por el río para salir de San Marie, pero siempre de pequeños, a todo el que vive en San Marie y tiene bote, se le dice que no debe tomar ese camino porque es muy peligroso.

—¿Peligroso? ¿Saben algo? ¡Espera! —tomé aire — ¿Me vas a decir que hay algo más temible en este pueblo además de mi casa.

—En San Marie siempre habrá leyendas, mitos o simplemente historias que nunca parecerían ciertas, pero entre todo eso creo que siempre debemos estar abiertos de mente, ya sabes, las cosas pueden ser tan reales como que estemos tú y yo ahora mismo hablando, o tan irreales como que tú y yo fuésemos un sueño.

—¿Tú y yo, un sueño?

—Tú no eres la única con ideas extrañas, por ejemplo: de pequeña yo siempre solía imaginar la vida como si no existieras, realmente pensaba en todo sin mí.

—¿Hablas en serio? Yo de pequeña pensaba en cómo quitarme de encima a un niño que siempre me molestaba. ¿Segura que tuviste una infancia...?

—Normal. Nunca se sabe, al fin y acabo todos tenemos una percepción muy distinta de lo que es normal. ¡Dios! ¿Podemos dejar de filosofar e irnos? No quiero que se haga de noche, o entonces hasta el camino más inocente se volverá una tormenta para nosotras.

Asentí con la mirada y le sonreí, ella me devolvió la sonrisa y me tomó de la mano con toda la naturalidad del mundo, y comenzó a guiarme entre toda la maleza. En ese momento mis pensamientos solo estaban dirigidos hacia la sensación que provocaba tener su mano tomando la mía, en esa alegría de cuando sabes que algo está saliendo más que bien; y bien podría decir que entonces no puse mucha atención a el camino por donde me estaba llevando, solo sentía su suave mano y su aroma chocar contra mí, me había vuelto ciega, y todos mis otros sentidos se habían agudizado. Recordé brevemente a Julieta, y luego se esfumó.

Pude percatarme de que ya habíamos llegado cuando ella me soltó de la mano, entonces regresé a la realidad.

Frente a nosotras se encontraba un inmenso río de aguas tranquilas, estas parecían incluso unos enormes espejos, y justo a la orilla nuestra se encontraba el mismo bote que había visto en mi primer encuentro con ella.

—¿Estás lista para esta gran aventura? —me preguntó sarcásticamente.

—No fingiré que no me asusta, porque últimamente las leyendas que se cuentan por esta gente me ponen bastante loca, pero no lo sé, creo que me causas cierto sentido de confianza.

—¿Qué bueno que confíes en mí? Pero solo para darte un consejo, y aunque sonará bastante trillado debes saber que nunca... nunca debes confiar en alguien.

—¿Te ha sucedido algo como para aplicar ese dicho popular? Porque mi dicho es: nunca hay que generalizar. Yo sí creo que se puede confiar en algunas personas.

—Bueno, tú eres tú y yo... soy yo.

—Claro, pero entonces eso significaría que no confías en mí.

—Bueno, espero entiendas que no es nada personal.

Me volvió a sonreír, pero esta vez con la mirada un poco más clavada en ella misma, como si justo al estar hablándome estuviera pensando en algo más, y apostaría cualquier cosa a que se trataba de algo respecto a lo que hablábamos, quizá algún recuerdo no muy grato.

—¿Vamos? —preguntó.

Ambas nos subimos al bote, ella se acercó a la orilla de esté y lo desamarró de una enorme rama vieja que sobre salía hacia la orilla, y justo al hacerlo el pequeño bote comenzó a despegarse por sí mismo de la orilla.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos ahora? ¿Tomo estas? —miré hacia un par de remos—, ¿comienzo a remar?

—Por ahora no, bueno, no te conté la otra parte de la leyenda. Se trata de que todo bote sin remo llega por sí solo hacia ese camino, esa es una de las razones por el cual la gente le teme.

—Espera... primero: ¿Cómo podemos movernos si aquí no hay corriente?, y segunda: ¿a la gente le ha pasado algo con respecto a ese lugar? Porque entonces no entiendo a qué le tiene miedo.

—Bueno, que no se vea corriente no significa que no haya, y como te dije es una leyenda, a veces no se sabe el por qué o cómo, solo la historia, además, es una especie de cuento para niños, como una advertencia que simplemente se acepta, pero hoy tú y yo, buscaremos la respuesta a tu segunda interrogante.

Aquel río era mágico, su belleza era incomparable, pero muy en mi fondo sabía que aquel sentimiento en realidad se debía a otra cosa, o más bien, a alguien.

Dejamos que el río hiciera el trabajo por sí solo, pero en ese transcurso fue inevitable cruzarme de vista con ella, y era extraño, porque era como si el silencio de ese lago nos

contagiara, pero en ningún momento con alguna sensación negativa, era más bien pacífica. Yo sabía que ambas disfrutábamos aquel silencio, era como un delicioso sentir, y no necesitábamos hablar para saber que aquel lugar nos atrapaba en una plática silenciosa.

Ella me miró a los ojos, pero esta vez su mirada fue más intensa, como si intentará conocerme tan solo mirándome; yo no sonríe ni, di cualquier señal de agrado ante aquello, solo me deje mirar; dejé que me descubriera, y por primera vez sentí que alguien me miraba por un motivo mucho más simbólico que sexual o amoroso. Su mirada se mantuvo mucho más tiempo de lo que hubiera imaginado, y debo admitir que llegó un punto en que me intimidó; no tuve más remedio que desviar la mirada y sonreír para que no creyera que no me gustaba que me mirara.

—¿Usas algún perfume en particular? —le pregunté sin pensar en cómo lo tomaría.

—No, ¿te gusta cómo huelo?

Sentí literalmente como mi cara comenzó a calentarse, me había más que sonrojado.

—Yo... yo —titubee.

—Si me acercó a ti... ¿te pongo nerviosa? —jugó con la pregunta.

Yo no dije nada, por primera vez en mi vida no sabía cómo contestar; no quería afirmar e incomodar, pero tampoco quería negarlo, porque eso abriría otra serie de preguntas que me delatarían antes de que yo lo quisiera. Ahora bien, no contestar tuvo el mismo efecto de que lo hubiera negado; era irreal creer que esta "timidez" que no conocía en mi apareciera con ella, quizá eso significaba algo.

Katherine se levantó de su lugar y comenzó a dirigirse hacia mí; yo permanecí inmóvil; no sabía qué hacer. Simplemente se sentó a mi lado y se acercó a tal punto de tener su cara frente a la mía; después se acercó aún más; podía sentir su respiración, y aquel vapor que sale cuando la temperatura comienza a descender, que no había percibido hasta entonces, prácticamente podía entrar dentro de mi boca.

—¿Estar así de cerca de ti, te pone más nerviosa? —me dijo mirándome directo a los ojos, de nuevo con esa mirada profunda.

## Un Adiós Bajo el Agua

Insistí en no responder, más que por gusto, porque ella parecía absorberse mis palabras. Tenía la necesidad de congelar ese momento, de disfrutarlo por el resto de mi vida, de inmortalizarlo. Ella seguía fijamente ante mi mirada, levantó su mano, y del lado opuesto de la palma de la mano inició un viaje por mi mejilla. Sentir su calidez sobre mi piel tirada a congelarse hacía un contraste claro, mágico, enteramente enloquecedor. Mis ojos se cerraron como una un girasol al dejar de recibir los rayos del sol, y lo comparo con esta flor, porque en ningún segundo pensé en hacerlo, fue un acto involuntario e inconsciente. Alguna vez escuché decir que cuando dos personas al besarse, cerraban los ojos, era porque se trataba de un verdadero amor, y quien no amaba, no cerraba los ojos; a pesar de escuchar esto, nunca lo he creído, ni porque pasa, ni porque no pasa, hay cosas que pasan, misterios, que nunca deberían resolverse, porque ese misterio; ese misterio es lo que lo hace tan mágico. Bueno, ella no necesitaba besarme para hacerme cerrar los ojos, simplemente bastaba con su cercana presencia.

Abrí mis ojos lentamente cuando dejé de sentir su mano, quería observarla; observarla hasta cansarme. Ella seguía allí, en ese mismo lugar, sin haberse movido ni siquiera un milímetro. Incluso, bien podía decir que la sentía más cerca, pero la razón era otra; yo, yo me había acercado más hacia ella. Las puntas de nuestras narices estaban juntas, bajó su mirada y la dirigió hacia mis labios, entendía lo que quería con esa mirada, quizá podía interpretarla como un permiso, un permiso para besarme.

Mi cuerpo parecía trabajar individualmente, pues mientras la seguían mis ojos con su mirada, mi mano derecha buscaba la suya. Di un pequeño desliz con la mirada hacia la orilla del bote, donde su mano yacía desnuda, su piel pálida por el frío, las coyunturas de sus dedos rosadas, y esas suaves y ligeras venas que se exaltaban por la presión de su cuerpo contra el bote. Seguí la orilla con la palma de mi mano hasta que llegué a su mano, pero sentirla fue incluso antes de tocarla, su calor o alguna otra presencia me hizo saber que su mano estaba cercana a la mía. Entonces yo miré hacia nuestras manos, ella sonrió y puso rápidamente su mano sobre la mía y la apretó muy fuerte, y después, junto con la mía se apartaron de la orilla.

Sin perder más el tiempo, y con mi mano libre, la tomé del cuello y la atraje hacia mí. Nuestros labios chocaron, como dos trenes a toda velocidad uno frente al otro; como dos extraños que se golpean hombro con hombro; como una pelota de béisbol chocando contra un cristal; y al mismo tiempo como una atardecer que se desploma sobre la costa de una playa virgen. Jamás podría describir aquello tan fielmente como lo sentí, y hacerlo solo sería mentir desconsideradamente.

Sentí su cuerpo sobre el mío, y con su otra mano me tomó por la espalda. El beso perduró en una sola pieza, no fue como meter el erotismo en su plenitud total, fue como una conexión espiritual, como si nuestras almas trataran de comunicarse a través de nuestros cuerpos, y sé que esto puede sonar lo más cursi y tonto del mundo, pero esa es la única manera en que puedo describirlo en palabras, y aun así, las palabras no me bastan. Pero aquel momento tan mágico y místico se rompió como la cinta de una película de cine en plena éxtasis de la película.

Nos ahogamos, literalmente.

A lo lejos y a la vez no tan lejos, se escuchó un fuerte disparo, no como un disparo de esos que se escuchan en las películas de acción, no, este fue más penetrante, más ensordecedor, fue... no lo sé, de un momento a otro ambas saltamos del susto al mismo tiempo que nuestros labios se separaban solo para dejar escapar un grito escalofriante. Ella me soltó de la mano y se recargó sobre la misma parte del bote, pero resbaló y al querer sostenerla hicimos que nuestro peso terminara por voltearlo. Así fue como aquella escena terminó bajo el agua, ahoga en miles de galones de agua turbulenta.

Abrí mis ojos bajo el agua, todo era gris. Intenté buscarla, y al no encontrarla solo comencé a patear para intentar subir a la superficie, pero mi cuerpo no cedía, no podía subir. Giré todo mi cuerpo y me vi, como si fuese un espejo, era yo sonriéndome... yo, con un vestido blanco... flotando bajo el agua... y ella, o yo, o lo que fuese me saludó, pero no sé porque razón pude entender que no se trataba de un saludo parecido a un "hola", tuve rápidamente presentimiento que se trataba de un adiós.

Bruscamente el aire comenzó a acabarse, mis pulmones comenzaron a colapsarse, intentaba mantener lo poco de aire dentro de mi boca, pero solo abrirla significaba dejar escapar una bocanada de aire, luego ya no había más que dejar salir, y comenzó a entrar... tragué agua, lo sentí tan claro, luego respiré y un ardor entro por mi nariz y luego la presión me venció, respiré y tragué líquido solo para quedarme dormida.

Mi cuerpo se sintió frío en un momento, estaba temblando, luego un sentimiento de querer vomitar me recorrió, y entonces abrí los ojos; estaba borboteando agua. Katherine me tomó por la espalda y me obligó a sentarme. Ella me estaba hablando, parecía gritarme, pero un fuerte y agudo ruido impedía que la escuchara. Luego el agudo ruido comenzó a descender, lentamente, entonces la escuché.

—¿Me escuchas?!!! ¿Me escuchas?!!! ¿Estás bien?!!! ¡Háblame!!! ¿Me escuchas?!!!

Yo no podía contestar, en parte el agua había afectado mi garganta, me ardía. Pero a pesar de que escuchaba sus preguntas y de cierto modo las comprendía... no podía, simplemente no podía responder.

Ella tomó mi cabeza entre sus dos manos y me habló nuevamente.

—Charlotte!!! ¡Di algo!!! ¡Lo que sea!!!

—¿El beso fue real? —le contesté balbuceando.

Ella me miró con una ternura increíble; la miré y noté lo empapada que estaba, también temblaba. Entonces se acercó, se arrodilló y me besó, y volvió a besar y así en pequeños besos sucesivos; luego me abrazó.

—Gracias a Dios despertaste... —pensé.

—Hierva mala nunca muere... —dije bromeando.

—¿Mala? Yo no creo que tengas un gramo de mala, pero...

—Pero... —continué.

—¿Por qué no me dijiste antes de venir que no sabías nadar?! —preguntó regañando.

—No quería perder la oportunidad de estar contigo.

—Eso! Ni siquiera sé si catalogarlo como algo lindo o estúpido... es estúpidamente lindo, pero no debiste hacer eso... ¡Dios! Te pudiste haber ahogado... y hubiese sido mi culpa —agregó en un tono culposo.

—¡No! La culpa hubiera sido mía... lo siento... yo... pero, yo sé medio flotar... no sé cómo no pude al menos salir a tomar una bocanada de aire antes de...

—En situaciones como esas nos volvemos inútiles... solo nos queda el instinto, y el tuyo no es muy bueno...

—Gracias, mi instinto se siente halagado...

Su mirada de preocupación parecía real, era real. Y yo me sentía culpable de verla así. La tomé de la mano y le sonreí, después me recargué sobre su hombro. Ella recargó su cabeza sobre la mía y nos mantuvimos en silencio, así, claramente los latidos de mi corazón comenzaron a regresar a su ritmo habitual.

El sonido de unas manecillas y el del viento comenzaron a mezclarse, cerré los ojos y el sonido se volvió más fuerte.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Katherine-, ¿es un reloj?

Yo no pensaba responder nada, pero ella apartó su cabeza y comenzó a buscar de dónde provenía el sonido. Luego acercó su cabeza hasta mi espalda, y se mantuvo así por segundos.

—¿Viene de ti?

—¿Qué?

—El sonido, el reloj... sí, es tuyo.

Yo sin más, y sin recordar lo que había pasado la última vez que había tocado con conciencia el reloj, lo saqué de mi bolsillo. Lo puse entre mi mano derecha, no sucedió nada. Katherine lo observó por unos segundos.

—Es viejo... ¿lo encontraste en tu casa?

—Algo así...

Las dos miramos el objeto, y de pronto dejó de sonar.

—¿Por qué ya no suena? —preguntó retóricamente.

—Quizá sea por el agua —respondí indiferentemente.

—Posiblemente, lo siento.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque ahora ya no sirve tu reloj.

—Valió la pena —dije sonriendo.

Dejé el reloj a un lado y la acaricié su mejilla, le di un beso, y me levanté con dificultad, ella me ayudó.

—Será mejor que nos vayamos a casa... casa... ¿Tu bote? ¿Dónde está? —pregunté preocupada.

Miré hacia la orilla y no vi nada, luego la miré a ella.

—No tengo idea, me preocupé más por sacarte a ti, que intentar mantener el bote cerca de nosotras.

—Yo... podemos conseguir otro, o puedes quedarte en mi casa y hablamos con mis padres para poder dejarte en casa.

—No es necesario... mí tío tiene otro, y cuando se dé cuenta que no he llegado... seguro vendrá por mí... siempre que llego tarde me busca al muelle.

—Aún es temprano... creo —dije desorientada.

Puse mi mano sobre mi bolsillo para sacar mi celular y recordé dónde se había quedado. —Sabes, ¿por qué no vamos a mi casa, te cambias, tomamos algo caliente y regresamos al muelle?

—Me parece un hermoso plan, y si comenzamos a caminar ahora... sería mejor.

—Claro.

La tomé de la mano, y como en una historia de amor a la antigua, iniciamos el camino con las manos estrechadas.

Debes en cuando intercambiábamos miradas y nos sonreíamos, a pesar de estar fría por el agua, podía ver claramente como sus mejillas se enrojecían cada vez que la miraba, pero yo veía aquello como una señal de timidez, más bien, simplemente era una respuesta del cuerpo.

Cuando llegamos a mi casa ella se detuvo de pronto, y me jalo mientras permanecía estática en su lugar.

—¿Esa es la famosa casa de la que todo el mundo habla? —me preguntó con una sonrisa.

—Sí, ¿te estás riendo? —le pregunté mientras la soltaba de la mano y me cruzaba de brazos.

—Bueno, yo me la imaginaba más tenebrosa... recuerdo alguna vez haberla visto... no sé, una vaga idea, y se veía completamente diferente.

—Bueno, tengo entendido que la remodelaron o algo así.

—Entonces ahora lo entiendo.

—¿Qué?

—Pues por qué los espíritus están enojados... nadie les preguntó sobre el color de las cortinas...

Giré mi cabeza hacia la casa y miré a lo lejos las cortinas, para mí parecían perfectas, simplemente eran blancas.

—Creo que se ven lindas —dije sin expresión en el rostro.

—¿No has visto el resto de las casas?

—No entiendo, ¿qué me estás queriendo decir?

—Te apuesto, a que no vas a encontrar una sola casa con las cortinas blancas.

—¿Por qué? No me digas que es otra de las historias de este pueblito.

—Pues sí.

—¿Me la vas a contar?

—Claro, mientras caminamos hacia tu casa...

La tomé de la mano nuevamente y la dirigí hacia la puerta de la casa.

Ella comenzó a contarme la historia, realmente estaba clavada en su historia, y en algún momento me perdí en una epifanía casi tan tangible como estar tomándola de la mano.

Allí estaban unas niñas, vestidas de blanco, en una antigua escuela religiosa. Todas parecían estar riendo entre dientes y tener la vista sobre otra, pero esta estaba excluida, hasta el fondo del pasillo. Las largas cortinas caían y revoloteaban entre todo el pasillo, eran también blancas, y la luz que entraba por las ventanas las hacía iluminar mil veces más. Las cortinas parecían ocultar el rostro de la niña excluida; yo, yo de pronto estaba ahí, y quería acercarme, quería quitar todas esas cortinas para poder verla, para ver su rostro. Pero aquello era imposible, las cortinas traspasaban mis manos, yo realmente no estaba ahí. Luego la luz de las ventanas desaparece, las risas burlonas de las niñas cesan, y las cortinas caen y dejan de moverse, pero la niña sigue en el mismo lugar. De repente, aparece un hombre tras de mí, y me atraviesa, yo no siento nada. El hombre es muy alto, y parece estar vestido con un overol sucio, pero lo que más me llama la atención son sus grandes botas negras llenas de lodo. Él toma a la niña, pero sigo sin ver su rostro. Luego creo ver que la acaricia en el rostro, se acerca más hacia ella, y la besa. La niña no se resiste, y lo toma de la mano, él se da la vuelta y comienza a caminar tomándola de la mano, entonces puedo verla... mi percepción no lo comprende, y de alguna manera se exalta, era... parecía un niño, y la vez una niña, era como un ángel, un ser andrógino que no pertenece a ninguno de los dos géneros... Yo, los veo alejarse, y de pronto las cortinas se vuelven rojas, tan rojas y líquidas como el agua, y el viento, el viento se tiñe de un olor a carbón... luego, todo desaparece y estoy de vuelta en casa, en mi habitación.

—¿Me pusiste atención? —me pregunta Katherine.

—Sí... yo... ¿qué pasó con la... el...?

—Era niña, una niña andrógina... bueno, después se enteran que este señor abusaba de la niña, le hacía creer cosas para tenerla a sus pies... pero un día la niña no lo soporta y se niega. Él la viola y la golpea hasta matarla. Bueno, eso es lo que se dicen. Los padres estaban obviamente asustados y todos sacaron a sus hijas de esa escuela, y después el simple hecho de ver cortinas tan largas y blancas en las casas les hacía recordar aquello sucedido... así que...

—Las quitaron —completé.

—Sí, pero no te preocupes... después de quitar esta escuela religiosa, pues no les quedó más que derrumbarla.

—¿Y que hay ahora allí?

—No lo sé, nadie sabe dónde quedó... además, si la gente hace eso de no poner cortinas blancas es más por costumbre, que por el recuerdo.

—¿Y no hay problemas por usar vestidos blancos, como el tuyo? —pregunté riendo.

—No lo sé... yo amo mis vestidos blancos, y si la casa de mi tío no tiene cortinas blancas, es porque simplemente no tiene cortinas.

—Katherine... este hombre... ¿qué era realmente? —pregunté intrigada.

—Ya te dije... era el multiusos de la escuela, hacía de todo... cortar pasto, limpiar pisos, reparar ventanas... llenar los calderos en temporada de frío...

—Oye, ¿estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí, es solo que... ¡no importa!, será mejor que nos cambiemos... te traeré algo para que te cambies.

Caminé hacia el baño y tomé algunas toallas, después hacia unos cajones y saqué un viejo y sencillo vestido casual que no había utilizado en años, pero justo hoy, parecía ser perfecto para ella.

—¡En serio lo siento! —me dijo desde la puerta.

—¿Por qué?

—Arruiné tu reloj y esta cosa... ¿por qué no me lo dijiste?

Yo no entendía lo que ella me quería decir, me acerqué hacia ella y miré, se trataba de mi celular, estaba justo donde lo había dejado, pero no estaba conectado, más bien estaba mojado, rodeado de un enorme charco de agua, y además tenía la pantalla estrellada.

—Yo... yo no me lo llevé...

—¿Estonces?

—Sabes, lo he pensado y deberías abrir el reloj, quizá esté lleno de agua y por eso no funciona.

—No entiendo, lo dejé cargando antes de irme...

—Si quieres dámelo y lo intento arreglar... a veces leo los libros que tiene mi tío para arreglar cosas...

—¿Qué? —le pregunté.

—No me estabas poniendo atención —respondió enojada.

—Sí... ¡Dios! ¡Me voy a volver loca! —grité.

Katherine se sorprendió, y bajó la mirada.

—¡No! No por ti... soy yo... últimamente me pasan cosas locas... ten —dije y le entregué el reloj—, yo no puedo abrirlo, pero si tú tienes suerte...

Ella lo tomó y como si fuese magia lo abrió.

Me sorprendí de aquello, me acerqué. Ella lo miró con la mirada perdida, y después simplemente lo dejó caer.

—¡Lo siento! ¡Tengo que irme! —dijo apurada mientras se dirigía hacia la puerta.

—¡¿Qué?! —pregunté tajante—, ¿Qué pasa?

Ella salió prácticamente corriendo sin responder. La sigo hacia la puerta, y rápidamente regreso para tomar el reloj, este había caído cerrado. Intenté una vez abrirlo, y la segunda me di por vencida y salí para alcanzar a Katherine. Bajé las escaleras tan rápido que casi tropiezo antes de llegar. Llegué a la puerta principal y vi a Erin saludando hacia la salida del portón.

—¿Viste hacia dónde se fue? —le pregunté suponiendo que le decía adiós a Katherine.

—¿La niña bonita? —preguntó sonriendo.

—Sí, la niña bonita... ¿se fue hacia allá? —señalé hacia donde estaba el camino de muelle.

—Ella dijo que te dijera que no iba a ir al muelle porque tenía que hacer algo.

—¿Qué?

—No me lo dijo, ¿por qué estaba llorando? —me dijo con la mirada triste—, ¿le hiciste algo malo?

—Yo... ¿qué hora es? —le pregunté.

—¿Y tu celular?

—No sirve.

Ella miró su pequeño reloj de mano, sonrió y me dijo:

—Las dos p.m.

—¡Joder! ¡Otra vez! No entiendo...

## **Respuestas Sádicas**

—No deberías decir groserías, Charlie. Sabes cómo se pone mi papá cuando te escucha hablar así.

—Lo siento —dije a secas.

Corrí rápidamente hacia dentro de la casa, me cambié lo más rápido que pude, tomé mi celular y lo aventé sobre la cama. Pasé por el pasillo hacia afuera lentamente esperando que mis padres no me notaran. Cuando salí, y llegué a la puerta principal, me encontré nuevamente con Erin.

—¿Vas a ir a buscar a la niña bonita? —preguntó mirando hacia donde se había ido Katherine.

—No lo sé... solo iré... Si mis papás preguntan... díles que regreso pronto.

Erin asintió con la cabeza y me abrazó, después corrió hacia dentro de la casa.

No sabía exactamente por qué ir al pueblo, una parte de mí decía que la fuera a buscar, pero otra estaba segura de que no la encontraría. Caminé con la mirada puesta sobre todos lados, con la intención de tener oportunidad de encontrar a Katherine. No la encontré para mi mala suerte. Llegué al pueblo y me paré sobre una banqueta esperando a que una especie de señal me dijera hacia dónde ir. Metí inconscientemente mis manos dentro de los bolsillos traseros de mi pantalón, y al hacerlo noté que había metido el reloj en uno de ellos. Lo tomé y miré fijamente. Entonces me ocurrió ir a la tienda de antigüedades, quizá si hablaba con Julieta, o inclusive con su abuelo, podía tener las respuestas que estaba buscando, pues ellos sabían de cosas antiguas.

Cuando llegué a la puerta no puede más que enojarme al ver que la tienda estaba cerrada, miré a través de la ventana con la esperanza de ver a alguien, toqué un par de veces y giré la manecilla de la puerta, pero nada resultó. Maldecí casi susurrando y caminé de nuevo hacia la calle principal, y noté que a lo lejos había un café, toqué mi otro bolsillo trasero y noté que tenía un billete de cien pesos, entonces tuve la sensación de sentir frío, que posiblemente era resultado del chapuzón que me había dado. Pensé en alguna bebida caliente, así que no dude en dirigirme hacia el café.

El establecimiento estaba casi vacío, pero parecía bastante cómodo. Fui directo hacia la barra de pedido y le dije a un muchacho, de unos diecisiete años, que me diera un café. El chico, con ligero acné en el rostro, me miró fijamente antes de decir algo, luego asintió con la cabeza y noté como le temblaban las manos al escribir la orden en su computadora. Me pidió el dinero tartamudeando, me entregó el cambio, luego le sonreí en agradecimiento y comenzó a ponerse todo rojo. Esperé un par de minutos antes de que me entregara el café, después me senté en una mesa del fondo y puse el reloj sobre la mesa.

Me quedé pensando, traté de ordenar mis ideas, pero solo parecían volverse más difusas, ya no quería pensar, ni sentir; solo quería, por primera vez, tener una vida normal. Mientras mis pensamientos divagaban fui sorprendida por una voz femenina.

—¿Charlie? —preguntó.

Me exalté y rápidamente regresé a la realidad.

—¡Michelle!

Sí, se trataba de ella, era imposible no reconocerla, pues su perfecto cabello y atuendo de señorita buena. Se acercó hacia mí y me dio un beso en la mejilla.

—¿Puedo sentarme? —me preguntó cortésmente.

—Claro.

Ella se sentó y le hizo una señal el muchacho tímido, él solo asintió.

—Siempre pido lo mismo —me dijo—, Wow —susurró—, no quiero ofenderte, pero la última vez que te vi te veías algo... bueno, no sé, pero hoy no te ves mejor que ese día.

—Lo sé, últimamente no tengo cabeza para nada. Siento como si no hubiera dormido en días.

—¿Estás enferma? Porque te ves algo pálida —me miró con cierto disgusto.

—No lo sé, posiblemente lo esté... hoy me mojé sin querer. Larga historia.

—Sabes, tengo una tía que tiene un intento de spa, pero he ido un par de ocasiones y no está tan mal, quizá un buen masaje pueda arreglarte.

—No lo... —solo alcancé a decir antes de que fuéramos interrumpidas.

—¡Hey! ¡Charlie! ¡No tenía idea de encontrarte por estos sitios!

Michelle y yo giramos la cabeza, se trataba de Elisa, la hermana de Mario.

Mi día parecía estar volviéndose más oscuro de lo que ya estaba. Ella simplemente me caía demasiado mal.

—¿Por qué no? —le pregunté de mal humor.

—No lo sé, no te imagino en sitios como estos...

—¿Y en cuáles sí?

—No importa... ¡Oh! ¿Interrumpo algo?

—¿Qué? —susurré.

—¿Así que ella es tu novia? —preguntó Elisa mirando hacia Michelle.

Michelle solo levantó su ceja y arrugó la nariz. En parte, ambas lo hicimos.

—Ella no es mi novia —le dije seriamente.

—¡Oh! ¡Lo siento! Es que... bueno, es obvio que eres lesbiana... y como ella se ve linda y femenina pensé que quizá...

—Será mejor que vayas cerrando la boca, lo que dices no tiene coherencia —le dije enojada.

—Charlie tiene razón, yo no tengo nada en contra de las parejas homosexuales, es más, tengo una amiga que se casó con otra mujer, y sigue siendo mi amiga; además, si yo fuera lesbiana, y Charlie fuera mi novia, no tendría nada que ver que ella se vea un poco más ruda que yo. Por cierto, tengo novio.

Me sorprendí ante la respuesta de Michelle. Miré hacia Elisa y la miré directo a los ojos.

—Que yo sea lesbiana o no, no es tu problema —le dije.

—¿Ósea que no lo niegas? —preguntó retándome—, porque temo que mi hermano pueda estar haciéndose falsas esperanzas.

—¡Basta! No te conozco, pero creo que ya deberías irte —le dijo Michelle.

—Lo siento, tienes toda la razón, ya me voy... le diré a mi hermano que... ya sabes... no se haga ilusiones.

Yo permanecí callada, con la idea de poder tomar mi café y vaciárselo en la cara. Elisa ni siquiera pasó a pedir su orden, se retiró sin más.

—¡Dios! ¡¿Qué mujer?! ¿Sabes? Yo odio a la gente homofóbica, me parece gente a la que le falta evolucionar —agregó Michelle enfadada.

—Lo sé, pero más bien creo que yo le caigo mal siendo animal, objeto o persona.

—¿En serio? ¿Tiene algún amorío con su hermano?

—No, para nada. Apenas si conozco a su hermano, él es doctor, hace poco tuve un bajón y me desmayé... fue cuando lo conocí, creo que le gusto, digo, es guapo y es doctor... pero no sé, además acabo de conocer a alguien más... en serio, no es nada.

—Más información de la que quería. ¿Doctor? Si no tuviera novio seguro te pediría que me lo presentases.

—Me dio su número —dije sin más.

—¿De verdad? No es cierto, ¿sabes cuántos doctores conozco? Me enfermo cotidianamente, y ninguno me ha dado su número, más que el del propio hospital.

—Lo sé, creo que no debí aceptar su número.

—En todo caso... dijiste que conociste a alguien más... —indagó.

Sonreí, y sentí ligeramente correr un calor por mi cara.

—Bueno, sí. Es algo extraño, sabes, no tengo ganas de hablar o pensar en ello... si pudiera caer justo ahora en coma y olvidarme de mis problemas estaría fenomenal —le dije y después sorbí un poco de mi café para no decir nada más.

—Te entiendo, a veces a mí también me pasa. Oye... quizá pueda ayudarte.

—¿Tienes algo que pueda inducirme al coma? —bromeé.

—Tengo algo mejor, bueno, primero... se supone que estoy esperando a Robin para irnos más al rato al otro lado del lago a acampar.

—Pero mañana hay clases...

—Lo sé, pero las clases de mañana son una basura... Ya hemos pedido que nos cambien los maestros... en fin, no me importa ni a mí ni a nadie perder esas clases... ¿qué dices? ¿Te apuntas? Max va a llevar... un poco de planta alegre...

—¿Estás bromeando?

—¿Por qué?

—Tú...

—A veces... Max siempre se encarga de llevar la parte alegre a las fiestas.

—No me lo creo.

—¿Ahora eres tú quien juzga las apariencias?

—Tienes razón.

Michelle sonrió y miró hacia atrás de mí, hizo unas señales con las manos. Giré la cabeza y noté que se trataba de Robin.

—¿Vas o no? —presionó Michelle—, solo seremos los mismos que viste el otro día, una noche, solo eso.

—¡Va! ¡Espera! Tengo que ir a mi casa por algunas cosas...

—No quiero presionar más, pero el señor que nos va a cruzar nos va a estar esperando y... Si es por ropa no te preocupes, además siempre llevamos una casa de campaña extra.

—Bueno, si me prestas tu celular para hacer una pequeña llamada...

—Claro, toma —me entregó su celular —te esperamos afuera.

Se levantó y caminó hacia la barra de pedidos para tomar su café, pagó y salió de la cafetería.

Me sentía como niña pequeña, pedir permiso parecía bastante anticuado después de las cosas que estaba acostumbrada a hacer, sin embargo lo hice. Para mi suerte quien respondió fue mi madre, ella aceptó, pues el puro hecho de pedir permiso pareció serle extraño. No sé qué habrá pensado mi papá... ni siquiera me importaba. Tomé mi café y me encaminé hacia la puerta; miré hacia donde estaba el muchacho de los cafés y este volvió a ponerse rojo, luego tiró un frasco de azúcar; yo solo reí y salí.

Robin fue el primero en mirar hacia donde yo venía, me sonrió y abrió la puerta trasera de un Jeep verde, yo le devolví la sonrisa y entré al auto. Michelle estaba ya adentro del auto, se volteó y me sonrió. Yo le entregué el celular.

—¿Todo bien?

—Perfecto —me acerqué más hacia ella—, prométeme que me vas a enseñar el lenguaje de señas, no quiero ser descortés con tu novio.

—¿Descortés? Robin no conoce el significado de descortés... no te dejes engañar, así como lo ves con esa carita tierna... créeme, el simple hecho de que no hable no significa nada, él es todo un diablo, es... es un hombre fascinante, tengo tanta suerte de tenerlo...

—Bueno, pero si puedes enseñarme a decir “¿Qué onda?”...

Ella rio a carcajadas y se acomodó en su asiento. Pronto Robin se subió, acomodó el retrovisor que está dentro del coche, miré su reflejo y me guiño el ojo. Luego le hizo unas señales a Michelle.

—Dice que hoy si te vas a divertir como nunca en tu vida —me dijo Michelle traduciendo su mensaje—, también dice que estás muy bonita, claro, no tanto como yo.

Después ambos se acercaron y se dieron un beso bastante apasionado; yo solo sonreí y me acomodé en el asiento, me puse el cinturón de seguridad y miré a través de la ventana; respiré hondamente y sentí una plenitud de paz al pensar que esa noche me olvidaría de todo al fin.

El clima parecía perfecto. Miré al par de chicos dialogando con el dueño del bote. Le entregaron dinero y rápidamente comenzaron a subir lo necesario. Aquel bote, grande y de cubierta, parecía ser de motor. Esto me llevó a recordar el pequeño bote de Katherine, no puede evitar pensar en ella, y que posiblemente esta sería la oportunidad perfecta de visitarla, allá del otro lado del lago.

—¡Hey! ¡Tierra tocando a Charlie” —Dijo Dali.

—Lo siento —me disculpé.

—No tiene porque, ¡Dios! Michelle tiene razón, necesitas de nuestra ayuda, te ves... algo apagada y aburrida. No creo que seas de esas personas aburridas. Tú tienes algo más fuerte, loco.

—Gracias por lo último. Quizá si necesite de ustedes.

<<¡¡¡Hey!!! ¡Es hora de irnos! —gritó Max desde el fondo.>>

Durante el trayecto comencé a pensar en que lo que decían ellos era verdad, pues me sentía apaga, no cansada, solo apagada. Miré hacia donde estaba el dueño del bote, y noté sus botas. Eran botas negras y grandes, como las de aquel hombre en mi epifanía. Las miré por un buen rato, luego comencé a observarlo a él. Traté de recordar si había visto el rostro del hombre de las botas con lodo, pero justo ahora razonaba en que no había terminado por ver su rostro. Pero definitivamente no era parecido a él.

—El lugar a donde vamos está genialísimo —me dijo Max—, puedes gritar todo lo que quieras y nadie te escuchará.

—O mirará —agregó Dali a carcajadas.

Yo no puede evitar ser contagiada por la risa, pero tan rápido como llegó esta, se fue.

Varamos en un lugar bastante feo para ser precisa. Ellos notaron mi cara, y rieron entre ellos. Todos comenzamos a bajar las maletas tan rápido como podíamos, como si llegáramos tarde a algún evento importa. Luego Max le entregó dinero al señor del bote y le recordó claramente que pasara por nosotros al día siguiente justo a medio día. Cada quien se cargó con lo que pudo, y comenzamos a caminar por un estrecho camino de fango y maleza.

Mis ojos se deslumbraron al ver el hermoso lugar al que habíamos llegado, se trataba de una planicie atacada por todo el esplendor del sol.

—¿Está mucho mejor, verdad? —me susurró Dali al oído.

—¿No pensaste que te íbamos a llevar a un pantano sucio lleno de mosquitos? —agregó Michelle.

Me quedé parada sin decir nada, solo sonreí. Todos comenzaron a adelantarme y comenzaron a poner todo en el suelo.

<<¡Esta noche hay fiesta! —gritó Max—, pero antes de eso hay que hacer casa, no quiero terminar dormido y borracho sobre la fogata otra vez.>>

Una vez que lo dijo, todos comenzamos a armar casas de campañas, la fogata y otros pormenores. Robin se ofreció a ayudarme, sonriéndome todo el tiempo, al poner mi casa de campaña, yo no le hablaba. Poco después, y casi antes de terminarla, Michelle se acercó. Me dijo que no me preocupara, que le hablara, pues él podía leer mis labios. Desde allí comencé a tratarlo como a cualquier persona, aunque procuraba hacer más afirmaciones que preguntas.

Así, sin darme cuenta, aquel sol radiante se consumió en una hermosa luna plateada iluminado todo nuestro alrededor. Y una vez que terminamos de poner nuestro pequeño campamento...

Luces, música, cerveza, gritos... Aquello parecía una fiesta salvaje, y tan solo éramos cinco. Ni siquiera yo lo creía. Si yo lo supiera, juraría que aquella fiesta estaba conformada por al menos unas veinte personas.

Había perdido la cuenta de cuántas cervezas llevaba, sin embargo, todavía estaba consciente. Tenía claro que decía estupideces y hacía muchas otras, y también que quería mucho más. Michelle le hizo señales a Max, y este corrió rápidamente hacia una mochila que había dejado en su casa de campaña. Me acerqué a Michelle, suponía que Max había ido por lo que esta me había dicho, así que disimulé preguntándole otra cosa.

—Mich... ¿puedo hacerte una pregunta? —dije sin dejar de mirar hacia donde estaba Max.

—Claro.

La idea era que ella me dijera por lo que Max había ido a buscar, pero no funcionó, así que solo le pregunté lo primero que se me ocurrió.

—¿Por qué Robin no habla? Digo, si es sordo de nacimiento obviamente no sabe hablar como nosotros, pero tengo entendido que los sordos saben articular palabras.

—Es cierto, él sabe decir algunas cosas... o eso dice su madre, yo nunca lo he escuchado. Le he preguntado, y me dice que no le gusta... que porque en una reunión de sordos uno le dijo que le dijo otro y otro... blah blah blah, que los sordos cuando hablan parecen retrasados. Desde entonces no le gusta hablar.

—Eso es estúpido —le dije enojada.

—Lo sé, y es una mierda, ni siquiera cuando hacemos el amor hace algún ruido.

Max se acercó y le entregó una pequeña bolsa trasparente con polvo blanco a Michelle.

—¿Qué es esto? —le preguntó en un tono grotesco.

—Lo lamento, no pude conseguir mariguana... él tío que me vende me dijo que una patrulla se la quitó toda —se disculpó Max con el rostro bañado en preocupación.

—¿Y qué se supone que debo hacer con esto? —levantó la bolsa al aire.

—Él me dijo que eso es nuevo y que es mil veces mejor que todo lo que vende, me endrogué en grande por eso, trátalo con respeto.

—No me voy a arriesgar a que esta cosa tenga algo que me deje parálitica o me mate.

—¡Oh! ¡Vamos! Yo mismo probé un poco cuando me la dio y no pasó nada... está genialísima.

Yo no podía dejar de mirarlos discutir. Ambos me miraron con cara de desaprobación y guardaron silencio. Luego Max me miró y preguntó:

—¿Qué dices Charlie? ¿Te animas?

Los miré, después a la bolsa, y pensando sin pensar, simplemente la tomé.

—¡¡¡Esa es la Charlie que estaba esperando!!! —gritó Max a todo el pulmón.

—Pendejo —murmuró Michelle y me arrebató la bolsa de la mano—, yo primero.

Aquella fiesta salvaje se había vuelto... bueno, jamás encontraré las palabras exactas. Todo se había vuelto multicolor, las voces se distorsionaban, todo lo que veía parecía verse tan brillante; pero sobre todo, el miedo se había ido, regresaba esa Charlie desinhibida que tanto recordaba. Los chicos comenzaron a hacer juegos, pero el que nos llevó al máximo punto de locura y erotismo fue el juego de la sal y el limón sobre el cuerpo. La primera fue Dali, se quitó la blusa, más no el brasier, y se llenó todo el abdomen de jugo de limón con sal. Max fue el encargado de recorrer con su lengua hasta el último milímetro de su cuerpo, y entonces comenzaron a besarse. Después se nos dio a elegir, Michelle o yo, le cedí el lugar. Ella se tumbó sobre una mesa plegable y comenzó a quitarse la ropa, inclusive el brasier. Entonces exprimió el limón, desde un poco debajo de su ombligo hasta en medio de sus pechos, y vertió la sal.

Miré hacia donde estaba Robin, esperando a que hiciera su parte. El me miró, sonrió sensualmente y movió su cabeza en señal de que yo lo hiciera. Miré a Michelle y ella sacó su lengua y la pasó alrededor de sus labios. Yo acepté. Me acerqué a ella lentamente, la miré de abajo hacia arriba y acerqué mi lengua hasta su ombligo. Comencé a lamer alrededor de este, y después pasé un lengüetazo más amplio hacia debajo de su ombligo, y empecé a subir. Cuando quedé en medio de sus dos pechos chupé lo que quedaba de limón, y acerqué mi rostro hacia su cara, automáticamente comencé a besarla y ella a mí. Tomé uno de sus pechos entre mis mano y proseguimos.

Entre mirada y mirada, noté que Max y Dali nos miraban. No parecían sorprendidos, más bien tan habitual como ver una película pornográfica. Ellos prosiguieron en su juego de besos y se retiraron hacia la casa de campaña de Max. Robin se acercó y me tomó por la cintura, puso su mano sobre la mía, que era la que estaba tomando el pecho de Michelle, y comenzó a hacer presión con su enorme mano. Luego dejé de besarle y comencé a besarlo a él. Era tan drástico pasar de la suavidad de los pequeños labios de Michelle a los de Robin, pero no podían desagradarme aquello. Michelle se levantó y me tomó de la mano, y poco a poco nos fue dirigiendo hacia su casa de campaña. Los tres ingresamos.

La ropa comenzó a salir por todos lados, pero yo fui la última en despojarme. Sentí el gran cuerpo de Robin sobre el mío, desnudo, cálido, justo detrás. Y el de Michelle, minúsculo y

suave, frente a mí. Era como ese sueño erótico que quieren todos los hombres, pero también era el sueño que alguna vez habría pensado, y estaba sucediendo. Los músculos de los pectorales de Robin se pegaron a mi espalda, me besó el cuello y después tomó mis pechos. Aquello fue su error, o el mío, no lo sé. Recordé ese dolor sobre mi pecho, tan insoportable. Quite su mano de mi pecho y salí como traumada de la casa de campaña. No creo haberles molestado, ellos prosiguieron sin mí.

Al salir de la casa sentí como si mi respiración se estuviese acabando. Intenté tomar todo el aire que pude, pero solo me mareé. Y luego escuche un grito. Definitivamente no se trataba de un grito de placer, ni siquiera se escuchaba cercano. El grito se repitió, era como un eco. Traté de distinguir su procedencia, pero todo era tan difuso. Todo giraba y se veía borroso, iluminado, colorido... era una locura; era una locura dentro de otra locura. Los gritos comenzaron a repetirse periódicamente. Así, y en ropa interior caminé sin sentido, guiándome por los gritos.

Me sentía perdida, mi corazón comenzaba a querer escapar y el miedo parecía tan agudo como las pequeñas espinas que parecían tapizar el suelo. Me lastimé las palmas de los pies, pero quise seguir avanzando. Caí y me tropecé como de costumbre, e incluso me golpeé la frente con una enorme rama. Y llegué. Sabía que había llegado.

Frente a mí se contemplaba una enorme cabaña, se veía tan vieja, como si estuviera a punto de caerse. Pero luego mi mirada fue atrapada por un hombre que jalaba del brazo a una muchacha de vestido blanco, tan blanco que era lo único que brillaba bajo la luz de la luna. Me acerqué mucho más y me espanté cuando el hombre le dio una abofeteada. Miré más nítidamente y me percaté de lo que estaba sucediendo. Era Katherine.

—¡Hey! —grité.

El hombre se detuvo y puso su mano sobre la boca de Katherine para que no gritara. Ella estaba llorando. Me miró y viró sus ojos advirtiéndome que me fuera. Miré al hombre, pero su rostro era cubierto por una sombra, y luego sus botas, negras y llenas de lodo. De pronto tuve esa necesidad de querer vomitar. Comencé a acercarme más y más, hasta que pude percibir ese olor a carbón.

—Quítale tus sucias manos —le dije imponiéndome ante él.

Realmente me estaba muriendo de miedo.

## ¿Quién es Katherine?

El desconocido la soltó de golpe y se encaminó hacia dentro de la cabaña. Lo primero que vino a mi mente fue que Katherine correría, que vendría hacia mí ahora que él se había ido. Pero ella permaneció en el mismo lugar.

—¡¡¡Será mejor que te vayas Charlotte!!! —me gritó entre llantos.

—¿Qué?! ¿Estás loca? ¡Yo no me voy a ir sin ti! —respondí en cierto grado furiosa.

Con mis piernas temblorosas y estando aún desorientada comencé a caminar hacia donde ella se encontraba. Katherine me miró desaprobando mi acto y comenzó a retroceder.

—¿A dónde vas? No te muevas de allí —le exigí.

Ella obedeció y se detuvo sin más.

Cuando llegué hasta ella intenté permanecer lo más tranquila posible, pues no quería que notara mi estado real. Me miró de arriba hacia abajo. Supuse que tendría que ver porque estaba en ropa interior.

—Puedo explicarlo —le dije tartamudeando.

La verdad no tenía idea de cómo explicarlo sin que sonara tan mal.

—No me importa, ya no importa nada. Vete... por favor. No te merezco.

—¿De qué hablas? —susurré.

Intenté tomarla de la mano y ella se resistió.

—¿Qué sucede? —le pregunté en un tono apagado.

—No deberías tocarme.

—¿Tocarte? ¿Te hice algo?

—Me siento sucia... No mereces estar con alguien como yo.

—¿Qué? ¡Eso es absurdo! ¡Dios! ¿Ese maldito idiota te hizo algo? ¡Dime!

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! Si él te hizo algo te juro que lo mato con mis propias manos.

—¡Vete Charlotte! ¡No quiero volverte a ver!

Antes sus palabras yo solo me congelé sin decir nada. Sentí como si el efecto de las drogas y el alcohol se esfumaran de pronto, fue como regresar a la realidad de un golpe. Mi impotencia, mis ganas de gritar, de llorar o de cualquier cosa comenzaron a entremezclarse. Luego sentí un fuerte golpe en mi cabeza y no supe de mí.

Cuando abrí los ojos todo se veía tan oscuro, quería regresar al mundo real, pero todo se seguía viendo tan oscuro y disturbio. Un susurro vino de la nada.

<<Te dije que te fueras, ahora él se enojará con las dos.>>

—¿Katherine? —pregunté.

Nadie respondió.

Intenté moverme, pero mis manos estaban amarradas con lo que podía sentir como una cuerda. Mis pies, habían corrido con la misma suerte.

<<Ya son las cuatro de la mañana y por tu culpa se ha roto el ciclo, él está furioso por eso. No sé qué nos va a hacer.>>

—¡Katherine! Sé que eres tú, es tu voz... Solo dime que eres tú. No entiendo que me estés diciendo.

De pronto entre la oscuridad nació una pequeña llama de fuego, se trataba de una vela. Mi vista se agudizó para saber quién la sostenía. Entonces la vi, era Katherine.

—¡Ayúdame a escapar! ¡Vámonos! —le grité.

—Yo no puedo escapar, y no puedo ayudarte a escapar. Eso solo lo enfurecería aún más.

—Kat... ¿qué pasa?

—No puedo contarte, es un secreto. Lo único que puedo hacer es amarte hasta que se acabe el tiempo... solo que ahora no sé cuándo se volverá a acabar.

—¿Qué demonios significa eso?! —me descontrolé.

Ella comenzó a caminar en gatas mientras seguía sosteniendo la vela, miré fijamente su mano y la cera que se derramaba de la vela estaba cayendo sobre su piel, se veía tan roja y delicada. Incluso, parecía como si la vela y su piel se hubiesen fusionado.

Quedó frente a mí, y con la otra mano empezó a desatarme los nudos de las manos. Una vez que quedaron flojos, yo terminé por zafarme. Después hice lo mismo con los nudos de mis pies, y en cuanto quedé totalmente libre tomé el brazo de Katherine y le quité la vela. Fue imposible no dar un quejido al tomar esta última, estaba realmente caliente, pero era como si ella no sintiera ningún dolor.

Tomé su mano y le quité los residuos de cera, esta vez ella no se rehusó a que la tocara.

—Deberíamos irnos —sugerí.

—No, él nos buscaría en todos lados. No encontraría y sería peor.

—No podemos quedarnos aquí, si él regresa no sabemos que podía hacernos. Dime algo, ¿él no es tu tío, verdad?

Ella calló. Entonces no fue necesario que me respondiera.

—Siento que si nos vamos ahora —guardó un par de segundos de silencio—, te perdería para siempre... ya no quiero perder a nadie.

—No me vas a perder, yo estaré a tu lado todo el tiempo que sea necesario, incluso por siempre.

—No eres tú la que me preocupa, seguro estarías conmigo sin importar nada, él problema soy yo... yo podría no estar a tu lado.

—Katherine..., no entiendo ni una sola palabra de lo que acabas de decir, ¿qué significa?

—Significa que me he enamorado otra vez. Nuevamente de quien no debía.

Katherine se acercó a mí, y me plantó un dulce beso. Puse la vela en una esquina y sin darnos cuenta, esta se apagó. De nuevo estábamos bajo la oscuridad total. Ella prosiguió besándome, y después me tomó por la cintura con tal fuerza, que no parecía que se tratase de aquella chica delgada con aires de fragilidad. Mi cuerpo quedó recargado sobre la pared, y quedé atrapada entre sus besos. Sus piernas quedaron tan cerca de las mías, tanto que se rozaban en cada movimiento. Pasé mis manos sobre estas. Su piel estaba tan tibia, que me daba miedo incomodarla con mis manos frías. De un momento a otro eso ya no me importó.

Gran parte de mi vida había sido dedicada a pensar que la vista formaba parte importante del acto sexual, incluso, que era necesaria. De allí que la mayoría de las veces que tenía sexo lo hiciera con luz. Yo gustaba de contemplar un cuerpo, y sobre todo, que me contemplaran. Ahora, era demasiado diferente, era como ver pero con unos ojos que no existen, o al menos unos a los que no les interesa ver un cuerpo. Es más, ni siquiera podía decir que esto se tratase de tener sexo. Cuidadosamente las palabras que venían a mi mente eran: "hacer el amor", sí, quizá cliché sacado de aquellas películas donde difieren los términos, pero nunca lo había entendido, al menos no como lo hacía ahora.

Entre la oscuridad tomé su vestido y comencé a deslizarlo hacia arriba de sus piernas, ella lo advirtió y me ayudó a sacárselo. Mis manos tentaron su cuerpo, y noté que no llevaba braziere, pero sí bragas. Entonces lo primero que hice fue buscar sus pechos, y tomarlos con ambas manos. Lo hice. Ella me besó con más presión y dejó de tomarme por la cintura. Buscó la parte trasera de mi braziere y lo desabrochó con torpeza. Luego me lo quitó. Tomó mis pechos y recargó su frente contra la mía.

—Dime que esto es real —me susurró —, Dime que esto está sucediendo.

—Yo lo siento tan real, entonces debe serlo —le respondí.

Me calló con un beso y después lanzó su boca por mi cuello. Sentía sus manos jugar con mis pezones como si se tratasen de los botones de un control remoto. Sin más, comenzó a bajar hasta tener su rostro a la altura de mis pechos, y finalmente los soltó. Su lengua pasó por la punta de mi pezón izquierdo, con una de sus manos volvió a tomar el otro pecho. Lo apretó más fuerte que la vez anterior. Di un pequeño quejido y levemente vino a mi mente el dolor de la vez de aquel sueño.

—¿Te lastimé? —me preguntó mientras soltaba levemente mi pecho.

—No, está bien. Me gusta —respondí.

Ella volvió a tomarlo, pero esta vez más cuidadosa. Regresó a tocar con su lengua la punta de mi pezón, pero esta vez terminó por meterlo completamente en su boca. Simplemente lo chupó. Hubiese querido gritar en ese instante, pero lo único que hice fue clavar mis uñas en su espalda. Me llené de excitación y me acomodé para terminar poniéndola sobre el suelo, y dejarla debajo de mí. Tomé sus bragas y las jalé salvajemente hasta sacárselas. Luego me quité las mías y me tumbé sobre ella. Nuestras piernas se entrecruzaron. La besé nuevamente, como si sus besos controlaran la mayor parte de la acción.

Alejé mi rodilla y deslicé mi mano hasta entre medio de sus piernas. Al primer instante, ella acercó su boca hasta mi oreja y dejó escapar un aliento cálido. Rocé mi mejilla contra la de ella y aspiré su aroma. Fue como meter en mi cuerpo una dosis mortal de droga aún desconocida por el hombre. Ella se elevó ligeramente con la ayuda de sus piernas sobre el suelo, y sentí rozar su pubis sobre la palma de mi mano. Luego yo comencé a rosarla sobre su pubis. Aquello se volvió mágico. Busqué su boca de nuevo y la volví a besar. Luego ella se abrió sus piernas. Respondí poniendo sutilmente mi dedo medio a la altura de su clítoris. Apenas con tocarla ella gimió. Acercó su mano hasta la mía y me ayudó a presionar contra ella misma. Comencé a oscilar mi pelvis contra ella.

Aquella oscuridad parecía estar volviéndose de pronto una película en blanco y negro. Su aroma y el de aquel lugar parecían volverse conocidos, como si ya hubiera estado antes allí. Ella de pronto jaló mi mano y la quitó. Se giró bruscamente y de un momento a otro terminó

sobre mí. Se hincó dejando mi pelvis entre sus piernas y pasó su mano desde entre en medio de mis pechos hasta llegar un poco debajo de mi ombligo. Luego se sentí su aliento sobre mi pubis, y lo besó tan delicadamente, y permaneció sin hacer nada por unos segundos mientras sentía su aliento chocar contra mi piel. Su respiración drásticamente comenzó a cambiar, se volvió agitada y más fuerte. Me preocupe e intenté sentarme para alcanzarla, pero ella se paró.

Ya no podía sentirla, no sabía dónde estaba.

—Ya viene —susurró.

—¿Qué?

Me paré tan rápido como pude y comencé a buscarla a tientas, pero nunca di con ella.

—¿Dónde estás? —pregunté a susurros.

No respondió.

Sentí mi cuerpo agitándose de miedo. Una sensación de querer llorar me atrapó despiadadamente. Simplemente enloquecí.

—¿Kat? ¿Dónde demonios estás? ¡Respóndeme!

Caminé por todo el lugar chocando a cada rato con objetos y con las mismas paredes. Pisé la vela, aún estaba caliente, pero no me importó sentir quemarme. De pronto me entró un ataque de pánico y todo mi cuerpo se estremeció. Me tiré en una esquina y me hincé tratando de controlarme, pero entre llanos y desesperación, no podía lograrlo.

Escuché sobre el techo unos pasos, eran fuertes y firmes.

—¿Kat? —surré.

Luego el techo se iluminó, y escuché la voz de Max.

—¿Charlie? ¡Dios! ¡Chicos! ¡Ya la encontré!

No quise mirar, pero escuché que él dio un salto.

Él se acercó hasta mí y me tocó por la espalda. Yo me exalté y comencé a llorar.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Por qué estás desnuda? ¡Dios!

Sin dudarle se quitó su chamarra y la puso sobre mí.

—¡Robin! ¡Ayúdame!

Volví a escuchar otro saltó. Ambos me tomaron, pero simplemente parecía como si me hubiera entumido en aquella posición. Seguía llorando. Cuando noté la luz sobre la pared me levanté y comencé a buscarla con la mirada.

—¿Kat? ¿Dónde estás? ¿No la vieron salir? ¿Vino él por ella?

Ellos me miraron asustados, y por primera vez escuché la voz de Robin.

—Todo... va a estar bien.

Max lo miró asombrado.

—Él tiene razón, ven, hay que salir de aquí.

Yo obedecí mecánicamente. Entre ambos me sacaron de aquel lugar. Al parecer estaba en una especie de sótano oculto. Salí de aquel lugar temblando como loca. Las chicas me miraron y comenzaron a inspeccionarme y a hacerme preguntas. Yo no las entendía, así que no respondía.

—¿Está aquí? —pregunté ignorándolas.

—¿Quién? —me preguntó Michelle.

—¿Katherine?

—¿Quién es Katherine? —preguntó Dali.

—Char... escúchame, aquí no hay nadie. Este lugar está vacío. ¿Me entiendes?

—No... ella...

<<Hay que sacarla de ti.>>

<<Eres un pendejo, te dije que tus drogas eran un asco.>>

<<Cállense ya, hay que irnos ya, el del bote ya nos debe de estar esperando.>>

<<Pásenme su ropa, los alcanzamos...>>

Ya no sabía quién hablaba o decía cada cosa. Me sentía perdida. Estaba perdida.

Después de eso todo pasó tan difuso y rápido. Escuché gritos, el motor de un bote, el de un auto... más gritos y regaños, llamadas por celular, voces dirigidas hacia mí... pero ninguna de ellas. Miré por el vidrio del auto. Toqué mi bolcillo trasero y sentí el reloj. Comencé a

reírme como loca. Sentí sus miradas. De pronto jalé el seguro de la puerta y salí del auto. Corrí. Los chicos se bajaron pero les hice perder mi rastro. Corrí y corrí como desquiciada. Llegué y me paré del otro lado de la calle donde estaba la tienda de antigüedades y crucé sin darme cuenta de que venía un carro. Sonó su claxon y casi me atropella. Entré a la tienda. Escuché la campanilla de la puerta. Julieta estaba en el aparador.

—¡Tienes que ayudarme! —tomé el reloj sobre mi mano derecha—, ¡Necesito abrir este maldito reloj! ¡Ahora!

—¿Charlie? ¿Estás bien? ¿Qué demonios te pasa?

Pasé al otro lado del aparador y se lo puse entre las manos.

—¡Por favor! ¡Me estoy volviendo loca! ¡Tienes que ayudarme!

Por un momento sentí como si me estuviera mirando.

—Será mejor que controles el volumen de tu voz, no quiero que asustes a mi abuelo.

Hueles a alcohol y... no sé... Estás ebria.

—No... Yo... ¡Ayúdame!

—Por Dios Charlie... estás tan mal que ni siquiera te has dado cuenta que se puede abrir...

—¿El reloj?

—Sí, puedo sentir que la tapa está suelta.

Perdí la cabeza y le arrebaté el reloj sin pensar exactamente prepararme para lo que estuviera allí dentro. Así que lo abrí sin pensarlo mucho.

Mis ojos se petrificaron. Todo se volvió gris. El ruido desapareció. El aire se volvió pesado. Quería gritar y llorar, llorar y reírme, saltar y tirarme al suelo...

—No... no...

Salió de mi boca.

—No es cierto...

Sentí la mano de Julieta sobre mi brazo, y comencé a gritar. Me desquicié. Quise salir de allí corriendo. Dejé caer el reloj al suelo. Era como escuchar todas las manecillas de los relojes de la tienda, incluyendo el del suelo, resonando al mismo tiempo.

Empecé a temblar y a sudar en frío. Caminé hacia atrás y me giré bruscamente para salir de la tienda, pero choque con una vitrina repleta de objetos pequeños y algunos jarrones, y me vine al suelo con cada uno de ellos. Se escucharon pequeñas cosas de vidrio rompiéndose por montones. Sentí mi piel fría. A Julieta gritándome. La voz difusa de un hombre a lo lejos. Una sirena de policía. Un profundo eco.

Pensé estar llorando, pero los ojos me ardían. Pasé mis dedos sobre ellos, y lo único que vi fue sangre.

—¿Katherine, quién eres? —susurré entre llantos —, ¿quién eres? —fue lo último que dije.

Luego solo hubo paz.

## Juegos de la Mente

Mis ojos se abrieron, pero todo seguía siendo tan oscuro. Mis manos a tientas buscaron mis ojos; lo único que toqué fue una especie de trapo. Tenté más minuciosamente; estaba rodeando mi cabeza. Intenté quitármela, pero la voz de una mujer me lo impidió:

—Será mejor que no lo hagas, al menos que quieras que se infecte —dijo.

—¿Qué? ¿Cómo? —respondí desorientada.

—Son órdenes del doctor.

—¿Doctor? ¿Qué doctor? ¿Dónde estoy?

Sin obedecer las instrucciones me arranqué la venda.

Luces brillantes entraron por todos lados, pero de pronto todo se volvió café, borroso y doloroso. Comencé a gritar de dolor, y me tapé los ojos tanto como pude. Sentí rápidamente a alguien corriendo las cortinas, mientras otras manos acomodaban las vendas en su lugar.

Luego una voz conocida me ordeno tranquilizarme.

—¡Hey!, ¡Charlie! ¡Calma! ¡Deja que la enfermera te acomode esa venda!

—¿Mario? ¿Eres tú? —pregunté retóricamente.

—Sí, soy yo. Quédate quieta.

—¿Cómo llegué aquí?

—Tuviste un accidente en una tienda, ¿lo recuerdas?

Mi mente comenzó a revolucionar. Todo parecía confuso, pero una vez que pensaba detenidamente, las cosas tenían más sentido.

—Mis ojos... —susurré—, ¿estoy ciega? —pregunté.

—Por ahora; tuvimos que extraer pequeñas partes de vidrio. Gracias a Dios no se dañó nada. Charlie... —tocó mi mano—, también encontramos residuos de una agente extraño en tu sangre... ¿tú?

—Sí, estaba drogada. Aunque eso ya lo sabes; solo quieres escucharlo de mi boca.

—Tus amigos no fueron muy claros con la policía, ni con nosotros. ¿Ellos?

No conocía mucho a aquellos chicos, pero me habían tendido su amistad, y ya que todo esto era mi culpa, no pensaba delatarlos.

—¿Qué? ¿Ellos? ¡No!

—No deberías cubrirlos, aún les van a hacer pruebas a ellos... o ni siquiera estoy segura si ya se los hicieron.

—Bueno, no lo sé. Yo sí, ellos no sé... ¿Mis padres?

—No están muy contentos... ¿esperabas otra reacción?

—No, la verdad no los juzgo. Siempre hago cosas que primero los preocupa, y luego cuando estoy fuera de todo peligro, les molesta. Esta era mi última oportunidad... era la última.

Sin darme cuenta comencé a llorar, pero no por mucho, pues las lágrimas hicieron arder mis ojos.

—No llores, Charlie; por tus ojos, y porque no me gusta verte así. Te vas a recuperar, aún no sabemos cuándo, pero verás que sí.

—Supongo que ahora, lo que dice tu hermana de mí... Ahora lo crees de verdad.

—¿Crees que no conozco a mi hermana? Sé cómo se porta cuando está celosa. No te preocupes por ella. Iré a arreglar unas cosas, regreso tan pronto como pueda.

—No te vayas —le dije mientras tomaba su mano—, con esta oscuridad me siento más sola que de costumbre.

<<Bueno, ahora me entenderás un poco más —se escuchó al fondo la voz de Julieta.>>

—Me voy —finalizó Mario.

Lo solté, pero rápidamente sentí una mano suave entre mi mano.

—Se escuchó más aparatoso que lo que me dijeron que te pasó —dijo Julieta.

—No estoy tan segura. Estoy ciega —dije enojada—, lo siento, no quiero molestarte a ti... es... yo... no me gusta la oscuridad.

—No te puedo juzgar, tú has conocido la luz. Yo nunca, así nací, es mi realidad. Por cierto, me dijeron en recepción que te dijera que tu madre viene en camino.

—¿No te dijeron de mi padre?

—No. Lo siento.

—Quizá ya se hartó de mí y mis estupideces. Sí, eso pasa.

—Ya no te castigues. Siempre hay explicación para todo. Por ahora, en lo único que puedo ayudarte, es en hacerte compañía.

—¿Tu abuelo se molestó? Creo que rompí varias cosas... —pregunté agachando la cabeza.

—Yo no me quise meter, pero creo que llegó a un acuerdo con tu madre —suspiró—, pero olvídate de eso, ¿Por qué no hablamos de otra cosa mientras llega tu madre?

—¿Cómo qué? Porque además de no ver, tampoco pienso. Lo siento, de nuevo. Es que no sé cómo lo haces. Yo hace apenas unos minutos vi luz y después completa oscuridad, tú llevas toda una vida así. Lo que le tiene que pasar a una para poder entender.

—¡Bah! No es la gran cosa, ya te dije, nunca he visto esa luz a la que te refieres.

—¿Ni una sola vez?

—No. Me he perdido los momentos más importantes de mi vida, todos, incluso la muerte de mi madre.

—Yo no desearía presenciar algo así, sería traumante.

—Pues yo estuve allí, solo que no lo vi.

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—Fue extraño, y confuso. Nunca conocí a mi padre, así que lo único que tenía era a mi abuelo, y a mi madre. Un día escuche gritos, era mi abuelo; luego más gritos, de desconocidos; gente llorando; preguntaba, pero nadie me respondía; no entendía. Después mi abuelo me explico... mi madre se había suicidado, antes de que yo llegara y simplemente me sentara a cantar, porque no la veía. ¿Puedes creerlo? Llevaba casi una hora en la misma habitación con mi madre muerta. No lo noté. No lo presentí.

—¡Dios! No estás hablando en serio...

—¿Por qué no lo haría?

—Hay tantas cosas que me hubiesen gustado preguntarle... Sabes, tienes a tus dos padres, y no dudo que te amen, pero supongo que ser padre es una gran responsabilidad. Tú eres una gran responsabilidad —bromeó.

—¡Ha! Me da risa, pero tienes razón. Debería empezar por hacer las cosas bien. Madurar, como ellos dicen.

—Yo creo que eres lo suficiente madura, solo, necesitas saber cuándo y dónde.

Quise imaginar su sonrisa. Quise imaginarnos a las dos sonriendo. Lo hice, en mi mente se había dibujado una especie de película casera, donde podía recrear todo; era como ver, más incierto.

Al pronunciar en mi mente la palabra "incierto", regresaron todos mis problemas. Lo del reloj... el reloj...

—¿El reloj? ¿Dónde está?

—¿Tú reloj? No tengo idea, pero en la tienda no está, mi abuelo hizo inventario... Quizá la policía lo recogió. Respecto a eso... ¿viste algo, verdad? Por eso saliste corriendo, ¿qué fue lo que viste como para enloquecer así?

—Si te lo contara no me creerías... Ni siquiera yo lo creo.

—Si de creer se tra...

<<¡Charlie! —escuché repentinamente la voz de mi madre—, vine tan rápido como pude, gracias a Dios estás bien.>>

—Tengo que ir a ver a mi abuelo, cuando pueda te vengo a hacer compañía —dijo Julieta al soltar mi mano.

—¡No! ¡Tengo que decirte! —dije aceleradamente.

—Después, ahora tienes compañía.

Ya no la escuché más.

—¿Mamá?

—¿Quién es ella? No la había visto. Se mucho más decente que los muchachitos con los que andabas... Tienen tanto que decirle a la policía, de hecho en cuanto sepan que has despertado vendrán —argumentó con un tono de seriedad abrumada.

—¿Qué? ¡Mamá!

—Es la verdad. Tú padre también está en camino.

—¿Y por qué no ha venido contigo?

—Tuvo que ir a arreglar algunas cosas de la vinatería. Pero se fue antes de todo esto; no sabiendo que estabas en el hospital. Por si pensabas que no quería verte.

—Bueno, al menos eso explica su ausencia. ¿Está muy enojado?

—Ya sabes cómo es tu padre. Pero esta vez yo también estoy molesta contigo. Se supone que ya estabas intentando cambiar. Creí en ti. Convencí a tu padre de que te dejar ir a ese... lo que sea... y luego esto. ¡Dios! Estás en una cama y... y no saben si volverás a ver...

—¿Qué?, Mario dijo que me recuperaría...

—No lo saben... puede que sí... o... —interrumpió con sollozos—, tú padre aún no lo sabe, ¿cómo crees que lo va a tomar? Esto lo va a destrozar. Él siempre se culpa de que hizo algo mal contigo... y esto... esto...

Jamás en mi corta vida había escuchado a mi madre hablar en ese tono. Luego el tonó se volvió más penetrante. Estaba llorando. Sentí ganas de llorar a su lado, pero apenas comenzaron a humedecerse mis ojos, regresó ese ardor. Tuve que llorar sin lágrimas.

La noche terminó llegando, pero eso no lo supe hasta que una enfermera se despidió después de cambiarme la bolsa de suero con un “buenas noches”. Mi madre había ido a casa a ver a mis hermanos; seguía esperando la llegada de papá. Aquel día la policía tampoco había llegado; no sabía si era bueno o malo. En mi mente rodeaba aquella imagen; daba vueltas incesantes y pertinentes. Ahora que veía nada, esta imagen se había vuelto una especie de fondo de pantalla.

Era tan extraño tentar a mi alrededor las sábanas y pensar que de seguro eran blancas; tocar mis brazos y sentir pequeñas heridas que se habían convertido en costra, y que posiblemente estas serían cafés; posiblemente mi piel tenía un color pálido; eran pequeñas cosas que en ese momento se volvían grandes cosas. Si tan solo alguna vez, cuando veía, hubiera cerrado mis ojos por un instante, y sentido sobre mis palmas cualquier cosa a mi alrededor, posiblemente lo hubiese disfrutado; hubiese sonreído. Ahora una sonrisa así parecía una broma.

Intenté dejar de pensar. Lentamente el sueño comenzó a vencerme.

Abrí mis ojos y vi todo blanco. De pronto estaba en un cuarto completamente blanco, incluso yo vestía de blanco. Una oleada de confusión se posó sobre mí. Toque mis ojos; los sentía como siempre. Y la argolla de mi nariz... no estaba.

—¡Hey! ¡¿Cuándo me trajeron aquí?! De hecho... ¿Dónde estoy? —grité a través de una pequeña ventanilla que sobresalía en la puerta.

Logré ver a alguien pasar; quizá un enfermero. Pero me ignoró por completo.

—¡Hey! ¡Quiero salir de aquí! ¡Ya puedo ver! ¡Estoy bien!

De pronto, y de la nada, se posó el rostro de Mario del otro lado de la ventanilla.

—¡Mario! ¡Gracias a Dios! ¡Ya puedo ver! —sonreí-, ¡Ya puedo irme a casa! ¡Mamá se va a poner muy contenta!

El solo me miró sin mostrar expresión alguna. Entonces comencé a preocuparme.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no dices nada? ¿Mario?...

—Ya sé que puedes ver Charlie. Todos lo sabemos.

—¿Entonces? ¿Qué hago aquí?

—Es por tu salud —respondió cortante.

—¿Por mi salud? ¡Ya estoy bien! No necesito estar en ningún hospital. Esto es un error. Mira, si es por la policía y me estás reteniendo... lo entiendo, pero al menos sácame de este cuarto; me da escalofríos.

—Charlie, ya te lo dije, es por tu salud... por tu salud mental. Estás trastornada, por eso es que estas aquí; en el Sanatorio Mental de San Marie, justo donde se encontraba la antigua escuela religiosa.

—¿De qué demonios me estás hablando? ¿Estás bromeando? —comencé a reír—, yo no estoy loca... ¿me escuchas?, ¡Yo, no, estoy, loca!

Mario sacó una pequeña libretita y comenzó a escribir en ella. Luego negó con la cabeza y me miró fijamente, pero no me veía a mí; era como si analizara un objeto; un paciente.

—Los síntomas están empeorando. Tendré que enviar a una enfermera para que te de una nueva medicación.

Mario se retiró, y por más que intenté seguirlo con la mirada, desapareció de mi alcance. Comencé a gritar desesperadamente. A golpear las paredes recubiertas por una especie de colchón, la puerta, la cama de donde había despertado; empecé a llorar, a reír... realmente parecía estar loca.

La puerta se abrió y entró un enorme hombre vestido también de blanco, se trataba del mismo que había lastimado a Katherine el otro día en la cabaña, no reconocía su rostro, porque nunca lo había visto realmente, pero yo sabía que era él. Su rostro era realmente horrible; parecía como si nunca se hubiese lavado la cara; tenía vello por toda la cara; unas enormes y gruesas cejas; una nariz demasiado grande y torcida; cabello grasoso; ojos negros como la noche, pero eso no era lo horrible, era su mirada. Luego todo el lugar se impregnó por un olor a carbón quemado.

Él caminó hacia mí. Yo me recorría cada vez más, pero solo topé con la puerta. Ya no podía alejarme más. Él me miró despectivamente y después con lujuria; me sonrió y sacó de la nada una especie de chamarra blanca llena de hebillas.

—¡No! ¡¿Qué haces?! ¡No me puedes poner eso! ¡Aléjate de mí!

Él me ignoró por completo y comenzó a tomarme a la fuerza; comenzó a reír y carcajear como demente.

—¿Por qué no te la pones tú, he?! ¡El enfermo eres tú! ¡Suéltame! ¡Te dije que me sueltes!

—Apúrate. El doctor me dijo que las medicinas ya no hacen efecto. Así que tendré que inyectarla —dijo una voz femenina al fondo.

—¡No! ¡No me inyecten! ¡Déjenme salir!

El enorme hombre terminó venciéndome; me metió en la enorme chamarra y comenzó a abrochar todo lo que entrara en las hebillas. Al quedar completamente atrapada dejé de moverme, simplemente ya no podía más. Sin embargo, el sujeto seguía tomándome entre sus brazos para evitar que hiciera algo.

—No te muevas, no te dolerá —me dijo mientras su voz se acercaba más y más hacia mí.

Cuando ella se puso frente a mí la ignoré; tenía la cabeza mirando hacia el suelo; me había vencido. Pero cuando percibí ese aroma, dulce y misterioso, que solo había olido en alguien, levanté la cabeza.

—¿Katherine?

—Es un gusto volver a verte.

—Tú, ¿eres real?

—Nada de movimientos. Si inyecto esto en el lugar inadecuado podrías dormir para toda tu vida.

Quedé silenciada por verla. Se veía tan diferente, tan... no ella; tenía delineador por todos los ojos; una mirada fría y vacía; el cabello peinado y alborotado, como si se tratara de una cabaretera. El hombre me tomó del cabello y jaló. Dejé mi cuello expuesto a Katherine.

Sentí su respiración sobre este; cerré los ojos; luego sentí claramente como su lengua pasaba por todo mi cuello; fue desagradable; luego me besó debajo de mi mandíbula. Solo sentí un piquete.

Abrí los ojos y miré todo oscuro; quería gritar pero mi voz había desaparecido por completo. Una inmensa desesperación me cubrió. Estaba sudando. Me jalé la venda de los ojos; entonces supe que todo había sido un sueño. Todo se seguía viendo oscuro, pero no tan oscuro como si no viera nada; se trataba de la oscuridad de la noche. Podía ver, borroso y en sombras, pero podía ver. Miré a mi alrededor y parecía estar completamente vacío; quizá mi padre había llegado, pero me había encontrado dormida. Estaba algo desorientada, quizá por las medicinas o simplemente por el sueño. Entonces llegó ante mí esa necesidad de desenmarañar todo lo que estaba sucediendo.

Me paré temblorosa de la cama, me quité el catéter de la mano; me dolió ligeramente. Busqué, con la ayuda de mis manos, algún lugar donde pudiese estar mi ropa. La encontré rápidamente en el segundo cajón con el que me topé. Me vestí. Miré sobre el pasillo, pero seguía estando completamente vacío. Salí de la habitación. No podía caminar muy rápido, pues tenía miedo de caer o tropezar con algo, y terminar haciendo más ruido. Percibí a lo lejos una enfermera haciendo guardia; se veía como dormida. Avancé sin que me notara. Y finalmente salí del hospital.

Lo primero que se vino a mi mente fue: Julieta. Ella podía ayudarme, era la única en que podía confiar ahora. Posiblemente, la única que me creería, y si no, al menos no me juzgaría de loca. Logré mirar los faros, y gracias a ellos me pude ubicar entre las calles. La luz ya no hacía que mis ojos ardieran, posiblemente porque no irradiaban tanta luz. Camine por minutos, incluso llegué a pensar en haberme perdido. Pero finalmente llegué a la tienda de antigüedades. Busque alrededor del establecimiento intentando encontrar alguna ventana, quizá con suerte se tratase de la de Julieta.

Tomé piedrecillas y comencé a arrojarlas sobre la ventana, así por minutos. Cuando estuve a punto de perder la esperanza y darme por vencida, se abrió la ventana. No podía distinguir muy bien la silueta, pero seguro se trataba de Julieta.

—¿Quién es? —susurró.

—Soy yo... Charlie, tienes que bajar, necesito de tu ayuda.

—¿Charlie? ¿Qué haces aquí? Deberías estar en el hospital.

Ella desapareció de repente; pasaron un par de minutos, y salió por otra puerta.

—¿Qué sucede?

—Primero que nada, no puedo contarte nada ahora, necesito estar segura. Pero sí necesito que me ayudes a llegar al otro lado del río, necesito un bote o algo.

—¿Por qué ir hasta allá? ¿Estás loca? Ni siquiera puedes ver, podrías caer y ahogarte.

—Puedo ver, no tan claro, pero puedo ver.

—Estás loca —gritó casi en silencio—, regresa al hospital, yo no a ayudarte.

Julieta se dio vuelta e intentó entrar a la casa, pero la tomé del brazo.

Por favor, tú eres la única que puede ayudarme. La única que podría creerme. Ya nadie cree en mí. Ella se quedó estática sin decir nada.

—No sé qué está pasando por tu cabeza. Y presiento que algo malo va a salir de todo esto. Mi abuelo tiene un bote; está aparcado a la orilla del lago, es de motor...

—¡Gracias Julieta! —grité y me tapé la boca—, lo siento. ¿Me acompañarás?

—Una ciega y una casi ciega. No sé en qué pienso al creer que algo bueno puede salir de esa combinación. Dame unos minutos en lo que voy por una linterna, si puedes ver algo, creo que te será útil.

El río se veía más oscuro y tenebroso que de costumbre, pero lograba iluminarse con la luz de la luna. El motor de la lancha parecía ser el único ruido en todo el lado, pero si se apreciaba bien, llegaban a escucharse grillos. Cuando llegamos a la otra orilla tomé a Julieta de la mano y entre las dos nos ayudamos a bajar. Prendí la linterna y logré percibir el mismo camino por

dónde había venido con los chicos. Caminamos por al menos una media hora. Ella me ayudaba a no caer, y yo la dirigía hacia el destino. Ella ya no me preguntó más, parecía respetar la idea de que le contaría todo en cuanto estuviese segura.

Cuando logré percibir la cabaña casi doy un salto de alegría, pero solo me limité a sonreír. Así, y de un momento a otro, entramos. Todo seguía siendo tan oscuro, pero con la ayuda de la linterna se lograba percibir muy bien las habitaciones. No sabía que estaba buscando realmente, pero sabía que tenía que encontrarlo. Caminé y por poco me caí en el hoyo de donde me habían sacado Robin y Max. Entonces sentí algo que me atrajo hacia su interior.

—Julieta, espera aquí, iré a ver algo —le dije tomándola de la mano y alejándola del agujero—, no camines hacia adelante, hay un hoyo, ahí es a donde voy.

—Cuídate. Espero que no sea peligroso.

—Estaré bien.

Bajé con cuidado y caí sobre ambas piernas. Iluminé los alrededores con la linterna, y comencé a ver mucho más claro que antes. Todo se veía tan normal. Hasta que noté una vieja pared de tabiques viejos. Contrastaban con el resto de la pared porque parecía estar cayéndose a pedazos. Me acerqué y apenas cuando toque uno, fue como si una espolvoreada de tierra se viniese abajo.

—¿Estás bien? —gritó Julieta.

—Sí, no es nada.

Con la linterna comencé a golpear los restos que se habían sostenido, así hasta quitar finalmente la mayoría de los tabiques. El polvo se había esparcido todo. No veía nada, y sentí como si se me irritasen los ojos.

Cuando el polvo cesó, comencé a ver algo blanco. Iluminé con la lámpara, y la luz me dio algo que mis ojos no querían creer.

Se trataba de un cuerpo, prácticamente una momia. Tenía cabello, era ondulado y rubio. El cuerpo tenía un vestido blanco, y de su cuello colgaba el reloj, el reloj que tantas veces había tocado con mis manos. No podía creerlo.

“Ahora todo parece tener más sentido, incluso para mí —se escuchó la voz de Katherine detrás de mí.”

Yo permanecí callada, y de un momento a otro me aterroricé, y quise gritar, pero simplemente comencé a llorar.

—Charlie... —susurró Julieta desde arriba—, será mejor que nos vayamos, hay alguien acá arriba.

## Jamás Morir

Yo no le respondí, me sentí petrificada ante lo que estaba viendo y escuchando. No quise girarme; me moría de miedo. Julieta seguía susurrando, y podía notar en su voz una agitación creciente. Cerré los ojos y respiré tan profundamente como mis pulmones podían, luego comencé a controlar mi respiración. Intenté hacer que mis piernas respondieran a las órdenes de mi cerebro, y dejaran de temblar. Empuñé mis manos, y finalmente, me giré.

Detrás de mí no había nadie.

En ese momento la piel se me volvió como de mármol; los vellos de mis manos se levantaron apuntando hacia arriba; luego sentí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo; y entonces mi piel pasó de ser mármol, a sentirse como una plancha caliente.

—¡Charlie! ¡Vamos! —susurró Julieta en un tono más fuerte.

—Ya —respondí a secas.

Me giré rápidamente hacia el cuerpo momificado, y sin pensarlo, tomé el reloj y lo jalé bruscamente. Pude sentir como algo se rompió; probablemente había sido su cuello. Hice una cara de aborrecimiento, aquello me había causado un asco tremendo. Lo metí en mi pantalón y rápidamente caminé hacia el agujero que estaba en lo que podía llamarse techo. Miré a Julieta y se veía bastante agitada.

—¡Hey! Dame tu mano, necesito que me subas —le dije.

Ella estiró su brazo derecho lo más que pudo y tomó mi mano, pero subir parecía más difícil de lo que había sido la última vez, claro, ahora no había dos hombres altos y musculosos que me sacaran. La solté.

—Buscaré algo para subir, espera —susurré.

Busque entre aquel oscuro lugar, y traté de evitar ir hacia donde estaba el cuerpo de... el cuerpo momificado. Miré unas cajas de madera y las tomé. Acomodé un par; una sobre otra, y volví a tomar la mano de Julieta. Esta vez fue suficiente para salir de aquel escalofriante lugar.

Cuando subí por completo, después de esfuerzos por parte de ambas, abracé a Julieta.

—Estás temblando...

—Tengo miedo —susurré.

—Shh... —me calló—, está en la casa.

Miré teniendo mi cabeza recargada sobre su hombro; no pude percibir a nadie. Luego la solté y traté de mirar y buscar entre lo que alcanzaba a captar mi vista.

Después volví a escucharla.

“Váyanse antes de que regrese —se escuchó la voz de Katherine.

—¿Quién? ¿Quién dijo eso? —preguntó Julieta.

No podía creer lo que Julieta estaba preguntando, ¿no me estaba volviendo loca? ¿No era mi imaginación?

—¿La escuchaste? —le pregunté con la voz entre cortada.

—Claro que la escuché, ¿quién es? ¿Quién se supone que va a regresar? ¿La persona que sentí antes? Porque definitivamente no era ella, ella no estaba antes... ¿cómo llegó aquí?

—Yo... —fue lo único que alcancé a contestar.

Una oleada de frío llegó de la nada, pero no como un frío cualquiera, este llegó de la nada e hizo descender la temperatura de mi cuerpo de un segundo a otro.

Mi cuerpo se entumeció desprovistamente; mi piel palideció y de mi boca comenzó a emanar un vapor casi tan blanco como el humo de un cigarro. Julieta me tomó de la mano, y apenas si pude percibir el calor de su piel, ella también se estaba congelando.

Miré hacia todos lados y nada parecía haber cambiado; no había nadie; nada parecía haber cambiado.

—Tengo miedo Charlie, sé que te prometí no preguntar nada hasta que tú me lo explicaras... pero esto que siento no es normal, tengo miedo. ¿A dónde me trajiste? ¿Por qué me trajiste? —me dijo directo al oído.

—Ya sabes porque te traje, porque eres la única que confía en mí... posiblemente porque aún no te he decepcionado... y si te digo quien es ella... ella no es... ella...

De pronto un fuerte sonido nos hizo saltar sobre nuestros lugares; fue como sentir que el techo se había caído sobre nosotras. Julieta comenzó a gritar y yo solo apreté su mano.

—¡No ha pasado nada! —le dije.

Ella pareció no escucharme, solo siguió gritando.

La tomé a la fuerza y corrí hacia la puerta principal, pero esta se cerró ante nosotras de golpe.

Julieta enmudeció de pronto.

—Hay alguien más en la habitación —me susurró.

Me giré rápidamente, pero lo único que llegué a ver fue más oscuridad. Luego me acordé que traía la lámpara en la mano, y la encendí, pues la luz de luna ya no parecía iluminar lo suficiente. La dirigí hacia todos lados, pero no logré ver nada. La temperatura parecía seguir descendiendo, y podría jurar que comenzaron a dolerme hasta los huesos.

Acerqué la luz hacia la puerta e intenté ver si había algo que la estuviese atrancando, pero simplemente parecía ser una puerta de madera. Agarré la manecilla que sobresalía de esta y jalé... jalé con todas mis fuerzas, pero esa puerta parecía estar encarnada en las paredes.

Mi corazón latía tan rápido que podría decir que me sentía al punto de un infarto. Fui la que trató de mantener la calma, porque aunque Julieta había dejado de gritar, podía sentir sus sollozos sobre mi espalda.

Mi vista de pronto comenzó a verse más borrosa. Cerré los ojos y me los tallé intentando quitar alguna basura que pudiera haber caído en ellos, pero fue inútil, nada había sucedido, seguía sin ver más que apenas sombras resultado de la luz de la lámpara. Comencé a sentir desesperación; ya no sabía por qué había querido estar allí; solo quería salir e irme lejos; quería olvidarme de todo.

—No lo hueles —me dijo Julieta.

—¿Qué?

—El carbón, de pronto huele a carbón... carbón quemado.

Con los nervios y mi nariz congelada era casi imposible poder percibir algún olor, pero de pronto se volvió tan claro, que no tuve la necesidad de pensar en lo que había dicho Julieta. Sí, comenzaba a oler a carbón, ese mismo olor de mis sueños; el de la noche de aquel día.

—¡Mierda! —dijo Julieta.

Jamás pensé escuchar una mala palabra de ella.

—¿Qué sucede? —pregunté al instante.

—Mi pecho izquierdo, siento que me duele mi pecho izquierdo.

—¿Qué dices?

—¡Que me duele el puto pecho izquierdo! ¡Demasiado!

Julieta me soltó para poder tocarse su pecho, yo no podía dejar que se apartara de mí, pues si en algún momento terminaba sin ver nada, y a ella le pasaba algo...

Sin embargo, aquello dejó de asustarme en el momento que mi pecho también comenzó a sentir dolor, un dolor tan intenso como el de la vez antigua. El dolor llegó tan de pronto y de la nada, que me sorprendió e hizo que tirara la lámpara a suelo; esta al caer, simplemente se apagó.

En completa oscuridad supe lo que estaba experimentando Julieta: desesperación, impotencia, miedo, angustia, dolor... ¡Dios! No podía creer hasta qué punto había llegado mi deseo de la verdad; ahora que la tenía, que era tan clara... simplemente quería olvidarla.

Di un manotazo al aire intentando buscar a Julieta, pero no la sentí.

—¡Julieta! ¡Dame la mano! ¡No quiero que nos separemos!

—No sé dónde estás... No puedo percibir tu aroma, este olor a carbón... además, ya no siento tu presencia... ya no sé cuál es...

—¿Cómo que ya no sabes cuál es?

—Son... hay otras dos... ya no sé quién eres tú.

Las palabras de Julieta parecían ser una muy buena guía para cualquiera que perdiera la vista, pues al pronunciar aquello también sentí la presencia de otras personas en la habitación donde estábamos.

Luego Julieta dio un fino grito y todo permaneció en silencio.

—¿Julieta? ¡¿Julieta?! ¡¿Qué sucede?! ¡Háblame! ¿Dónde estás? ¡Contéstame!

Ella no lo hizo, ya no podía sentir su presencia. Ella ya no estaba allí.

Corrí como loca intentando dar con ella, luego me agaché en busca de la lámpara, y cuando la encontré, intenté prenderla. Nunca encendió.

Supe que había perdido la cabeza en el momento que comencé a gritar, a gritar y solo eso. Ya no podía hacer nada más.

De pronto, sentí como algo pasó justo al lado de mí, era una presencia enorme... era... era quizá el hombre de las botas negras... o alguien tan enorme como él. La puerta de pronto se abrió y dejó entrar apenas un rayo de la luz de la luna, o al menos percibí un poco de ella. Intenté mirar con el reflejo de esta, pero solo vi un bulto, un enorme bulto negro. Cuando ya no lo vi solo quedó frente a mí aquella enorme puerta abierta. Corrí hacia la puerta por puro instinto, pero esta se cerró de pronto. Un poco más y hubiera quedado entre ella y la pared.

Como lo sobrenatural parecía acompañar aquella noche, volví a sentir un cambio de clima, un rotundo calor, mucho más soportable que el frío, o si lo pensaba bien, podía tratarse de que el frío insoportable había desaparecido, y el calor de mi cuerpo ahora parecía ser el calor que sentía hasta ese momento. Dejé de gritar, de quejarme en total, y traté de tranquilizarme. El frío se había ido, podía sentir mis sentidos más activos, así que intenté sentir algo, cualquier cosa que diera con el paradero de Julieta.

—Se la llevó —dijo Katherine.

Sí, su voz había llegado a un punto dentro de mi mente, que ya me era imposible no reconocerla al instante.

No le contesté.

—Sé lo que intentas, intentas ignorarme.

Al sentir su presencia, su olor... tan cerca de mí comencé a sentir una profunda plenitud. Luego la puerta se abrió mágicamente, la luz de la noche iluminó y pude ver claramente, tan claro como de costumbre. Salí de aquel lugar y me tallé los ojos de la incredulidad de poder ver tan normal. Pero allí estaba, de un parpadeo a otro tenía frente a mí a Katherine.

—Ya no me ignores.

La miré, era ella, tan... era... era tan real, ¿cómo podía haber llegado a pensar que ella no era normal? ¿Qué ella no existía?

—Tú... —dije apenas pronunciando las palabras.

—Sé lo que parece, pero te juro que nunca te engañé... yo no sabía... yo creía que esto era real...

—No digas nada Katherine; lo nuestro es real, pero tú no eres real para mí mundo, ni yo para el tuyo, no al menos en el mundo físico. Así que... ni siquiera pienses que lo nuestro no fue real, porque para mí lo fue. Yo sentí tu respiración, tu piel, tu aroma... eso tuvo que ser normal.

—Nunca lo pensaría... yo siento algo por ti... pero ahora creo que todo es una confusión... es que pasó tan igual... fue de la misma forma... como te conocí... como la conocí a ella...

—¿De qué estás hablando?

Katherine estiró su mano y me mostro entre ella una gafas oscuras, eran las de Julieta.

—¿A Julieta?

—No, a ella no. Ella tiene los mismos ojos... la misma mirada, pero no es ella.

—Katherine, no entiendo.

—Recuerda... tu epifanía... había una niña.

—Yo, no comprendo. ¿Qué me estás intentando decir?

—Abre el reloj...

—Cuando se cierra no se puede abrir.

—¡Hazlo! —me exigió.

Saqué el reloj de mi bolsillo y lo abrí sin esfuerzos. Allí estaba lo que había visto la última vez, una foto en blanco y negro de Katherine.

—No puedo creerlo... ¿de cuándo es esta foto? Te sigues viendo igual.

—Quítala —interrumpió.

—¿Qué?

—Está sobrepuesta, hay algo detrás de ella.

Obedecí sin contradecir sus órdenes. Tomé la punta de la foto y la levanté con ayuda de mi uña... tan delicada y cuidadosamente para no romperla o dañarla. Sin embargo, la foto prácticamente saltó sobre mi mano, y frente a mí quedó otra fotografía. Se trataba de un muchacha, quizá de mi edad o un poco menor. Al principio no podía reconocer de quién se trataba, bueno, jamás la había visto en toda mi vida, pero había algo que se me hacía tan familiar. Y lo supe, lo supe en su complexión, en los rasgos de su cara, en sus labios, en su sonrisa...

—Es... —dije sin dirigirme hacia nadie.

—Es ella... ¿no lo notas? Yo no soy un maldito espíritu confundido, ya no... puedo diferenciar claramente entre ella y...

—¿Su abuela?

—No Charlie, no soy tan vieja como se ve la foto. San Marie tiene muchos secretos, y el mío es uno que oculta con tanto miedo. Ella es la madre de Julieta, y lo sé porque ella vino... ella vino antes... pero yo no pude irme con ella... yo no puedo irme de aquí.

—¿Vino cuando ella se suicidó?

Katherine no dijo nada, pero asintió con la cabeza mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿La confundiste conmigo?

—No, o no lo sé... sé que siento algo por ti, algo diferente, ahora lo sé... lo siento... pero en un principio quizá pensé que se estaba repitiendo todo... ¡Es que fue tan igual! ¡Tú! ¡El lago! También estuviste a punto de caer en él... solo que tú no me diste una cachetada.

—¿Te golpeó? No entiendo...

—Es que... la niña... la tu epifanía...

—¡Espera! ¿Cómo sabes que tuve una epifanía? ¿Ahora además de ser un espíritu también lees mentes?

—Charlie... yo no lo sé... pensé que había sido un sueño... pero no, tuve la misma epifanía que tú... en el mismo momento, y fue porque yo estaba allí. ¿Recuerdas a las niñas que se reían de la niña?

Asentí con la mirada.

—Una de esas niñas era yo.

—Tú no eres así, te conozco.

—No. Hasta antes de conocerla tan a fondo, yo era mala. Me burlaba todo el tiempo de ella... ella se llamaba Julieta, como tu Julieta... la de ahora... pero yo le decía Romeo cada vez que tenía la oportunidad de burlarme de ella, solo porque parecía un niño.

—No te creo...

—Fue así por mucho tiempo, así hasta que sucedió el incidente con el portero... ella y baja autoestima provocó que ella la engañara, pero un día ella ya no quiso y lo apuñaló. Ella también resultó lastimada, hubo sangre por todos lados... Muchos dijeron que él la había matado, pero no fue cierto, su madre se la llevó... lejos de San Marie... pero luego regresaron, vivieron como si nadie los hubiese conocido, justo en esa tienda, la tienda que su marido había puesto en su ausencia. Creo que al final pasó de ser una tienda de flores a una antigüedades... eso es lo último que recuerdo...

—¿El hombre? ¿Qué le hicieron a él?

—Nada. Él tenía influencias, la gente lo respetaba, incluso mi familia, creyeron que la única loca había sido Julieta... mi Julieta... cómo creerle a una niña tan rara como ella... ¿Podrías creer que terminó por conseguir nuevo empleo con mi familia? Él era el encargado de hacer todo lo que ellos no podían... arreglar el jardín, llenar los calderos de carbón, pescar... hasta le pusieron esa horrible cabaña para que viviera lo más pacíficamente que pudiera.

Miré hacia donde ella había señalado. Se trataba de la cabaña junto a nosotras.

—La gente olvidó todo —susurró— incluso yo... cuando volví a ver a Julieta, en el muelle del lago... no sabía que se trataba de ella, de aquella niña... se veía tan diferente... se veía tan hermosa... ya no parecía un niño... fue como enamorarme cuando la vi, por primera vez en mi vida me enamoré de una mujer... de hecho... fue la primera vez que me enamoré... Ella casi cae al lago como tú, pero cuando la miré a los ojos fue diferente, ella sí sabía quién era yo... se enojó y me dio una cachetada... supongo que era el odio que había callado tantos años por nosotras, las que nos burlábamos de ella. Pero luego el amor pudo más, le pedí perdón tantas veces pude... y finalmente me perdonó... me perdonó cuando me dio nuestro primer beso.

—Ok. Creo entender todo... no me tienes que contar más detalles... pero en todo caso... no entiendo todo esto... ¿por qué este misterio? ¿Por qué ella terminó suicidándose? ¿Por qué tú estás aquí? ¿Por qué ese hombre sigue teniéndote aquí?

—Porque ese hombre tiene que ver tanto conmigo como con ella... Yo me enamoré, y ella también. Nuestro amor era sincero, pero en aquellos tiempos estar con una persona de tu mismo sexo era como estar poseída por una entidad maligna. Yo... yo tenía comprometido... me iba a casar tan joven... pero yo no lo amaba... era lindo conmigo, era guapo, cariñoso, respetuosos... venía de una familia que durante generaciones habían sido doctores... era el hombre perfecto... su pelo rizado, moreno de ojos verdes... Decirle que no era la tontería más

grande de cualquier mujer en aquella época, sobre todo para mi familia, la cual era de las más respetadas de San Marie.

—¿Te negaste?

—Durante mucho tiempo no dije nada. Solo me escondía y desaparecía por horas en el lago... con ella, pero José nos vio.

—¿José?

—El hombre del que estamos hablando...

—Mi familia no hizo nada contra ella, no querían que nadie se enterara, solo le dijeron a sus padres que no querían volverla a ver cerca de mí. Mis padres insistieron en que me casa con mi prometido... pero yo no quería, no lo amaba; y se los dije, les dije que no lo amaba y que ni siquiera me gustaban los hombres. Casi se vuelven locos...

—Katherine... —dije al verla comenzar a llorar.

—Luego, como un buen hombre... José se ofreció para que me gustaran los hombres... recuerdo que les dijo: "Eso ha pasado porque nunca ha estado con un hombre, un hombre de verdad... Dénmela una semana y se las traigo tan mujer... le sacaré esa idea del diablo... solo una semana..." ¿Puedes creerlo? ¡Yo estaba allí! ¡Lo dijo frente a mis padres! Y ellos aceptaron... Me trajo aquí... a esta horrible cabaña y abusó de mí... abusó de mí hasta...

—¿Hasta qué?

—Julieta vio todo, ella vino por mí... regresó para que me fuera con ella... pero fue tarde... —rompió en llantos.

—¿Katherine; ¿Qué sucedió?

—Ella se arriesgó a volver a verlo, a despreciar su rostro... solo para...

—¡Kat! ¡Termina tus oraciones!

—Tienes que sacar a Julieta de aquí antes de que le haga daño... antes de que...

—¿Qué?! —grité.

—Que también la mate...

El silencio sucumbió como un par de enormes cubetadas de silencio. Ella estaba frente a mí, sin decir nada y con la mirada rota. Quise acercarme y abrazarla, tomarla entre mi cuerpo y protegerla, solo para que dejara de verse como estaba ahora. Pero ya no sabía si al tocarla sería igual a como antes de que supiera la verdad. No porque ya no la viera de la misma forma, no, ella se veía tan real... tenía que ser real para mí.

Luego un grito lejano de Julieta se escuchó a lo lejos. Giré mi cuerpo intentando seguir el sonido; me asusté. Volví a regresar mi mirada hacia donde estaba Katherine, pero ella ya no estaba. En el suelo yacían únicamente las gafas oscuras de Julieta.

## Un Final... Un Comienzo

Me acerqué a recoger las gafas que se encontraban sobre el suelo. Mi mente, hasta entonces, no había reaccionado como el de cualquier persona normal. Una persona en su sano juicio probablemente hubiera salido corriendo, hubiera gritado o sudado en frío, yo... yo solo había aceptado lo que estaba pasando, lo que realmente ocurría. Entonces se habían tatuado dos

letreros imaginarios sobre mis ojos: “Me enamoré de un espíritu” y “Katherine está muerta”. Tener en claro esas dos cosas me habían sentado bastante bien, pero aún mi mente estaba en shock, y lo supe porque en cuanto no vi a Katherine y solamente a esas gafas, me solté a llorar.

Me había tardado demasiado en sentir eso, la tristeza. Quizá porque por primera vez me había enamorado, y ahora resultaba que no era un amor de entre vivos. ¿Quién pone un letrero de advertencia “¡Cuidado, puede ser que se enamoró de alguien que ya está muerto!” antes de sentir que no podrías vivir sin esa persona? Finalmente... ¿Quién te advierte de enamorarte de la persona incorrecta? La respuesta es sencilla: nadie. Entonces, ahora que por fin estaba entrando en razón, y que podía sentir esa necesidad fisiológica de tener miedo, miedo por lo sobrenatural, por perder a alguien, por la muerte, por la locura, por la impotencia... solo ahora me sentía realmente viva, me sentía humana.

Tomé finalmente las gafas; estaban frías. Las lágrimas comenzaron a salir en más cantidades, como si algún interruptor se hubiera activado. Hice presión sobre mis ojos intentando contenerlas dentro de mí, pero aquello solo me soltó en llanto. De pronto recordé en una milésima de segundos todas esas veces que había llorado de esa manera en mi vida: cuando no me dieron lo que quería para navidad, lo que creía había sido mi primer decepción amorosa, la primera vez que me raspe todas la rodillas, cuando murió mi abuela, cuando murió mi prima, cuando me perdí en el centro supermercado, la primera vez que me regañó mi padre, cuando vi esa película, cuando vi esa otra película, cuando me golpearon en la celda de detención... Todo esto había pasado por mi mente en una serie de capturas sin transición.

Me volví a girar hacia donde había escuchado los gritos de Julieta. Hice un burdo intento por secar mis lágrimas y comencé a caminar. Recordé que aún tenía la lámpara, no quise intentar prenderla porque supe que no lograría nada, así que la tiré al suelo, y entonces esta encendió. Rápidamente la tomé y sin perder más tiempo, comencé a encaminarme hacia donde había escuchado los gritos. Tenía miedo, pero tenía que ir por Julieta y alejarla de ese tal José antes de que terminara arrepintiéndome el resto de mi vida por haberla llevado a donde no debía. En todo caso, si no resolvía esa noche de una vez por todas lo que envolvía todo ese misterio, nunca lo haría.

Mi mirada intentó penetrar entre la oscuridad con ayuda de la linterna, intenté de llorar para que mi llanto no interrumpiera los ruidos de la naturaleza, pues entre ellos se habían mezclado la voz de Julieta. Comencé a dirigirme y guiarme con mi puro instinto, pero no parecía estar funcionando. Me detuve a secas entre en medio de la nada, solo éramos los enormes árboles rodeándome y yo. Sentí el latido de mi corazón con tanta precisión, eran tan exactos uno del siguiente. Todos los sonidos de mi entorno desaparecieron, solo parecían sobrevivir los de mi corazón, pero luego escuché otro, y no perdí tiempo en identificar que se trataba del reloj. Saqué el reloj que había metido en mi bolsillo y lo saqué, eran las tres en punto.

—Será mejor que te des prisa, cuando sean las cuatro todo regresará a las dos, así es como lo hace él —dijo la voz de Katherine frente a mí.

Yo di un pequeño grito y me sobresalté.

—¡Julieta! No vuelvas a parecer así de la nada... me asustas—respondí.

—Tienes que apurarte, o se repetirá la historia.

—¿A qué te refieres? ¿Sabes? Si me contaras toda la historia... yo... no sé... terminaría más rápido con todo esto.

—La estoy recordando... ahora que estoy consciente de que no soy... de que no estoy viva... recuerdo... recuerdo más claramente... pero en partes...

—Primero que nada... si sabes dónde está... ¡dímelo! Y después cuéntame todo lo que está sucediendo.

—Está en medio de la isla, José creo una especie de mesa enorme de piedra... allí mataba todo lo que cazaba, solo tienes que ir hacia tu derecha.

—Bien.

—De lo que puedo recordar... fue a las dos de la mañana cuando morí... cuando Julieta, la abuela de Julieta, llegó y vio como él me terminaba de matar... yo lo había hecho enojar y él me asfixió hasta morir. Julieta vio todo y huyó, permaneció por unos minutos perdida en el bosque, yo podía verla, pero ella no me veía a mí. Luego dio con el lugar de la mesa de piedra, vio a José llegando con un enorme venado, él comenzó a descuartizarlo a machetazos... me había matado y se veía tan tranquilo, como si tan solo hubiese matado otro animal.

Katherine permaneció en silencio. Vi la expresión de su cara. Parecía estar sufriendo por contarme esa historia.

—Solo dame lo que necesite para salvar a Julieta. No tienes que contarme todos los detalles.

—Son necesarios. Tengo que contarte todo para que comprendas. Continúo. José notó la presencia de Julieta, porque esta quiso matarla de una pedrada, pero él la vio antes de que sucediera. Ella era tan pequeña a su lado, y él tan enorme. La reconoció. Él supo que se trataba de la misma niña de la que había abusado antes. Sin más, la violó. Pude escuchar sus gritos, pude ver su rostro enrojecido por el llanto, y no podía hacer nada.

—Tú no podías hacer nada.

—Intenté gritarle y no sé si me escuchó cuando le dije de la cuchilla que José siempre traía detrás, entre su espalda y su pantalón. Ella la sacó, la sacó y la clavó directo en su ojo derecho. Él la dejó mientras gritaba e intentaba sacarse la cuchilla, luego se desmayó y cayó al suelo. Julieta regresó al cuerpo que yacía sobre el suelo, y le sacó los dos ojos. Yo jamás la había visto así, estaba realmente enojada. Después envolvió los ojos en una servilleta de tela y la enterró, y luego tiró el cuerpo de José a un pequeño pantano. Todo parecía haber acabado, pero tan solo estaba iniciando.

—¿Qué?

—La maldición de José. Él era fanático de la brujería, leía libros y esas cosas, incluso a veces la gente de San Marie iba a verlo solo para que les ayudara con sus problemas a través de la brujería. Recuerdo que yo gritaba, y la gente me ignoraba, sabían que estaba allí. Posiblemente los chismes habían terminado confesando mi ausencia, pero los habían amenazado si decían algo, ¿cómo enfrentarse a la familia más rica y poderosa de San Marie?, como sea, al momento de dar las cuatro Julieta perdió la vista, así de la nada. Posiblemente a esa hora fue cuando realmente murió José.

—Espera, Julieta no me dijo que su mamá era ciega.

—Julieta mintió, ella nunca le dijo a tu Julieta que era ciega.

—¿Por qué haría eso?

—Porque cuando ella nació, nació ciega, y los doctores no entendían porque estando sus ojos en tan perfectas condiciones no podía ver. Le dieron esperanza de ver algún día. Si le decían que su madre también era ciega, era romperle el corazón a su hija.

—Eso es absurdo, ¿por qué mantener la esperanza de una niña de esa manera?

—Porque Julieta sabía que la ceguera tenía que ver con José. Por eso se suicidó, porque pensó que al morir terminaría todo, se rompería la cadena y su hija vería la luz.

—Pero eso nunca pasó.

—No.

—¿Entonces que necesito hacer?

—¡Apúrate! ¡Sé que sabrás qué hacer!

Dijo Katherine antes de desaparecer.

Lo que me acaba de contar parecía una historia sacada de un cuento de ficción.

Corrí hacia la dirección donde Katherine me había indicado, pero por más que caminara no llegaba hacia aquel sitio.

—¡Corre más rápido, Charlie! Ya casi llegas! Tienes que llegar antes de las cuatro o José hará que despiertes en cualquier otro lado.

Yo no veía a Katherine, tan solo podía escucharla mientras corría.

—Así es como lo hace José, mezcla la realidad con su realidad, al final solo habrás hecho de verdad lo que él quiera. Él juega con tu mente, justo ahora estamos en su juego, y si dan las cuatro se irá todo a la basura.

—Corro lo más rápido que puedo —dije abrumada.

Seguí corriendo hasta que en medio de todos aquellos árboles logré ver una inmensa luz, era la luz de la luna, pero caía directo sin el estorbo del follaje de los árboles. Cuando llegué y vi la planicie supe que era el lugar. Frente a mí había una enorme mesa de piedra, y sobre ella estaba Julieta. Corrí hacia ella y noté que tenía sus muñecas amarradas a unos clavos que sobresalían de la mesa.

—¿Julieta? —pregunté.

—¡Chalie! —dijo mientras giraba su cabeza hacia mí.

Aquella fue la primera vez que miré los ojos de Julieta. Eran tan grises, pero como un gris cercano al azul. Reamente hermosos.

—Todo va a estar bien, Julieta. Ya nos vamos —dije.

Dejé todo lo que traía en la mesa y comencé a desatarle las muñecas lo más rápido que puede. Luego se sentó y comencé a desatarle las piernas. La miré, noté que estaba

comenzando a llorar, miré hacia la mesa en el lugar donde había dejado todas mis cosas y tomé las gafas oscuras. Las acerqué hacia ella.

—Recuperaré tus gafas —fue lo único que alcancé a decir antes de que una enorme mano las tomara.

Me petrifiqué al instante, y después de unos segundos giré mi cabeza para ver. Era el tal José, lo tenía de cercas. Lo miré a los ojos, y fue tan extraño... sus ojos, el color de sus ojos era exactamente igual a los de Julieta. Mi mente intentó buscar una explicación, solo había una. Pero antes de siquiera pronunciar las palabras dentro de mi mente, él hizo trizas las gafas con simplemente su mano. Me asusté y simplemente giré mi cabeza hacia Julieta y me apresuré para desatarle las piernas, pero José me tomó por el cuello y me jaló hasta tirarme a unos cuantos metros de la mesa.

Quedé sobre el suelo toda desorientada, comencé a toser por el polvo que había entrado a mi nariz, e intenté levantarme. Cuando quedé en cuclillas giré la mirada hacia la mesa, él venía hacia mí. Me levanté lo más rápido que pude y comencé a correr hacia donde estaban los árboles. Corrí hasta que lo perdí de vista. Luego me escondí entre unos matorrales.

—Ya no tienes mucho tiempo —me dijo Katherine, que ahora se encontraba justo a mi lado.

Yo solo me tapé la boca para bajar el volumen de mi grito.

—Te dije que no aparezcas así —susurré.

—Tienes que apurarte.

—Ya lo sé.

Tomé el reloj de mi bolsillo y lo abrí. Eran las 3:35 de la mañana. Hice una señal de desaprobación en mi rostro y simplemente lo metí de nuevo en mi bolsillo.

—Yo se lo había dado.

—¿Qué?

—El reloj, pero luego mis padres fueron a su casa y cuando vieron que lo traía en su cuello... se lo quitaron.

—Entiendo entonces porqué terminó después en la tienda de antigüedades, pero que después terminara aquí en tu cuello...

—En mi cuerpo... fui yo, al parecer es lo único que puedo tocar y mover. No quería que se lo llevaran los policías.

—Ahora entiendo.

—Tienes que ir por los ojos de José —me susurró.

—José tiene sus ojos, los vi... de hecho son iguales a los de Julieta.

—Es porque ella es...

—Lo sé, es hija de José, por eso ella no tiene padre y nunca ha sabido algo de él.

—No importa, lo que importa es que busques los ojos de José, del de carne y hueso, y lo pongas junto a su cuerpo, creo que quizá así todo termine.

—Ok, y ¿dónde los enterró?

—No lo recuerdo bien...

—¡Vamos Katherine! ¡Ayúdame!

—¡Ya!, están debajo de la mesa de piedra.

—¿Qué?! ¿Hablas en serio?

—Lo lamento.

—¿Y el pantano?

—Está casi cerca de la cabaña, de hecho detrás de ella.

—Ok. Tengo menos de media hora para hacer todo eso.

Sin pensarlo simplemente salí del matorral y comencé a correr de regreso hacia la planicie con la mesa de piedra. Corrí y llegué tan rápido que yo misma me sorprendí. Julieta todavía estaba en la mesa intentando quitarse las cuerdas de las piernas.

—¡Julieta!

—¡Charlie! ¿A dónde fuiste? ¡Ayúdame!

—Eso estoy haciendo. Trata de desatarte, yo tengo que terminar algo.

Me metí debajo de la mesa y comencé buscar algo que me dijera dónde estaban enterrados los ojos de José.

—Es allí —me señaló Katherine.

Ya no insistí en que no me asustara. Simplemente comencé escavar con ayuda de mis manos.

No fue necesario mucho esfuerzo, apenas unos cuantos centímetros y encontré un pedazo de tela. Lo saqué, lo extendí sobre el suelo, y finalmente lo abrí. No había nada

realmente en él, y me asusté que no fuera el que tenía los ojos de José, pero noté que el pedazo de tela estaba manchado de café por todos lados. Esas manchas tenían que ser los ojos de José, solo que descompuestos por el paso del tiempo.

Miré hacia Katherine y ella solo asintió con la mirada. Había pensado lo mismo que yo.

Tomé el pedazo de tela con mucho cuidado, lo doble y cuando pensaba meterlo en mi bolsillo sentí como alguien tomaba mi pie izquierdo. Luego vino un jalón que terminó sacándome de debajo de la mesa. Quedé de espaldas y noté que se trataba de José nuevamente, solo que esta vez no tenía ojos, literalmente no los tenía, en donde habían estado dos ojos solo había un par de agujeros negros. Me di vuelta rápidamente y me paré. Traté de orientarme y al apenas dar un paso, José me tomó con ambas manos, una sobre el cuello y la otra sobre mi pecho izquierdo, provocándome un dolor incesante. Parecía que hasta allí terminaría todo, pero...

—¡Hey! ¡Monstruo! —gritó Katherine—, ¿Sorprendido de verme otra vez?

La distracción de Katherine me dio tiempo para zafarme de José con un simple movimiento. Luego corrí, corrí y corrí.

No sabía cuándo había corrido, solo deseaba ver la cabaña, y cuando al fin la vi no pude evitar sonreír. Corrí hacia detrás de la cabaña y vi a lo lejos una hendidura, pero no podía verla tan claramente, así que busque entre un montón de cosas algo que pudiera ayudarme, y encontré, una vieja lámpara de gasolina. La tomé y encontré pegada a ella una caja de cerillos, sin saber cómo, finalmente la encendí.

Me acerqué lo más que pude hacia el enorme hueco en la tierra. Quizá había sido un pantano antes, pero ahora estaba completamente seco. Puse la lámpara en el suelo y me acerqué a la orilla, podía ver algo, pero no estaba segura. Bajé y me aproximé hacia lo que creía era un cuerpo, y estando cerca noté que tenía razón, era un cuerpo, se veía como una especie de momia, quizá el mismo pantano lo había mantenido tan intacto. Comencé a desenterrar las partes que estaban aún tapadas por tierra, y cuando el cuerpo quedó completo puse el pedazo de tela sobre sus ojos. Un alivio llegó tan rápido, todo había acabado.

Subí de nuevo y salí del agujero. Me tranquilicé y mire el cuerpo desde arriba. Luego me toqué mi pecho y noté que aún seguía doliéndome.

—Cada vez que él me violaba lastimaba mi pecho de esa manera, así es como sentía siempre —afirmó Katherine.

—¿Por qué me sigue doliendo? ¿Y hice lo que dijiste? ¿Ya se terminó?

—Él viene hacia acá, no sé qué más se tiene que hacer.

El miedo regresó ante mí, no podía creer que aún no había terminado. Me paré y me di media vuelta. Él estaba detrás de mí. Él dolor de mi pecho se incrementó.

—¡Lárgate! ¡Ya has hecho mucho mal! —le dijo Katherine.

Luego se lanzó sobre él y simplemente esta comenzó a volverse trasparente, él tiempo ya se estaba agotando. Katherine solo atravesó a José y desapareció. José se acercó a mí y me tomó nuevamente del cuello, y con una sola mano me alzó, comencé a sentir que el aire se me terminaba; grité un par de veces antes de que me callara con la presión de su mano sobre mi cuello. Comencé a patear y tratar de zafarme, pero era inútil. Luego sucedió algo increíble.

Él me soltó. Me quedé mareada un par de segundos antes de darme cuenta que se trataba de Julieta, ella le había enterrado en la espalda una cuchilla.

—Me escuchó —se escuchó como un eco la voz de Katherine.

José intentó sacarse la cuchilla de la espalda. Yo enfurecí tanto, e inconscientemente tomé la lámpara y la tiré sobre el hueco, justo donde estaba el cuerpo de José. No sabía si hacía mal o bien, pero recuerdo muy bien lo que pasó en el momento que el cuerpo comenzó a arder entre llamas. José desapareció. Todo había acabado. Al fin había acabado. Miré a Julieta, ella solo permanecía parada sin decir nada. Luego gritó.

Me paré rápidamente y llegué hacia donde estaba parada.

—¡Julieta! ¿Qué pasa? ¡Ya acabó! ¡Iremos a casa!

—No es eso...

—Estoy viendo... o creo que es eso... te veo, ¿eres tú?

Rápidamente tomé el reloj de mi bolsillo y lo abrí. Eran las cuatro de la mañana, y el reloj seguía corriendo. Entonces supe que todo realmente había terminado.

La mañana se acercaba, el ruido del motor del bote ahora parecía ser el sonido de la victoria. La luz del día parecía quebrarse en un amanecer, Julieta no dejaba de asombrarse de todo lo que veía a su lado. Comencé a contarle todo, incluso lo de su madre, ella no se sorprendió, dijo que sospechaba que su madre también era ciega. Cuando le dije lo de su padre, tampoco se

sorprendió, incluso se alegró, me dijo que si no fuera por ese tal José, ella no existiría, y por eso jamás me hubiera conocido. La mantuve cerca de mí hasta que llegamos a mi casa, había policías, mucha gente... sabía que me esperaba un gran problema, pero ya no importaba. Ahora todo lo veía completamente diferente, todo había cambiado.

El resto del mes estuve en problemas con policías, con mis padres, con mis amigos; después papeleos, y muchas cosas más. Mis padres se alegraban que recuperara la vista, el abuelo de Julieta también, se había vuelto loco al ver que su nieta podía ver, todos se habían vuelto locos. Luego de todo esto, la policía examinó el cuerpo en la cabaña, y lo sacaron de allí. Todo San Marie lo supo, y la gente mayor comenzó a hablar, a decir que habían escuchado de eso pero que no creían que hubiese sido verdad... y un montón de cosas más. Julieta y yo decidimos apelar por la verdadera historia, y finalmente ganamos ante el tribunal de San Marie para que el cuerpo de Katherine fuera enterrado justo al lado del de la madre de Julieta, y justo en medio enterramos el reloj con las fotos de ambas dentro, incluso enterrado se podía escuchar que este seguía funcionando. Misteriosamente las manecillas, el reloj en sí, nunca dejó de funcionar.

Elegí irme de San Marie, mis padres se rindieron, pero cuando les dije que estudiaría literatura me apoyaron rotundamente, ellos sabían que había algo en mí que había cambiado, incluso yo lo sabía. Pero antes de irme decidí ir a todas las casas de mis amigos y agradecerles todo lo que habían hecho por mí, porque sin su apoyo no se hubiera creado esa cadena que me llevó de un evento a otro. Él último de ellos fue Mario, tenía algo más en mi cabeza, y quería corroborarlo. Estando en su casa de agradecí todo lo que había hecho, sobre todo por apelar que no estaba loca en el tribunal, pero sobre todo, por su amistad. Él lo malinterpretó e intentó darme un beso, pero lo rechacé, le dije que lo quería solo como amigo. En fin, lo que realmente me interesaba lo encontré, en aquella casa habían muchos cuadros, el padre de Mario había muerto y le había heredado todo, y Mario como buen hijo había decidido conservar todo como lo había dejado su padre. Fue así como encontré una foto, entre todas había una en particular que me interesaba, era Katherine al lado de un apuesto hombre. Le pregunté a Mario sobre él, y me dijo que se trataba de su padre, su padre y su prometida que lo había rechazado, a la cual amaba mucho, pero posiblemente ella nunca lo amó a él. Justamente lo que creía.

Partí de San Marie, en parte triste, Julieta había decidido quedarse, disfrutar de su visión, de su abuelo y de todos los lugares que se había imaginado en San Marie. Mi historia no había terminado aquel día en San Marie, tan solo había iniciado.

La primera noche que pasé lejos de San Marie me sentí realmente triste, sentía que faltaba algo, pero no tenía claro qué. Mientras dormía sentí que alguien me daba un beso. Entonces desperté. Y solo escuché: "gracias". Miré hacía todos lados, no vi nada, pero supe que se trataba de la voz de Katherine, incluso el cuarto se impregnó de su aroma. Sonreí, porque supe que ese gracias significaba más que un simple gracias; ahora su alma descansaba, y en parte ese gracias era por esto, pero aquel gracias también significaba un gracias por el amor que tuvimos. Ella no me lo dijo, pero sabía que todo eso significaba su "gracias", eso y un adiós, aunque si lo pensaba bien, era un hasta pronto.

—Y bueno, así es como termina esta historia —señaló Charlie viendo hacia toda la gente.

—O más bien así empieza otra historia —dijo un joven hasta el joven.

—Tienes toda la razón —respondió Charlie sonriendo.

<<Bueno, ¡se acabó la lectura del libro! ¡Es hora de que todos hagan una fila para que comience la firma de autógrafos! —gritó un hombre bajito y bien vestido que se encontraba detrás de Charlie.>>

Todos los que habían asistido a aquella firma, muchos más de los que Charlie había imaginado, comenzaron a empujarse para ser de los primeros en la fila. Charlie trataba de ser diferente con cada uno, hacerlo sentir especial, porque realmente lo eran, pero terminaba por escuchar un pequeño alago, después pedía el nombre a quien dedicar su libro "La Misteriosa Chica del Lago", después si alguien traía una cámara se tomaba una foto y finalmente se despedía con un gracias.

La última chica se posó frente a ella y le sonrió. Esta traía unas gafas negras y tenía el cabello a la altura de la quijada. Se veía mucho más estilizada y elegante que el resto de las chicas que habían pasado anteriormente.

—Me encantó rotundamente esta historia, me recuerda mucho a algo que viví.

—Al menos que hayas experimentado con lo sobrenatural... de lo contrario no creo que lo hayas experimentado como yo lo viví.

—¿Entonces sí fue cierto?

—Muchos dirán que sí, muchos dirán que no... yo solo sé que es mi historia, y las historias de cada quien son reales para quien las vive. Como sea, ¿A quién le dedico este libro? ¿Cuál es tu nombre?

—Julieta.

La chica se quitó las gafas oscuras y entonces supo Charlie quien era en realidad aquella chica. Se veía tan diferente... su pelo, su manera de vestir... pero sus ojos, su mirada seguía siendo la misma.

—La historia me encantó —dijo Julieta—, realmente fue buena, eres una buena escritora, de hecho yo también soy escritora, y estoy escribiendo la continuación de “La Misteriosa Chica del Lago”.

—¿En serio?

—Sí, solo que mi novela es un poco más romántica y cuenta únicamente con dos protagonistas mujeres.

—¿Y quiénes son tus protagonistas?

—Adivina.